

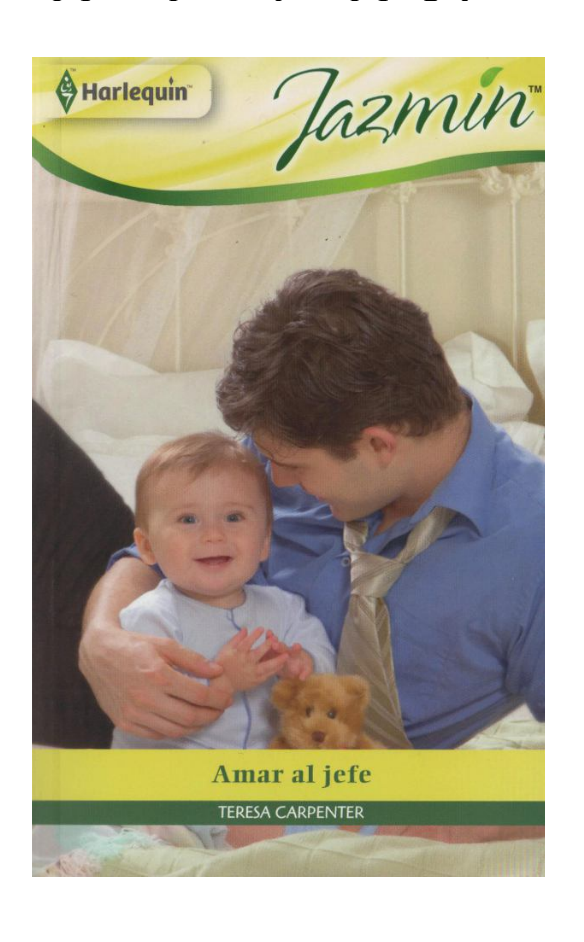
Amar al jefe

TERESA CARPENTER

Amar al jefe

Teresa Carpenter

5º Los hermanos Sullivan



Amar al jefe (2011)
Título Original: The boss's surprise son (2011)
Serie: 5º Los hermanos Sullivan
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2526
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Rick Sullivan y Savannah Jones

Argumento:

¡Un bebé en la bandeja de entrada!

Savannah Jones no solo había caído en el viejo cliché de enamorarse de su jefe, sino que además estaba esperando un hijo suyo. Todo el mundo sabía que el dinámico y atractivo Rick Sullivan era un soltero redomado, casado únicamente con su trabajo. Así que, convencida de que no existía un final feliz para ella, Savannah trató de resignarse en silencio.

Pero Rick no quería dejarla marchar, por razones que ni él mismo comprendía muy bien, y Savannah no se casaría con él por obligación moral. Estaban en un punto muerto… a menos que el taciturno ejecutivo se dejara llevar y sacara al padre cariñoso que llevaba dentro.

Capítulo 1

Rick Sullivan salió de su despacho a la caza de comida.

Llevaba toda la mañana reunido con sus jefes de departamento para hablar de los objetivos a cumplir a finales de año. Parecía que las ventas iban a ser mejores de lo esperado. Una buena noticia, ya que él confiaba en situar Joyas Sullivan en el mercado internacional al año siguiente para celebrar su centenario.

No era el mejor momento para que su asistente personal estuviera de baja por una operación de rodilla.

Se dio cuenta aliviado de que su nueva asistente, Savannah Jones, no estaba en su escritorio, y se acercó para darle la vuelta al reloj de arena que tenía en la esquina. Un extremo era blanco y el otro negro, y ella le había pedido que lo colocara con la parte negra hacia arriba cuando saliera del edificio. Al parecer era una pregunta apremiante cuando la gente veía que su puerta estaba abierta.

Cuando se acercó un poco más vio que, efectivamente, la señorita Jones no estaba en su escritorio, sino debajo de él. Sacudió lentamente la cabeza. Tenía dos debilidades: el chocolate y su abuela paterna. Ambos tenían el potencial de meterle en líos, pero aunque había desarrollado la disciplina para decirles que no a las galletas de chocolate, nunca había logrado negarle nada a los suplicantes ojos azules de su abuela.

Y eso explicaba que ahora estuviera viendo el trasero de su nueva asistente mientras hurgaba bajo el escritorio.

«Asistente temporal», se recordó. Su asistente habitual, la extremadamente eficaz señorita Molly Green, volvería dentro de seis meses, dos semanas y cinco días.

Por supuesto que contaba los días. Y todo era culpa de su abuela. Ella le había convencido para que contratara a la señorita Jones, una joven menuda con poca experiencia laboral y tendencia al parloteo. La abuela conocía a la familia Jones, y cuando Rick pasó por tres asistentes durante las tres primeras semanas de baja de Molly, se aprovechó de su frustración para recomendar a su amiga e insistir en que se quedara con la señorita Jones hasta el regreso de Molly.

Aunque la señorita Jones tenía la cabeza fuera de su campo de

visión, no tuvo problemas en reconocer la mitad que estaba visible. La posición inclinada provocaba que la tela gris de sus pantalones se ajustara íntimamente a su voluptuoso trasero.

Sintiendo de pronto calor, Rick se quitó la chaqueta y rodeó el escritorio sin pensar para tener una mejor visión.

Las mejillas se le sonrojaron cuando se dio cuenta de lo que había hecho. Molesto consigo mismo, dijo:

—Señorita Jones, ¿qué cree que está haciendo?

Ella dio un respingo y soltó un gemido seguido del sonido de su cabeza golpeando contra la parte inferior del escritorio.

—Estoy… tratando de… —tiró de algo que no se veía, y el movimiento provocó que se le movieran las caderas de forma seductora— de conectar mi nueva grapadora eléctrica. Pero se me ha enganchado el cable.

Tiró otra vez y las caderas volvieron a moverse. Rick vio cómo un objeto voluminoso y gris se desplazaba en el escritorio.

¿De verdad se merecía aquello? No esperaba que su asistente le sirviera. Él se preparaba su propio café, se ocupaba de la tintorería y de sus asuntos personales. ¿Era mucho pedir contar con una persona eficaz y competente?

Para ser sincero, lo cierto era que en las cuatro semanas que la señorita Jones llevaba allí había demostrado que comprendía sus instrucciones y que era capaz de hacer el trabajo, lo que no se podía decir de las incompetentes que había tenido durante las primeras tres semanas. Pero sus métodos estaban por todos lados, igual que el contoneo de sus caderas.

—Señorita Jones, podría haber llamado a alguien de mantenimiento para que hiciera esto por usted —le sugirió con impaciencia.

—No voy a llamar a mantenimiento para que enchufen un aparato. El cable es un poco corto, eso es todo. Terminaré en un momento. ¿Necesita usted algo?

Contoneo, inclinación, contoneo.

Rick gimió cuando el calor se apoderó de él una vez más, y estuvo a punto de quedarse sin respiración.

¿Que si necesitaba algo? ¿Estaba de broma? Tenía suerte de recordar su propio nombre en aquel momento. Debería marcharse de allí y poner fin al tormento. Y sin embargo, todo en él le negaba

la opción de dejarla vulnerable ante la aparición de otro hombre. Miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera ningún macho cerca. Estaban solos. Era al mismo tiempo una bendición y una maldición.

—Señorita Jones, insisto en que salga ahora mismo de ahí debajo —le espetó.

—Ya casi lo tengo, pero se ha enganchado. ¿Puede tirar del cable desde allí? —le preguntó.

Cualquier cosa con tal de ponerle fin a aquella escena. Se colocó detrás del escritorio y se inclinó para empujar la grapadora eléctrica hacia la apertura por donde salían los cables. Por desgracia, el agujero estaba lleno y el cable se retorcía en lugar de caer.

Rick vaciló. Tenía que meterse entre sus piernas para conseguir la palanca que necesitaba y en cierto modo eso le parecía demasiado íntimo.

—¿Rick?

—Un momento, por favor. Tiene demasiados cables aquí —colocó cuidadosamente el pie en la estrecha apertura de las espinillas de Savannah y se inclinó sobre ella para llegar al lío de cables. Tiró del obstinado cable y cambió de peso, rozando con la rodilla el suave cojín de su trasero.

—¡Aja! —exclamó ella.

Rick estuvo a punto de dar un salto en su precipitación por volver a colocarse en una posición segura.

—Ya está —dijo Savannah con tono triunfal.

Él mantuvo la mirada fija en el salvapantallas, una foto de ella con su hermano y su hermana, mientras Savannah se incorporaba y se sacudía las manos.

—Gracias por la ayuda —sus ojos verdes sonreían mientras se pasaba la mano por la longitud de su cola de caballo color caoba para comprobar que estuviera suave—. ¿Qué puedo hacer por usted?

A Rick se le quedó la mente en blanco. ¿Por qué se había detenido al lado de su escritorio?

—Puede salir de debajo de la mesa. Tenemos un equipo de mantenimiento para algo. La próxima vez, llámelos —le ordenó.

Y girándose sobre sus talones, regresó a su despacho.

El estómago le rugió cuando se sentó tras su escritorio,

recordándole cuál había sido su misión original. Pero prefería pasar hambre que volver a salir por aquella puerta.

Savannah Jones curvó los labios en una sonrisa perpleja al ver a su jefe desaparecer en su despacho. ¿Qué había pasado? Ni siquiera le había dicho qué quería.

Y por primera vez, la mirada de sus penetrantes ojos azules le provocó un escalofrío en la espina dorsal. Se lo sacudió de encima y se sentó.

La altitud altanera de su jefe no era nada nuevo. Ni tampoco su mal humor. Pero su agitación y el hecho de que no hubiera podido sostenerle la mirada, sí.

Parecía casi como si le hubiera puesto nervioso. Y eso era muy interesante.

Con sus casi dos metros de altura, el cabello espeso y oscuro, los hombros anchos, la cadera estrecha y sus penetrantes ojos azules, Rick Sullivan era un sueño hecho realidad. Y Savannah estaba loca por aquel sueño.

Un momento, ¿en qué estaba pensando? Nada de todo aquello era propio del lugar de trabajo. Le encantaba su nuevo trabajo, el reto, la diversidad, la responsabilidad. Asistente ejecutiva del presidente de Joyas Sullivan, una cadena de joyerías perteneciente a una única familia, era más de lo que podía haber soñado. Sobre todo teniendo en cuenta su variado historial de trabajos, desde camarera a repartidora de flores.

Ahora estaba decidida a hacer un gran trabajo. Se lo debía a los Sullivan, sobre todo a la abuela de Rick, y no solo por aquella oportunidad, sino también por todo lo que habían hecho por su hermana. La familia Sullivan donaba dos becas anuales de cinco mil dólares para que estudiantes de Paradise Pines que quisieran ir a la universidad, renovables cada año si los estudiantes sacaban buenas notas.

La hermana de Savannah, Claudia, se había beneficiado de su generosidad durante los últimos cuatro años. Se había graduado este año con honores.

Savannah no había ido a la universidad, y tenía veintimuchos años cuando consiguió su primer trabajo. Había pasado sus años de

instituto cuidando de su madre. Tenía diecisiete años cuando el cáncer terminó llevándosela, y su padre se había refugiado por completo en el trabajo, dejando que Savannah se encargara del cuidado de sus hermanos.

Así que se había dedicado a ellos, pero ahora Daniel era policía en La Mesa, estaba casado y tenía una hija, y Claudia estaba a punto de graduarse en la universidad. Había llegado el momento de que Savannah pensara en su propio futuro profesional. Estaba cansada de ir de trabajo en trabajo. Tal vez esto no fuera la enseñanza, lo que había soñado con hacer tiempo atrás, pero era un buen trabajo y no pensaba estropearlo.

Aunque Rick no tuviera aversión a vivir una aventura en el lugar de trabajo, y había dejado claro que así era, ella sentía aversión hacia los adictos al trabajo. Ya había pasado por eso.

Nunca más.

Rick trabajaba y trabajaba sin parar. Era un experto en ignorar las relaciones personales en el trabajo, hasta el punto de que era considerado un auténtico antisocial entre sus empleados.

No era muy hablador, y que Dios la ayudara, ella se sentía impelida a llenar ese vacío. Así que mientras él leía informes y cartas, Savannah le contaba todos los cotilleos de la oficina. Nada dañino, solo cumpleaños, eventos familiares y cosas así.

Seguramente ni siquiera la escuchaba, aunque de vez en cuando alzaba un dedo para pedirle silencio.

Al tomar asiento, Savannah se dio cuenta de que había colocado el reloj de arena por la parte negra, lo que significaba que había salido de la oficina. Llevaba todo el día reunido con sus directores, así que seguramente había salido a comer algo.

Entonces, ¿por qué había vuelto a su despacho?

¿Tal vez porque ella le había puesto nervioso?

Con una sonrisa, levantó el teléfono para encargar un sándwich para él en la cafetería de abajo. Tal vez no tuvieran futuro juntos, pero se sentía bien al haber conseguido que un hombre tan *sexy* y voluntarioso como Rick Sullivan se retirara agitado. Su autoestima agradecía el empujoncito.

Tras hacer el pedido, sacó un espejito y se volvió a pintar los labios. Se sentía de pronto muy femenina. Había pasado demasiados años en casa sin preocuparse de su aspecto.

Cuando llegó el sándwich, llamó a la puerta de Rick, que le hizo un gesto con el dedo para que entrara. La miró con desconfianza cuando ella cruzó la estancia. Picada por su reacción, le dedicó una amplia sonrisa mientras dejaba la bolsa sobre su escritorio.

—Pensé que tendrías hambre.

—Gracias —murmuró él entornando los ojos.

—De nada —contestó Savannah con alegría.

Se dio la vuelta para marcharse, y como una chica tenía que divertirse cuando podía, se fue contoneando ligeramente las caderas.

A la mañana siguiente, Savannah entró en la sala de conferencia para su primera reunión de ventas del mes cargando con dos cajas, una taza de café, la libreta y una pila de copias.

Por supuesto, Rick ya estaba sentado en la cabecera de la mesa. La miró con enojo mientras ella dejaba su carga sobre la mesa.

—Llega usted tarde, señorita Jones. ¿Qué es todo esto?

—Copias de los informes que pidió, rosquillas y unos cuantos bollos de salvado para estimular el cerebro —Savannah abrió las cajas—. Espero que esté bien. Ha olvidado decirme si prefería bollos o rosquillas para la reunión.

—No he olvidado nada —la corrigió Rick—. Esto es una reunión de trabajo, no una reunión social.

—Oh —Savannah parpadeó.

¿Nada de comida en las reuniones matinales? Aquel hombre era un ogro. Al parecer no conseguía hacer nunca nada para complacerle.

—Siempre me ha parecido una muestra de agradecimiento a los empleados —dejó la caja en medio de la mesa—. Hoy voy a darme este gusto.

Rick torció el gesto al escuchar aquello.

Savannah, que había aprendido mientras cuidaba de su madre a no permitir que nadie acabara con su buen humor, abrió la segunda caja y sacó servilletas y platos que colocó por la mesa. Y luego le acercó la caja a él, porque tal vez fuera muy rígido, pero quería impresionarle y conseguir un puesto permanente en su empresa.

—¿Quiere uno? —esperaba que se negara, pero le sorprendió al

tomar una rosquilla de chocolate y colocarla sobre el plato que le ofrecía.

—Gracias.

—¡Rosquillas! Esto ya es otra cosa —Rett Sullivan, hermano gemelo de Rick y copropietario de Joyas Sullivan junto a sus cuatro hermanos, cruzó por la puerta y agarró un bollo de limón antes de tomar asiento al lado de Rick—. Tendrías que haber hecho esto hace años.

—Puedes agradecérselo a la señorita Jones —dijo Rick.

—Señorita Jones —Rett brindó con su taza de café—. No solo es guapa, sino también inteligente y generosa. Más tarde le daré las gracias adecuadamente.

—Estoy seguro de que ha captado el mensaje —señaló Rick con el claro propósito de hacer desistir a su gemelo.

En respuesta, Rett le guiñó un ojo a Savannah.

Eran gemelos idénticos, por lo que ambos hombres tenían la misma altura, el mismo tipo de cuerpo y los mismos tonos. Pero Rett era más delgado y llevaba el pelo más largo. Como vicepresidente de Diseño y Compras, Rett no llevaba traje como su hermano, sino que se vestía con pantalones elegantes y camisas de colores alegres y telas ricas. Era una persona encantadora y coqueta. Se habían hecho amigos cuando Savannah le pidió que le ayudara a trabajar con piedras preciosas para diseñar un regalo de graduación para su hermana.

Rick torció el gesto mirando hacia ella, y Savannah se apresuró a repartir las copias que había hecho. Él comenzó con la reunión y fue de asunto en asunto, animando a todos los que estaban en la mesa a intervenir. Savannah iba tomando notas de todo.

Cuando la reunión acabó, la sala se vació rápidamente y solo quedaron Rick y ella. Savannah empezó a limpiar los restos.

—Señorita Jones —esperó a que ella le mirara a los ojos—. ¿Qué está ocurriendo entre Rett y usted?

Savannah gimió por dentro. Estupendo. Debido a los juguetones comentarios de Rett, ahora su hermano se había hecho una impresión equivocada sobre ellos. Podía contarle lo de las clases, no era ningún secreto, Pero no estaba muy segura de que Rick lo aprobara, o tal vez creyera que tenía algo con su hermano. Evitando su mirada, siguió recogiendo.

—Lo que le estoy preguntando es si le está viendo —insistió él cruzándose de brazos.

—Le veo todos los días —Savannah sonrió y se hizo la confundida.

¿Debía contárselo? Después de todo, no se trataba de un romance de oficina, como él se temía. Pero no, era mejor no abrir la lata de gusanos. Las clases eran importantes para ella, y no quería liar las cosas.

¿Y si quería ver su trabajo como prueba? Con dos semanas de clase, estaba encantada de lo bien que le iba, pero todavía era inexperta y no estaba lista para mostrarle al público sus esfuerzos.

Y menos a un joyero profesional.

—Parecía como si esperara verla más tarde. Como si tuvieran una cita —afirmó Rick.

—Cielos, no. Es que Rett es así —aseguró ella haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

No era una negación directa, un hecho que a Rick no se le pasó por alto.

—Es un poco coqueto, ya sabe —le confesó como si estuviera compartiendo con él un secreto.

Entonces siguió sonriendo y esperó a que él hiciera algún movimiento.

Y esperó. Rick permaneció de pie con las manos en los bolsillos, mirándola fijamente.

—O tal vez lo he malinterpretado —aseguró Savannah con candidez—. ¿Quiere que vaya a buscarle y se lo pregunte?

—No, yo… —Rick consultó su reloj—. No importa. ¿Puede pasar por el departamento de asesoría jurídica cuando vuelva a su escritorio? Quiero saber si hemos recibido los contratos firmados de Emerson para el acuerdo internacional. Tendríamos que haberlos recibido ya.

—Por supuesto —Savannah recogió los últimos restos de basura, satisfecha de haber evitado la confrontación. Por el momento. Rick terminaría averiguándolo a la larga. Pero ella confiaba ser indispensable para entonces.

Sus clases eran importantes para ella. Pero en privado. Durante años, las clases a las que acudía en horario nocturno y en Internet habían sido su única libertad, su intento de librarse del exceso de

responsabilidad que tenía en casa.

Seguía tomando cursos que le interesaban o le ayudaban en su carrera. Pero no hablaba mucho de ello. En cierto modo le parecían demasiado importantes como para compartirlas.

Nadie podría robarle la dicha que le proporcionaban sus clases si no sabían nada de ellas.

Rick se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo.

—Lo de las rosquillas ha sido una idea simpática. Asegúrese de que le reembolsen el importe.

Savannah le vio marcharse. Al final resultaba que no era tan estirado.

Pensando que necesitaba un descanso aquella tarde a última hora, Rick se pasó por el taller de Rett para preguntarle si quería ir a montar en kayak.

—Suena muy bien —Rett no levantó la cabeza de la joya en la que estaba trabajando—. Pero tengo la visita de un cliente dentro de veinte minutos. ¿Puedes esperar una hora?

—No. Solo tengo una hora. Voy a ir yo solo. Necesito liberarme de la tensión —dijo Rick.

—De acuerdo, hablaremos a lo largo de la semana. Llámame cuando vuelvas para que no envíe a los guardacostas a buscarte —replicó Rett.

Mientras subía a su kayak y comenzaba a remar contra las olas, Rick se dio cuenta de que realmente necesitaba aire fresco y ejercicio. Adentrarse en el mar y utilizar la mente y los músculos para luchar contra los elementos le proporcionaba una sensación de libertad que no obtenía en ningún otro sitio.

Desgraciadamente, el rítmico alzamiento, hundimiento y movimiento de la pala, primero a un lado y luego al otro, dejaron espacio para que los pensamientos de Savannah invadieran su mente. Maldición. Pensaba en ella con demasiada frecuencia cuando debería estar concentrado en el trabajo.

La idea de que pasara tiempo a solas con Rett le molestaba. Y no solo por su política empresarial, que estaba en contra de las relaciones en el trabajo. Rett seguía sus propias normas en ese sentido y era mucho menos estricto en la forma de interactuar con

sus compañeras.

Pero Savannah era de Rick. No de un modo romántico, claro, pero se dio cuenta de que no quería compartirla con nadie.

Hundió la pala más profundamente en el mar, provocando salpicaduras de agua a ambos lados de la embarcación.

De acuerdo, se había fijado en sus suaves curvas y en sus estupendas piernas. Por supuesto que se había fijado, después de todo era un hombre. Pero no tenía por qué fijarse. Era su asistente administrativa, no su novia.

Sus inadecuados pensamientos le servían como recordatorio de por qué no mezclaba nunca los negocios con el placer. Era una mala idea. Solo podía traer problemas, y para él no tenía futuro.

Le quemaban los músculos y le gustaba sentir el aire frío y salado sobre la frente sudada.

El matrimonio no era para él. Según su experiencia, el amor siempre iba seguido de dolor. Era mejor tener relaciones superficiales y poner toda su energía en el trabajo.

En cuanto a Savannah, le gustaría que se fuera, no que anduviera por ahí con Rett.

Dándole la vuelta al kayak, Rick apartó de su cabeza los pensamientos sobre el cuerpo de Savannah, las relaciones y el matrimonio y se dirigió hacia la orilla. Tenía un negocio que atender.

Capítulo 2

Rick había salido a comer la tarde siguiente cuando una guapa pelirroja que llevaba un carrito de bebé se detuvo al lado del escritorio de Savannah.

—Hola, soy la cuñada de Rick, Jesse —se presentó la mujer—. La mujer de su hermano Brock. ¿Está Rick aquí?

—No, lo siento. Soy su nueva asistente, Savannah. ¿En qué puedo ayudarla? —se ofreció.

—Hola, Savannah —la mujer le tendió la mano con una sonrisa auténtica—. La abuela habla maravillas de ti. Mencionó que estabas trabajando con Rick.

—La señora Sullivan es un encanto —aseguró Savannah—. Agradezco que me haya dado la oportunidad de trabajar con Rick.

Se escuchó un llanto en el carrito, y Jesse sonrió a Savannah antes de atender al bebé. Cuando le hubo calmado, volvió a alzar la vista.

—Tengo una cita con Rett para hablar del regalo que vamos a hacerle a la abuela por su ochenta y cinco cumpleaños. Los chicos están organizando una gran fiesta sorpresa, y quieren que el regalo sea algo espectacular.

—Eso le encantará. ¿Cuándo es su cumpleaños? Me gustaría regalarle también algún detalle para demostrarle mi agradecimiento.

—Oh, todavía faltan algunos meses —Jesse puso los ojos en blanco—. Lo sé, soy demasiada previsora, pero me gusta organizarme. Y queremos un regalo realmente espectacular, así que es justo que le demos a Rett tiempo suficiente para trabajar. Pero Troy se ha despertado y quiere atención. Confiaba en que Rick se quedara con él unos minutos mientras hablo con Rett.

—Oh, bueno… —cuidar de un bebé, aunque fuera su propio sobrino, no parecía propio de Rick, pero Jesse debía conocer a su cuñado mejor que ella—. ¿Cuánto tiempo espera tardar?

—Solo unos veinte minutos. Es lo único que puede dedicarme Rett hoy, pero queríamos ponernos manos a la obra y al menos hablar de lo que queremos hacer —se inclinó sobre el carrito cuando sonó otro llanto—. No importa, sé que a Rett no le

molestará. Le encantan los niños. Sencillamente, no avanzaremos tanto como pensábamos.

Savannah miró el reloj de arena: la mayoría de la arena ya había caído en la mitad de abajo. Rick no solía tomarse una hora entera para comer.

—Debe de estar a punto de regresar. Si quiere, puedo quedarme con Troy hasta que Rick regrese.

—¿De verdad? Eso es muy amable por su parte —el alivio iluminó las facciones de Jesse—. Acaba de comer y le he cambiado el pañal, así que no debería dar ningún problema —dejó el carrito al lado del escritorio de Savannah—. Muchas gracias.

—No hay de qué. ¿Cuánto tiempo tiene? —preguntó Savannah.

—Cinco meses —Jesse le tendió la bolsa de los pañales de Troy —. Tardaré lo menos posible —aseguró despidiéndose con la mano y saliendo de allí a toda prisa.

—Aquí estaremos, ¿verdad, cariño? —Savannah le habló al niño sonriendo con dulzura.

Caía bien a los niños. Tras unos instantes, sacó al bebé del carrito. Lo acunó y se lo puso en el regazo, balanceándole suavemente mientras volvía a centrarse en los números.

Eso sirvió durante diez segundos. Los deditos de Troy arrugaron el papel. Ella se lo quitó y el niño le tiró la pluma al suelo. Rescatándola también, le giró y le sentó en el escritorio mirando hacia ella.

—Eres un niño muy inquieto. ¿Estás intentando ser como tu tío Rick y trabajar, trabajar y trabajar?

Troy le sonrió y luego soltó un eructo.

—Oh, cariño —Savannah buscó en la bolsa y sacó un babero para limpiarle—. Eso está mejor, pero veamos si podemos limpiarte esto con agua.

Se subió a Troy al hombro antes de dejar la bolsa de los pañales en el carrito y llevar ambas cosas al despacho de Rick. Tenía un cuarto de baño privado. Dejó el carrito y entró con Troy en el baño para limpiarle.

Rick entró en su despacho después del almuerzo y se quedó paralizado nada más cruzar la puerta. Había un carrito de niño

junto a su escritorio. Frunció el ceño y miró hacia el escritorio de Savannah. Estaba vacío.

¿Qué estaba sucediendo? Se acercó a su propio escritorio, pero el carro también estaba vacío.

¿En qué estaría metida Savannah ahora? Cuidando niños, sin duda. Ya tenía fama de ser un blanco fácil. Bien, él le pondría fin a eso. Su paciencia tenía un límite. Y los bebés estaban en lo alto de esa lista. Le resultaban complicados. Había que tomarlos en brazos, acunarlos de un modo específico, asegurarse de que no tocaran las cosas. Alimentarles, cambiarles, sacarles el aire. Sí, eran sin duda complicados. El llanto de un bebé le provocó tensión en la espina dorsal. No se podía ignorar aquel gemido de descontento. Un instante más tarde, Savannah salió de su cuarto de baño con un bebé en brazos.

—Así que aquí hay un bebé —dijo mirándola a ella y luego al niño, dispuesto a soltarle una reprimenda. Pero entonces descubrió que el bebé le resultaba familiar—. ¿Es de alguno de mis hermanos?

—Sí, es su sobrino Troy —Savannah acunó suavemente al pequeño—. ¿Cree que es demasiado joven con cinco meses para trabajar de becario?

—Oh, sí, pondremos en nómina a una niñera —Rick abrió el cajón superior de su escritorio y metió la cartera dentro—. ¿Dónde están Brock y Jesse?

—Jesse está abajo con Rett revisando los primeros bocetos para el regalo de cumpleaños de su abuela —cambió al bebé de posición —. ¿Quiere tomarlo en brazos?

—No —Rick dio un involuntario paso atrás.

Savannah alzó las cejas ante su reacción.

—¿No? Con una familia tan numerosa, pensé que estaría acostumbrado a los niños.

—Sí, bueno, los niños no son lo mío.

—¿De verdad? —Su repuesta sorprendió a Savannah—. ¿Cómo puede resistirse a un encanto así? Es adorable. Y es muy fácil relacionarse con los bebés. Lo único que hay que hacer es sonreír y hacerles monerías.

Para demostrárselo, le sonrió al bebé de cinco meses. Troy le devolvió la sonrisa.

—¿Lo ve? —alzó la vista hacia Rick.

—Mantenga la compostura, señorita Jones. Yo nunca hago monerías —aseguró él con firmeza.

—Vaya, es una lástima —el bebé se revolvió entre sus brazos. Se sentía mal por Rick, porque su fría reserva le impidiera encontrar alegría en su sobrino—. Tal vez debería intentarlo alguna vez. Los bebés quieren de una forma incondicional.

Rick alzó una de sus oscuras cejas, recordándole en silencio que estaba hablando con el jefe.

—De acuerdo, ¿en qué estaría pensando? —Savannah dio un paso hacia atrás. Tenía que salir de allí antes de decir algo de lo que se pudiera arrepentir. Sabía que hablaba demasiado. Su hermana Claudia decía que eso era la mayor debilidad de Savannah y también su mayor fuerza; tenía tendencia a hablar demasiado, pero también tenía la capacidad de hacer que la gente se sintiera cómoda.

Entonces sonó el teléfono, y Savannah vio la oportunidad de que Rick pudiera conectar con su sobrino. Si le sujetaba en brazos, quedaría vencido por la dulzura del bebé.

—Tengo que contestar. Tome, sujete a Troy un instante —dejó al niño en brazos de Rick y descolgó el teléfono, vigilándoles por el rabillo del ojo mientras hablaba.

Rick la fulminó con la mirada. Aunque parecía indeciso, apoyó instintivamente a Troy contra su hombro como si estuviera sosteniendo una frágil pieza de cristal en lugar de a un niño de carne y hueso.

¿Por qué los hombres parecían tan *sexys* cuando sostenían a un bebé en brazos?

Por supuesto, Rick siempre estaba *sexy*. Durante su primera semana de trabajo, Savannah había tenido que hacer un esfuerzo para mantener la mirada apartada del jefe. Le costó trabajo, pero quería conservar el empleo, y su ambición le ayudó a mantener sus hormonas a raya. Eso y los hábitos de adicto al trabajo de Rick y su actitud taciturna.

Pero ahora nada de todo aquello parecía importar. Tenía un aspecto vulnerable, fuerte y a la vez delicado, con el bebé en brazos.

Para no tentar a la suerte, Savannah concluyó la llamada.

—Lo siento —dio un paso hacia Rick—. Volveré a tomarle en

brazos… ¡Oh, Dios!

Troy vomitó por toda su parte delantera. Y por la de Rick.

—Mier… —Rick soltó una palabrota.

Sus reflejos para apartar al bebé no habían sido lo suficientemente rápidos para librarse de la desagradable descarga, que le había manchado también los brillantes mocasines negros.

Troy hizo un puchero y Savannah agarró el trapo húmedo de su asiento y se apresuró a limpiarle antes de que empezara a llorar.

—No pasa nada, cariño.

Cuando hubo limpiado al bebé, se giró hacia Rick y le pasó el trapo por la camisa blanca. Cuando le hubo quitado la mayor parte de la suciedad, alzó la vista y se encontró con sus ojos azules, que estaban mucho más cerca de lo que ella había esperado y la miraban con una mezcla de irritación y recelo.

—Lo siento, esto es lo máximo que puedo hacer —murmuró Savannah con una voz más ronca de lo habitual.

—Gracias —contestó él con voz pausada sosteniéndole la mirada —. Creo que debería quedarse usted con él hasta que regrese Jesse.

—Por supuesto —Savannah dio un paso adelante y estuvo a punto de tropezarse por los nervios. Se escuchó un «ring» a través de la puerta abierta y se detuvo—. Oh, es el teléfono de mi escritorio.

—Deje que se vaya al buzón de voz —le ordenó Rick—. Necesito que se encargue de Troy mientras me cambio de camisa —sin esperar respuesta, le pasó al bebé.

El teléfono del escritorio de Savannah paró y empezó a sonar el de Rick.

Mientras descolgaba, empezó a desabrocharse el botón superior. Se las arregló para contestar la llamada y al mismo tiempo sacarse la camisa por la cinturilla.

Savannah tragó saliva, tentada por la visión de su piel bronceada y sus duros músculos. Un torso fuerte que soportaba unos anchos hombros y que luego se estrechaba en las caderas.

—Savannah —su nombre sonó como un zumbido en sus oídos mientras le ponía el teléfono en la mano—. Toma nota de los detalles de esta llamada de larga distancia por mí. Volveré enseguida.

—Por supuesto —Savannah vio cómo su fuerte espalda

desaparecía en el baño privado antes de centrarse en su tarea. Haciendo malabarismos con el bebé y con el teléfono, apuntó la información del responsable de la sucursal de San Francisco.

Cuando Rick regresó unos minutos más tarde aseado y retocado, ella le puso la hoja con las notas en la mano y se dirigió hacia la puerta con Troy en brazos.

—Iré a buscar a Jesse —dijo escapándose.

Al llegar a la puerta miró hacia atrás de reojo. Rick estaba sentado detrás de su escritorio. Una vez más trabajando, una vez más controlando.

Aquella visión provocó en ella un anhelo que no fue capaz de explicar. Y que no podía permitirse.

Le encantaba su nuevo trabajo; suponía un reto para ella. Y aprendía mucho. Pero de pronto estaba deseando que Rick emprendiera su inminente viaje a Europa. Menos mal que había cerrado aquel acuerdo internacional. Tener un continente entero y un océano separándoles le parecía una magnífica idea.

Troy le sonrió a Rick por encima del hombro de Savannah como si estuviera encantado de tenerla para él solo. Rick no pudo evitar sonreír. El niño era un Sullivan auténtico.

Pero Savannah era otra cuestión. Rick nunca hubiera imaginado que la indomable señorita Jones fuera tan escurridiza.

No entendía por qué le resultaba tan fascinante su veloz retirada. Tal vez solo le gustara verla sonrojada. Se lo merecía después de haberle colocado al niño y haberse quedado tan cerca que el dulce aroma de su pelo llegó hasta él a pesar del hedor del vómito del bebé.

La impresión de ver aquellos flecos dorados brillando en sus ojos verdes provocó en su interior una respuesta física a la que no tenía intención de responder.

Lo último que Rick necesitaba era tener pensamientos lascivos sobre su asistente.

Era mejor estar molesto que excitado.

Lo mejor que podría pasar sería que Savannah dejara el trabajo. Meditó sobre aquella idea. Veía dos problemas en aquella opción. La abuela le echaría la culpa a él. Y no sería tan fácil librarse de

Savannah. Parecía que el trabajo le gustaba.

Tal vez hablara demasiado, pero no pegaba un respingo si él decía alguna palabra cortante, como habían hecho las anteriores asistentes temporales. Y no protestaba si tenía muchas horas de trabajo a menos que coincidieran con algún evento familiar.

Rick entendía las obligaciones familiares. Eran seis hermanos, y les gustaba reunirse con frecuencia. Él participaba por su abuela y porque era lo que se esperaba de él, pero con frecuencia se sentía aislado aunque estuviera rodeado de gente. Le sucedía desde que era un niño.

Quería a sus hermanos, pero le resultaba difícil compartir sus cosas con ellos, excepto con Rett, por supuesto. Sobre todo tras la ruptura de su compromiso en la universidad.

Perder a la gente resultaba doloroso. En su opinión, la soledad era un precio muy pequeño a pagar a cambio de tener paz.

—Eh, Rick —Jesse entró con su hijo en brazos—. Os agradezco a Savannah y ti que os hayáis ocupado de Troy. A Rett y a mí se nos han ocurrido unas ideas buenísimas para la abuela.

—Me alegro —intercambiaron unas cuantas palabras de cortesía mientras ella sujetaba a Troy al carrito.

—Siento tener que irme así de rápido, pero tengo que recoger a Allie en la guardería —explicó Jesse.

—No te preocupes. Te acompaño —Rick fue con ella hasta el ascensor que había al otro lado del pasillo—. Ya nos veremos.

—Oh, casi se me olvida —Jesse impidió que las puertas se cerraran—. ¿Sabes qué día nació tu abuelo? Necesitamos saber cuál es su piedra para el regalo de la abuela.

Rick frunció el ceño mientras rebuscaba en su mente.

—No. Sé que es en verano, pero no recuerdo cuándo.

—Yo lo tengo —dijo Savannah, y Rick se giró hacia ella sorprendido—. Está en el informe de Molly. Hay biografías de todos los presidentes anteriores, incluidas las fechas de nacimiento y de fallecimiento —sus dedos se deslizaron por las teclas del ordenador mientras hablaba—. Charles Sullivan nació el veintitrés de julio. ¿Necesitáis el año?

—No. Esto es maravilloso —Jesse sonrió—. Me has salvado. Creí que iba a tener que interrogar a la abuela sin que sospechara nada de la fiesta. ¿Puedes decírselo a Rett?

—Claro. Se lo enviaré por correo electrónico.

—Gracias. Y gracias otra vez por cuidar de Troy —las puertas del ascensor se cerraron.

Un bendito silencio descendió sobre el despacho.

Rick suspiró y cuando miró a Savannah a los ojos descubrió un brillo de comprensión en ellos.

—Sí —dijo ella volviendo a fijarse en los papeles que tenía delante—. Te encanta verles. Y te encanta ver cómo se van.

Había dado en el blanco.

Le producía una sensación extraña que hubiera sabido leer en su interior. Le sorprendía que alguien se esforzara con él. La gente tenía tendencia a evitarle en lugar de interactuar con él. Generalmente aquello le convenía, pero aquel momento de conexión le produjo una curiosa sensación de bienestar. Se giró hacia su despacho y se frotó el pecho con aire ausente.

Seguía pensando que hablaba demasiado.

* * *

La tarde siguiente, el timbre del teléfono hizo que Savannah se acercara a toda prisa a su escritorio tras llegar de comer. Esperaba que fuera una llamada de trabajo, pero le sorprendió encontrar a su hermana Claudia al otro lado.

Estaba entusiasmada.

—Oh, Dios mío, Savannah, te quiero. Quiero a la señora Sullivan. Quiero a Rick Sullivan. Quiero a todos los Sullivan.

—Espera, cálmate —todavía conteniendo la respiración, Savannah trató de entender lo que decía su hermana—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué ha hecho Rick?

—Me acabo de enterar de que, como voy a regresar a Paradise Pines después de graduarme, van a darme una beca extra para ayudarme a instalarme mientras empiezo con mi nuevo trabajo. Eso significa que…

—Espera un momento —Savannah se sentó y dejó el bolso en el escritorio—. ¿Me estás diciendo que los Sullivan te han dado más dinero?

—Sí, Savannah, Podré tener mi propio apartamento y un nuevo

ordenador. Y un nuevo vestuario. Tengo que darles las gracias a todos los Sullivan. La señora Sullivan no responde al teléfono, así que pensé en agradecérselo a Rick. ¿Está ahí?

—No lo entiendo —Savannah estaba confusa—. ¿Estás diciendo que aunque hayas terminado la universidad te van a dar otros cinco mil?

—¡Sí! —la emoción de Claudia adquirió proporciones gigantescas—. ¡Es increíble! ¿Te lo puedes creer?

Sí, Savannah podría creerlo cuando se le pasara el asombro. Una de las cosas que más admiraba de los Sullivan, incluido Rick, era su generosidad.

—Te lo mereces. Has trabajado muy duro estos últimos cuatro años —le dijo a Claudia.

—Estoy abrumada. Gracias.

—No me des las gracias a mí, dáselas a Rick —justo cuando pensaba que solo se dedicaba al trabajo, Rick hacía aquello. Algo considerado y bonito que mostraba al hombre tan decente que era. Y sabía que era cosa suya porque la señora Sullivan le había dicho que él era quien decía la última palabra sobre las becas.

—Te doy las gracias a ti. Siempre has estado ahí para mí. Y por supuesto, también quiero agradecérselo a Rick. ¿Está ahí?

Savannah alzó la vista hacia su puerta cerrada.

—Está en una videoconferencia. Pero le diré que has llamado.

—De acuerdo. Sé que estás ocupada, así que no te entretendré más. Prométeme que le darás a Rick un gran beso de mi parte. Te quiero mucho. Adiós.

—¡Claudia! —protestó Savannah.

Pero su hermana colgó, dejándola con la imagen de Savannah dándole un beso a Rick. Una imagen que no necesitaba. Tras el incidente con Troy el día anterior le resultaba demasiado fácil imaginar cómo sabría, cómo se sentiría su piel contra la suya.

Nunca había conocido a un hombre como él, tan físicamente en forma, tan recio en su actitud. Era tan masculino que hacía que los hombres con los que había salido parecieran niños en comparación. Aunque tampoco había habido tantos. Durante sus años de instituto había estado cuidando a su madre en lugar de coqueteando.

Nunca recuperó aquellos años de experimentación. Y desde entonces iba un paso por detrás en el juego del amor.

Por desgracia, Rick le hacía lamentar lo que había perdido.

Unos segundos después de que hubiera finalizado la videoconferencia, escuchó cómo llamaban a su puerta. Alzó la vista cuando Savannah asomó la cabeza.

—Bien, ya está libre —dijo entrando en su despacho.

Su falda ajustada le marcaba el contorno de las piernas cuando se acercó a la silla que ocupaba normalmente frente a su escritorio.

Pero no se detuvo allí. Siguió avanzando y rodeó el escritorio.

Al ver la decidida mirada de sus ojos, Rick se puso de pie. Cuando se inclinó hacia él, se apartó. Pero ella siguió avanzando y se puso de puntillas para rozarle la mejilla con los labios. En lugar de alejarse, se inclinó sobre ella para aspirar su aroma a madreselva.

—Esto es de parte de Claudia —dijo ella intentando ahora evitar su mirada cuando volvió a ponerse de puntillas para rozarle la otra mejilla con los labios—. Y éste es de mi parte.

Rick apretó los puños para evitar acercarse más.

—Los Sullivan habéis sido increíblemente buenos con ella. Está encantada con la beca extra que va a recibir por volver a Paradise Pines.

Ah. Rick resistió la urgencia de revolverse incómodo cuando volvió a tomar asiento.

—Las becas son cosas de mi abuela.

—Y ella me dijo que tú siempre participas en la decisión final —aseguró Savannah.

Le habían pillado. Rick se encogió de hombros.

—Paradise Pines necesita jóvenes profesionales. Solo hacemos lo que es bueno para la comunidad.

—Claudia será maravillosa para la comunidad y habría regresado a Paradise sin ese incentivo, pero gracias —vaciló, como si estuviera pensando en decir algo más.

O en volver a besarle. Pero se limitó a asentir y se dio la vuelta para volver a su escritorio.

Ese día estaba calmada, contenida, no había rastro de la nerviosa mujer del día anterior.

Perfecto. La frialdad y la distancia eran algo bueno. Él también

debería mostrar un poco de indiferencia. Al observar sus largas piernas saliendo a toda prisa de allí, tuvo que hacer un esfuerzo para contener su deseo de soltarse la corbata. El aire de la habitación se sentía de pronto excesivamente cálido.

Debería estar satisfecho de que hubieran vuelto a la actitud profesional, pero por alguna razón no lo estaba.

—Savannah.

—¿Sí? —ella se detuvo en la puerta para mirarle con ojos cautelosos.

De acuerdo. No había razón para avergonzar a ambos. Lo que significaba que se acabaron los pensamientos inapropiados sobre Savannah.

Rick se acercó un informe legal.

—Me alegro de que tu hermana esté contenta.

Capítulo 3

—Tu diseño es precioso.

El lunes siguiente después del trabajo, Savannah estaba de pie en el inmaculado taller de Rett para recibir su lección mientras él sujetaba entre sus manos su esbozo y lo observaba desde todos los ángulos.

—El conjunto se verá maravilloso en oro entrelazado con la esmeralda clásica que irá en el medio. La simetría es muy bonita. A tu hermana le va a encantar la pieza —le dijo.

—Gracias —la satisfacción y la emoción la hicieron sentirse aturdida. Pero la ansiedad la mantenía con los pies en la tierra. Quería entregarle el collar y los pendientes a Claudia como regalo de graduación, y quería que fueran perfectos—. ¿No crees que es demasiado ambicioso?

Él la miró divertido.

—Pasaste de la ambición cuando decidiste diseñar joyas, así que ahora no te hagas la cobarde conmigo.

—No lo hago —la aprobación de su diseño hacía que Savannah estuviera más decidida todavía a terminar el proyecto—. Pero llevo poco tiempo haciendo esto. Cuando era más joven jugaba a hacer pulseras y collares, pero ésta es la primera vez que he trabajado con piedras preciosas.

—Relájate, tienes un don natural. Tus diseños son interesantes y al mismo tiempo tienen un atractivo sencillo. Además, el trabajo con las joyas lo haré yo.

—Lo sé, y te lo agradezco de verdad —Savannah le sonrió; le resultaba extraño apoyarse en la opinión de otra persona sobre su trabajo. Le gustaba oír sus halagos, pero al mismo tiempo era duro ser juzgada. Se concentró en lo positivo—. Algún día también quiero aprender a tallar.

—¿Por qué no vas paso a paso? Vamos, déjame enseñarte algo —Rett cruzó el taller y abrió uno de los cajones que había bajo la encimera que recorría toda la pared. Sacó una caja pequeña y transparente y se la tendió—. Ábrela —le puso la caja en las manos.

A través del recipiente transparente vio un brillo verde. Abrió la tapa con curiosidad. Dentro había un juego de pendientes de

esmeralda engarzados con una intrincada voluta de oro blanco.

—¡Ése es mi diseño! —Savannah cruzó su mirada con la suya.

Rett asintió.

—Dejaste el dibujo sobre la encimera la semana pasada.

—¿Has convertido mi diseño en una joya de verdad? —inquirió ella, sorprendida y al mismo tiempo orgullosa.

—Eso es lo que hacemos aquí en Sullivan. Joyas —le recordó Rett con una sonrisa.

—Sí, pero yo soy una aficionada.

—Sí, lo eres —dijo una voz profunda desde el umbral.

Rick rodeó las mesas de trabajo que había en medio del taller para llegar hasta ellos.

—¿Ahora trabajas con aprendices? —le preguntó a su hermano con recelo.

—Todos tenemos que empezar en algún sitio. Pero no te preocupes. Es buena. Compruébalo por ti mismo —Rett le tendió a Rick los pendientes. Girándose hacia Savannah, le aseguró—. Este es un gran diseño, pero puede que quieras esperar a tomar una decisión sobre cuál querrás utilizar cuando hayamos dado algunas lecciones más.

—Buena idea —mordiéndose el labio inferior, vio cómo Rick inspeccionaba su trabajo.

Hablando de ser juzgada. Al menos Rett era un artista, pero Rick era un hombre de negocios, observaría su trabajo desde una perspectiva completamente distinta.

Savannah contuvo la respiración.

—Son muy bonitos, muy elegantes. Estoy impresionado —aseguró Rick clavando en Savannah una mirada fija—. Así que esto era lo que os traíais los dos entre manos.

Ignorando su comentario, se concentró en su aprobación: las palabras de alabanza de Rick la hacían sentirse como un diamante valioso y brillante.

—¿Qué haces aquí abajo, Rick? —le preguntó Rett guardando otra vez los pendientes.

—He recibido noticias. El grupo Emerson quiere salirse de nuestro acuerdo internacional.

—¿Pero qué dices? —exclamó Rett poniéndose al instante en jarras.

Savannah comprendía su confusión. Sabía lo duro que habían trabajado para conseguir cerrar aquel trato de cara al aniversario.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Rett—. Jack Emerson parecía encantado con la alianza. No puedo creer que haya cambiado de opinión.

—Jack sufrió un ataque al corazón la semana pasada. Por eso no habíamos recibido los documentos finales. Su junta directiva se ha acogido a la cláusula de rescisión —le informó Rick.

—Oh, Dios mío —Savannah había hablado un par de veces con Emerson. Le caía bien aquel hombre, encontraba su sinceridad y su modo de hablar directo muy refrescantes—. ¿Se encuentra bien?

—Han tenido que operarle para colocarle un *bypass*. Está en casa y se encuentra bien, pero tiene una larga recuperación por delante.

—Lo siento —Rett sacudió la cabeza, y le puso la mano en el hombro a Rick—. Has trabajado mucho para conseguir este acuerdo.

Savannah sabía que Rick había pasado meses planeando la expansión internacional de Joyas Sullivan. En los últimos diez años había abierto sucursales del negocio familiar en Beverly Hills, San Francisco, Las Vegas, Dallas, Chicago y Nueva York. Para celebrar el primer siglo de vida de la empresa, tenía intención de llevar a cabo una expansión internacional. Puede que ahora el plan estuviera en peligro.

—Demasiado duro como para renunciar ahora —respondió Rick con gravedad—. He revisado las notas de nuestras alternativas. Me gusta Crosse International como segunda opción. Albert Crosse ha accedido a reunirse conmigo el próximo martes. Eso nos da una semana para reagruparnos e idear un nuevo plan. Savannah, necesito las notas de nuestras primeras negociaciones. Quiero una lista de nuestros puntos en común y en disputa.

—Por supuesto. Rick, ya sabes que trabajaré durante el fin de semana si es necesario para estar preparada para la reunión.

—Gracias —Rick le dirigió una distraída mirada de agradecimiento—. Pero este fin de semana vamos a estar de viaje. Nuestra reunión con Crosse es en Londres. Como tenía el viaje planeado, él nos ha ofrecido una suite en su hotel de Londres. Tendrás que cancelar las otras reservas.

—¿Yo también voy? —exclamó ella.

—Sí, necesito que vengas conmigo.

—Londres —asombrada, Savannah se dejó caer en un taburete cercano. Imágenes del Big Ben, el Palacio de Buckingham y la abadía de Westminster se le pasaron por la mente.

—¿Savannah? —Rick la devolvió al momento.

Todo estaba sucediendo tan deprisa que tuvo que pararse para aclararlo.

—¿Quieres que vaya contigo a Inglaterra?

—Te necesito allí, sí —Rick se apoyó contra la encimera de trabajo y deslizó la mirada sobre ella.

No es que la estuviera mirando, su mente estaba claramente maquinando una estrategia empresarial.

—Puedo encargarme del cambio de reservas, pero no sé si podré conseguir el mismo vuelo que tú —la idea de viajar con él provocaba en Savannah sentimientos encontrados. Ir a Europa le provocaba emoción. Estar a solas con él, no tanto.

—Entonces cambia mi vuelo —Rick consultó su reloj—. ¿Puedes quedarte? Quiero que trabajes a tiempo completo en el acuerdo de Crosse. Si queremos cumplir con el plazo de abrir nuestra primera tienda internacional en noviembre del año que viene, este acuerdo debe estar cerrado a finales de diciembre —se dirigió hacia la puerta del taller—. Eso nos da dos semanas para finalizar las negociaciones y emplazar las tiendas europeas.

—Empezaré ahora mismo —afirmó ella.

Savannah no podía creer su buena suerte. Verse implicada en esas nuevas negociaciones le proporcionaba la oportunidad de demostrar su valía en el trabajo. Por no hablar de la emoción de viajar a Inglaterra. Sí, tendría que compartir suite con Rick, pero con tantas cosas en juego, seguramente sería capaz de controlar sus hormonas durante una semana.

El jueves por la noche Rick estaba sentado en su despacho pensando. Tenía una meta cuando se hizo cargo de la presidencia de Joyas Sullivan: convertir el negocio familiar en una empresa tan fuerte que no volvería a ser vulnerable nunca más.

Como había sucedido cuando su padre estaba al mando.

La empresa estuvo a punto de quebrar tras la muerte de sus

padres. La abuela la mantuvo unida con fuerte determinación. Rick y sus hermanos ayudaron en lo que pudieron. Rett y él solo tenían diez años, pero iban a la tienda con ella los fines de semana. Y cuando crecieron le dedicaron más tiempo. Rick ayudaba a su abuela mientras Rett pasaba tiempo en el taller de diseño.

Y cuando la abuela anunció que se retiraba y le entregó el control de la empresa, Rick tuvo que tomar la difícil decisión de poner primero a su familia. Sacrificó su compromiso para quedarse en San Diego y ocuparse de Joyas Sullivan.

Tal vez cuando celebraran el centenario de la empresa con su primera tienda internacional sentiría finalmente que había triunfado allí donde el bueno de su padre había fallado.

Al rescindir su oferta, Emerson había provocado un retraso de seis meses en la consecución de su objetivo. Ahora, para poder cumplir el plazo de diciembre necesitaba correr muy deprisa.

Savannah le había sido de mucha ayuda aquellos últimos días. Juntos habían reestructurado el contrato para Crosse International, incluidas varias concesiones aceptables por tratarse de la segunda opción. Cuando aterrizaran en Inglaterra tomarían Crosse por asalto.

Oyó cómo llamaban a la puerta abierta y Savannah entró en su despacho. Rick la vio acercarse a él.

—Éstos son los informes de beneficios y de pérdidas de los dos últimos años. Contabilidad sigue trabajando en la corrección de las previsiones para este año. He concertado una reunión con el CFO para mañana por la mañana —le tendió los informes y se sentó con las piernas cruzadas en espera de una respuesta.

Rick apartó la mirada de la tentadora visión de su falda azul marino subiéndose unos centímetros por encima de las rodillas.

Tras revisar los documentos, los dejó sobre el escritorio. El movimiento sobresaltó a Savannah, a la que pilló en medio de un bostezo. En algún momento del día se había quitado la chaqueta, pero aparte de eso parecía tan fresca y serena como cuando había cruzado por su puerta aquella mañana.

Rick se estremeció al echar un vistazo al reloj y ver que eso había sido hacía más de trece horas.

La luz superior provocaba brillantes reflejos en su oscuro caballo rojizo. Llevaba su melena caoba recogida en lo alto de la cabeza,

pero a aquellas alturas del día se le escapaban algunos mechones que le caían sobre el cuello y la frente. Tal vez no estuviera tan fresca después de todo, pero resultaba *sexy*.

Demasiado *sexy*.

Tenía que proporcionarle a aquella mujer un código de vestimenta, pensó conteniendo un gruñido. Uno que incluyera chaquetas grandes y camisas abotonadas. Al mirar toda aquella piel cremosa que dejaba al descubierto su blusa dorada sin mangas se dio cuenta de que necesitaba cambiar el curso de sus pensamientos si no quería ponerse en ridículo.

Llevaban trabajando juntos desde las siete de la mañana y ahora eran más de las ocho de la tarde. Una repetición de los dos últimos días. Lo que necesitaba, lo que ambos necesitaban, era un respiro.

Como si le hubiera oído, Rett apareció por la puerta.

—¿Seguís trabajando, chicos? Creí que habíais dicho que teníais la propuesta muy ultimada.

Rick se reclinó en la silla.

—Así es. La tiene el abogado. Por la mañana incorporaremos sus comentarios y la revisaremos una última vez. Iba a sugerir que diéramos la noche por terminada y empezáramos frescos mañana.

Era una buena idea, así terminaría el tormento del día. Pero Rett tenía otras ideas.

—Eh, el sábado tienes un vuelo de quince horas. Vas a suplicar tener algo que hacer para llenar el tiempo. Guarda la revisión para ese momento y dale a Savannah el día libre mañana.

—Espera un momento —protestó Rick.

—Vamos —Rett tomó asiento en la silla que había vacía—. Apuesto a que ya ha trabajado más de cuarenta horas. Con tanto trabajo seguro que ni siquiera ha tenido tiempo para hacer el equipaje, ¿a que no? —dirigió la pregunta directamente hacia ella.

—¿Qué? —Savannah abrió mucho los ojos cuando la atención se centró en ella—. Oh, bueno, la verdad es que…

—¿Lo ves? —dijo Rett triunfante—. Piensa en ello, Rick. Mientras tanto, ¿por qué no reservas una mesa para que cenemos los tres? Los dos os merecéis un descanso.

—Yo debería irme a casa —Savannah se puso de pie con un suspiro cansado, atrayendo la atracción de Rick una vez más hacia su blusa y hacia el modo en que se le ajustaba al pecho.

—No, ven con nosotros —insistió Rett—. Has trabajado mucho. Deja que te invitemos a cenar.

Savannah vaciló un instante y luego sonrió.

—De acuerdo. ¿Por qué no me reúno con vosotros en el restaurante? Así puedo irme directamente desde allí después.

Ultimaron los detalles y Rick insistió en acompañarla al coche. Luego la siguió hasta su restaurante favorito, maldiciendo en silencio la interferencia de su hermano. A Rick no le gustaba mezclar los negocios con el placer, y cenar con Savannah desde luego traspasaba los límites de lo profesional. Su actuación aquella semana le había sorprendido; eso tenía que admitirlo. Y a pesar de la ocasional distracción de sus impresionantes piernas o del dulce aroma de su champú, habían avanzado de forma impresionante en el trabajo. Savannah había mantenido la calma y en ocasiones se había adelantado a él redactándole informes antes incluso de que él se los pidiera.

La cena sería suficientemente inocente con Rett al lado. Sí, estrictamente profesional. De hecho, utilizaría la cena para hablar de dónde deberían abrir su primera tienda internacional.

Por desgracia, justo cuando llegó al restaurante, Rett llamó para decir que al final no podía ir. Rick maldijo para sus adentros.

Savannah esperaba al otro lado de la puerta con la chaqueta abrochada y el pelo otra vez recogido y arreglado.

—Rett nos ha dejado por una cita, así que supongo que estamos solos —dijo Rick con brusquedad.

Savannah se mordió el labio inferior, atrayendo la atención de Rick hacia la rosada y jugosa perfección de su boca.

—Tal vez debería irme a casa. Ha sido un día muy largo.

Debería aprovechar el ofrecimiento, pero el cansancio de sus ojos verdes le enterneció.

—No, quédate. Tienes que comer, y esto es mejor que llevarte algo de comida rápida de regreso a casa.

Sin esperar respuesta, le puso la mano en la parte inferior de la espalda y le indicó al *maître* que querían una mesa para dos.

Savannah pasó por delante de él, dejándole con la visión del suave contoneo de sus caderas mientras la seguía hasta la mesa. Diciéndose que el hambre que sentía en el estómago era de comida, pidió un entrecot.

—Quiero algo en lo que pueda hundir los dientes —declaró con una sonrisa.

Las palabras de Rick provocaron un estremecimiento en el interior de Savannah.

Le hubiera gustado tomarse aquella respuesta como un síntoma de hambre, pero por desgracia sabía que no era así. Realmente tendría que dirigirse directamente a casa y evitar cualquier posibilidad de tener una cena íntima con Rick. Pero la idea de ponerse a cocinar después de un día tan largo le parecía tan poco atractiva como comprar comida de plástico.

El camarero les llevó las bebidas. Rick puso ambos brazos en la mesa y se inclinó hacia delante.

—He reducido las posibilidades de ubicación de la primera tienda a Londres o París. Sé que has hecho una lista de inmuebles. ¿Cuál es tu opinión?

De acuerdo, ella sabía cómo mantener la distancia emocional con él centrándose en el trabajo, y agradecía que le preguntara su opinión. Pero la cabeza no le daba para más aquel día.

Aspiró con fuerza el aire y le miró a los ojos.

—¿Podemos hablar de algo más que no sea trabajo?

Durante un instante, el asombro dejó a Rick sin voz.

—¿Cómo? —consiguió preguntar.

—Tengo el cerebro frito. No más charlas sobre tiendas —expresó su opinión con términos concisos y claros.

Rick se quedó mirándola sin saber qué decir. Pero tras un instante se relajó reclinándose en el asiento y abrió las manos.

—Claro. Hablaremos de lo que quieras.

—Intenta contener tu entusiasmo —dijo Savannah con una sonrisa mientras agarraba un trozo de pan.

Lo partió por la mitad y dejó la otra mitad en la cesta.

Cómodo con su habitual traje negro y camisa blanca, Rick exudaba elegancia y clase. La anchura de sus hombros y la confiada inclinación de su cabeza añadían presencia a su porte.

Tenía un aspecto realmente magnífico. Siempre lo tenía, pero esa noche le estaba resultando especialmente duro apartar la mirada. Debería estar receloso, sobre todo porque la mirada de Rick revelaba que le gustaba mirarla también pero no tenía fuerzas. Así que disfrutó del delicioso escalofrío que le recorrió los nervios.

Era una sensación que el sentido común aplastó al instante. No quería que cambiara la situación. Valoraba demasiado su trabajo como para ponerlo en peligro por una aventura.

—De acuerdo —Rick agarró la mitad del pan y le dio un mordisco—. ¿Dónde aprendiste a hablar francés?

—En el instituto. Luego di un curso avanzado en la escuela nocturna. Cuando terminó el curso, un grupo nos reuníamos para cenar en un restaurante francés una vez al mes y solo hablábamos en ese idioma —Savannah se metió el último trozo de pan en la boca—. Siempre estoy metida en cursos y en seminarios.

—¿Seminarios? —preguntó Rick con interés—. ¿Qué temas te interesan?

Savannah se encogió de hombros.

—Todo tipo de cosas: infancia, negocios, diseño, autoayuda… ese tipo de cosas.

—Ah —él asintió—. Suena… aburrido.

Su sinceridad la sorprendió y se rio1.

—Algunas cosas sí lo son. Otras son ridículas, pero también hay temas útiles. Pero me gusta aprender cosas nuevas.

—¿Como diseño de joyas y tallado?

—Exacto.

Llegó el camarero con las ensaladas y les sirvió más agua.

—Cuéntame algo que hayas hecho que sea ridículo —le pidió Rick en cuanto el camarero se hubo marchado.

Eso no sería difícil. Rick tenía un máster en administración de empresas; seguramente encontraría ridículas la mayoría de las cosas que ella hacía.

—En un curso sobre relaciones, para ponerse en el lugar del compañero se supone que debes tumbarte completamente desnuda en una cama e imaginar que eres un hombre.

—Yo soy un hombre —sin vacilación. Sin disculpas.

Como si ella necesitara que se lo recordara.

—Tú tendrías que imaginarte como mujer.

Rick alzó las oscuras cejas.

—Eso es ridículo. ¿A quién se le ocurren esas cosas?

—A los terapeutas —Savannah se limpió un trozo de lechuga que se le había caído en la ropa—. La idea es sentir y reaccionar desde el punto de vista de tu pareja.

—Entrenamiento de sensibilidad —las comisuras de su sensual boca se curvaron, indicando lo que pensaba sobre la idea—. Casi haces que resulte interesante.

—Gracias. Para mí lo es —aseguró ella desafiante, aunque lo cierto era que su comentario le había complacido. Le gustaba la idea de suscitar su interés. Pero tal vez estuviera de acuerdo con el obvio desdén que sentía Rick hacia el tema. De hecho, su imaginación estaba trabajando en unir los conceptos «cama, desnudo y hombre» juntos. Y no cualquier hombre, sino Rick.

Las mejillas se le sonrojaron y bebió agua para refrescarse.

Rick entornó los ojos y su mirada se volvió intensa.

—¿Por qué seminarios sobre relaciones? No has mencionado que hubiera ningún hombre en tu vida.

Savannah deseó tener un nombre que poder darle, que hubiera de verdad un hombre en su vida. Si tuviera una relación, le resultaría más sencillo resistirse a Rick. Pero no había ningún hombre desde hacía casi siete meses. Y lo que hubo antes era más amistad que otra cosa.

Ella pedía mucho en el amor. Quería lo que su hermano pequeño había encontrado con Kathy, su mujer, lo que sus padres tenían antes de que su madre muriera y su padre se refugiara en el trabajo. Un compañero cariñoso con el que compartir la vida.

—Estoy lista para una nueva relación —admitió lentamente.

—¿Con un hombre que finge ser una mujer?

—No —divertida, Savannah agitó el dedo hacia él—. Estás intentando liarme, pero no va a funcionar. El entrenamiento sensible fue un curso, pero admito que aprendí más del seminario sobre control mental —giró el vaso en la mesa—. ¿Has intentado arreglar las cosas con Diana?

Había roto con ella justo después de que Savannah hubiera empezado a trabajar en Joyas Sullivan. Diana había llamado varias veces durante las dos últimas semanas. Rick tomó las llamadas, pero fueron muy breves.

El camarero apareció con dos platos humeantes de fragante comida. Rick se echó a un lado para que pudiera llevarse los platos de la ensalada.

—Cuidado, los platos queman —dijo el camarero antes de dejarlos y marcharse discretamente.

Rick frunció el ceño mientras agarraba el tenedor y el cuchillo.

—Eso ha terminado. Lo pasamos bien mientras duró, pero ella quería cambiar las reglas, así que llegó el momento de ponerle fin.

—Por supuesto, tienes normas para las relaciones —Savannah sacudió la cabeza mientras comía un poco de pescado—. Tengo curiosidad por saber qué tienes en contra del matrimonio. La mayoría de tus hermanos están felizmente casados. Por lo que he oído, tus padres y tus abuelos estaban felizmente casados, y sin embargo tú pareces reacio a casarte. ¿Por qué?

—No estoy en contra del matrimonio —negó—. Les deseo a mis hermanos y a sus hermosas mujeres lo mejor. Pero no es para mí.

—¿Por qué no? —insistió ella tratando de entender su posición —. Yo estoy centrada en mi trabajo ahora mismo, pero en el futuro quiero tener una familia, una pareja y un par de niños. ¿No te ves tú así algún día?

—Tengo una familia muy grande con muchos sobrinos. No necesito tener hijos propios. Mi trabajo me da más satisfacciones que cualquier relación que haya tenido.

Aunque Rick no era un hombre por el que hubiera que sentir lástima, Savannah le compadecía por el futuro tan solitario que había dibujado.

—A mí me encanta mi trabajo, a pesar de que trabajo trece horas al día —le dirigió una mirada a través de sus largas pestañas y luego sonrió—. Pero para mí no sería suficiente. Necesito una familia en mi vida.

Él asintió con expresión indiferente mientras se centraba en cortar su carne.

—Entonces, ¿antepondrías la familia al trabajo?

—Probablemente —había llegado el momento de girar las tornas —. ¿Y tú?

—A mí también me encanta mi trabajo —los ojos azules de Rick brillaron bromistas—. A pesar de que trabajo trece horas al día.

Savannah apreció su respuesta, alzó el vaso y brindó con él. Sin embargo, sus evasivas suponían un reto para ella. Rick no solía abrirse así, y agradecía la oportunidad de llegar a conocerle un poco mejor.

—¿No quieres tener amor en tu vida? —le preguntó curiosa.

—No —ni siquiera vaciló al responder—. No voy a casarme —le

recordó—. No vale la pena sufrir por amor.

Le habían hecho daño. Lo afilado de su tono revelaba un sentimiento profundo que había mantenido cuidadosamente enterrado. Había perdido a sus padres cuando era muy pequeño. Ella sabía lo duro que era eso, sabía cómo cada pérdida importante horadaba el corazón y te hacía sentir desnudo y expuesto. Aquellas emociones no casaban con Rick.

Le entristecía ver a un hombre tan fuerte rendirse.

—Siento tu dolor, pero el amor duele porque es importante —le cubrió la mano con la suya con cariño—. Eso no significa que tengas que renunciar a tener tu propia familia.

Su apertura se cerró en un instante cuando le soltó la mano y Rick desapareció tras una fachada de indiferencia.

—No es una pérdida si no es lo que uno quiere.

O si te dices a ti mismo que no es lo que quieres para no sufrir. Algo parecido a lo que había hecho ella con su sueño de ir a la universidad.

—Tienes razón —el sentido común regresó en forma de cautela.

¿Por qué permitir que su actitud le importara si ella tenía sus propias desilusiones? Sintiéndose de pronto incómoda, cambió de tema.

—En cualquier caso, ¿quién ha empezado esta conversación?

—Tú —le recordó Rick apartando su plato—. Dijiste que querías formar una familia algún día.

—Sí. Pero para eso falta mucho —asintió al ofrecimiento de café que hizo el camarero—. Ahora mismo no busco nada permanente —le miró a los ojos por encima de la taza—. Así que tal vez necesite saber algo más sobre esas normas de las que hablabas.

Capítulo 4

—Estoy pensando en volver a la universidad para sacarme el título de profesora —le anunció Savannah a la tarde siguiente a su hermana.

Cuando Claudia supo que Savannah iba a viajar a Londres, insistió en que fueran de compras para renovar el vestuario de Savannah.

Claudia rodeó el perchero de vestidos de la estilosa tienda del centro comercial, miró a su hermana y asintió con seriedad.

—Creo que serías una gran profesora.

—¿De verdad? —Savannah no podía disimular su entusiasmo—. ¿No lo estás diciendo únicamente porque es lo que quiero oír?

—Vamos, ya sabes que yo no soy así. Yo no miento. Y en este caso no tendría por qué hacerlo. Eres inteligente, paciente y creativa, grandes cualidades para una profesora. Creo que deberías ir a por ello.

—¿No crees que soy demasiado mayor? —preguntó Savannah.

—Hay gente de todas las edades en la universidad, pero puedes dar clases por Internet. Hoy en día se puede conseguir prácticamente un título sin tener que ir a clase —Claudia miró distraídamente varias prendas que había en el perchero—. Pero ¿no es demasiado repentino? ¿De dónde ha salido esta idea?

—Siempre he querido ir a la universidad, pero no sabía qué quería estudiar. Rick dijo algo anoche que me hizo pensar.

—¿Qué dijo? —quiso saber Claudia.

—Anoche durante la cena le conté algo sobre los seminarios a los que había asistido y él me dijo que había hecho que algo ridículo sonara interesante.

—¿Durante la cena, dices? —Claudia alzó sus oscuras cejas.

—Oh, déjalo. Fue un premio por un largo día de trabajo.

—Parece que lo pasaste bien.

—Sí. Quiero decir, no. No fue así. Y créeme, me mordí la lengua a tiempo —le contó a su hermana cómo había tratado de cambiar de tema cuando se puso demasiado incómodo.

—¿Le preguntaste sobre sus normas para las citas? —Claudia compuso una mueca por encima de un vestido de cóctel—. Qué

valiente.

—La conversación se estaba poniendo intensa —Savannah sacudió la cabeza ante el minivestido rojo que Claudia le estaba mostrando. El color chocaría con el rojo de su cabello—. Estaba tratando de aligerar las cosas.

—Ya —Claudia miró el vestido rojo, se encogió de hombros y se lo puso al hombro. A ella le quedaría perfecto con su cabello castaño, ojos verdes y piel pálida—. Oh, mira esto —le mostró un vestido negro y Savannah se quedó sin aliento.

Era ajustado de cadera para arriba, con anchas bandas de tela que envolvían el vestido, superponiéndose sobre los senos. La falda vaporosa se elevaba unos centímetros por encima de la rodilla.

—Es precioso, pero no puedo. Éste es un viaje de trabajo. No tendré ocasión de llevar un vestido de cóctel.

—Nunca se sabe. Siempre es bueno llevar un vestido negro en un viaje por si acaso. Vamos, al menos pruébatelo.

Dejándose llevar por la tentación, Savannah desapareció en el probador. Por supuesto le encantaba el vestido. Le quedaba de ensueño y le hacía sentirse guapa y especial. Salió para mostrárselo a Claudia.

—Oh, Dios mío —su hermana rodeó a Savannah—. Tienes que comprártelo. Si tú no lo haces, te lo compraré yo, y no puedo permitírmelo.

—No tiene mangas. Y en Inglaterra hará demasiado frío.

—Mi compañera de piso es de Nueva York. Tiene un abrigo precioso de lana negra que puedes tomar prestado.

—No puedo tomar prestado el abrigo de tu compañera de piso.

—Claro que puedes. Ella no lo utiliza a menos que viaje a su casa. Vamos, Savannah, reconoce que lo quieres.

Savannah sonrió.

—Sí, lo quiero. Pero probablemente no para llevar a Inglaterra.

—Por favor. Póntelo para cenar y Rick olvidará todas sus normas.

—Oh, no —Savannah blandió un dedo hacia su hermana—. Puede quedarse con sus reglas. Lo que no quería era que pensara que estaba pensando en casarme y dejar la empresa, o que estoy desesperada por encontrar un hombre.

Claudia se rio mientras volvía a centrarse en las compras.

—Seguramente lo que pensó fue que le estabas tirando los tejos.

—Oh, Dios mío —abatida, Savannah rodeó el perchero y agarró el brazo de Claudia—. ¿Es eso lo que te ha parecido?

—Cálmate —Claudia se soltó los dedos de Savannah—. Solo estaba bromeando.

—No, tienes razón —debilitada al recordar los acontecimientos de la noche anterior, Savannah se dejó caer en la silla que había fuera del probador—. Estaba intentando ser frívola y sofisticada, pero sonó como una proposición —fingió que se clavaba un cuchillo en el corazón—. Por favor, mátame.

—Cuánto drama. Eso es más propio de mí que de ti —Claudia apretó el hombro de Savannah—. Hermana mía, te quiero, pero ambas sabemos que careces del gen del coqueteo.

Trágico pero cierto. Aun así, Savannah sacudió la cabeza.

—Pero eso él no lo sabe.

—De acuerdo, entonces, ¿qué fue lo que dijo? ¿Cuáles son esas famosas reglas?

—No me contestó. Llegó el camarero con la cuenta y el momento se perdió. Y ahí terminó la cena.

—¿Se marchó sin más? —estaba claro que la idea ofendía a su hermana pequeña, que tenía a los hombres comiendo de su mano desde que era niña.

—No, Rick es demasiado educado para hacer algo así. Me acompañó a mi coche. Oh, Dios, y entonces me dijo que podía tomarme el día libre y que me vería en el aeropuerto. Oh, qué mal. Primero le beso y luego me declaro. Seguramente cuando llegue a casa tendré un mensaje diciendo que he sido sustituida por Tammy la de contabilidad.

—Eh, eh, eh, espera un momento —Claudia se sentó en el suelo con las piernas cruzadas delante de Savannah—. No habías mencionado ningún beso. ¡Suéltalo! Quiero detalles.

Savannah sintió una oleada de calor desde el pecho hasta el nacimiento del pelo.

—Es culpa tuya. Tú me dijiste que le diera las gracias por la beca extra.

—¿Le besaste de verdad? —inquirió Claudia—. ¿En la boca?

Savannah parpadeó.

—Por supuesto que no, fue en la mejilla. Pero te estás desviando

del punto importante.

—Sí, ya entiendo el problema. En los dos últimos días le has besado y le has tirado los tejos.

Savannah gimió.

—Eso es. Y me ha costado el trabajo perfecto. Y un viaje a Europa.

—Te tiene realmente loquita. Nunca te había visto tan ofuscada por ningún hombre.

—No es un hombre. Es mi jefe.

—Oh, cariño —la reprendió Claudia—. Es todo un hombre, y si estás tratando de ignorar ese hecho, no me extraña que tengas problemas.

—No me estás ayudando —aseguró Savannah.

—¿Ayudarte? Vale, quieres saber si se ha dado cuenta de que le estabas tirando los tejos.

Savannah apretó los dientes.

—Mm —Claudia se dio un golpecito en los labios mientras pensaba—. ¿Volvió al tema del trabajo?

—No —Savannah se puso tensa al ver hacia dónde iba su hermana. El trabajo era una barrera instintiva que Rick levantaba entre ellos cuando sentía que ella se acercaba demasiado—. Preguntó cómo iban los preparativos para el cumpleaños de su abuela. Eso está bien, ¿verdad?

—Sí, creo que estás a salvo. Si hubiera querido que te callaras, habría utilizado la carta del trabajo. Seguramente lo que no deseaba era hablar de su vida amorosa.

—No hay amor en sus relaciones —Savannah suspiró aliviada, se levantó y ayudó a Claudia a incorporarse—. De eso van las reglas.

—Otra razón para que no te contestara. Nadie que te conozca podría imaginarte en una relación sin amor.

El plan de Savannah cuando se puso el cinturón en la primera clase del avión era actuar con la profesionalidad de siempre cuando Rick llegara. Nada de hablar de normas ni de relaciones. Ni de nada más. Se mordería la lengua si fuera necesario.

Pero ¿dónde estaba él? Savannah se inclinó en su asiento de pasillo para ver al resto de los pasajeros, pero no había ni rastro de

su jefe. Le sorprendió que no estuviera en la sala de embarque, pero cuando el pasaje empezó a disminuir, ella comenzó a preocuparse.

No debería haber tráfico a aquellas horas de la noche. Iban a viajar hasta Nueva York, y desde allí tomarían un vuelo internacional por la mañana.

Savannah frunció el ceño y consultó su reloj. Oh, Dios, ¿y si no aparecía? ¿Debía volar o bajarse del avión? Cuando iba a llamar al auxiliar de vuelo para preguntarle si Rick había facturado, Rick cruzó por la puerta.

Y… oh, Dios mío.

Rick vestido de traje tenía una elegancia controlada, era un hombre que sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Y Rick con pantalones vaqueros y camiseta era grande y un poco salvaje, un hombre que tomaba lo que quería y disfrutaba con el reto.

Savannah no pudo apartar los ojos de él mientras guardaba sus cosas y ocupaba su sitio.

Cuando Rick la miró con aquellos increíbles ojos azules, le espetó:

—Estaba a punto de lanzar una moneda al aire para ver si debería volar sin ti o bajarme del avión.

Rick no se disculpó, se limitó a decir:

—Rett me ha llevado al aeropuerto.

—Oh. ¿Y ha llegado tarde?

—A su modo de ver, no —afirmó Rick con gravedad agarrando un periódico del respaldo del asiento que tenía delante—. Rett y yo tenemos una opinión diferente respecto a la antelación con la que hay que estar en el aeropuerto cuando se va a volar.

—Entonces, ¿por qué le dejas que te lleve?

—Como él señala, todavía no me ha hecho perder ningún vuelo.

—Bueno, pues éste no era el más adecuado para abrir camino —le informó ella todavía un poco molesta, y más al ver que se cerraba en aquel instante la puerta del avión.

—Tranquila, ya estoy aquí, sano y salvo.

—Esperemos que sigas así —murmuró Savannah entre dientes.

—¿Qué quiere decir eso? —por supuesto, la había oído.

—Nada —ella evitó la confrontación mirando por la ventanilla hacia las luces de la ciudad cuando el avión empezó a rodar.

Ahora que Rick había llegado, no había nada que pudiera

distraerla del hecho de que pronto estaría en el aire a bordo de un objeto muy pesado. Mordiéndose el labio inferior, se recordó que miles de personas cruzaban el país cada día.

De pronto, una mano fuerte y cálida se cerró sobre la suya sobre el reposabrazos, deteniendo sus repiqueteantes dedos.

—No me digas que tienes miedo a volar —la acusó Rick.

—No lo sé —Savannah retiró la mano—. Ésta es la primera vez que vuelo. Estoy segura de que no pasa nada, pero en este momento estoy un poco nerviosa.

—Ya —el tono de Rick sonaba irritado—. ¿Y no tienes un tranquilizante o algo así que puedas tomar?

Aquél era un comentario de mala educación.

—No necesito medicarme. Necesito distraerme.

Estuvo a punto de cambiar de opinión respecto a eso cuando el avión adquirió velocidad por la pista de despegue y sintió cómo se elevaban las ruedas.

Tal vez la inconsciencia no fuera tan mala idea.

Se aclaró la garganta y se concentró en la conversación.

—No te preocupes. No voy a saltar sobre tu regazo ni nada parecido.

—Me alegra saberlo —dijo mientras ella le quitaba las uñas que tenía clavadas en su brazo.

—Lo siento —sonrió Savannah con timidez apartando el brazo y centrándose en su neceser de viaje para distraerse.

Lo primero que sacó fue una bolsa de plástico con galletas de chocolate caseras, y lo segundo, la última novela de uno de sus autores favoritos.

Rick tenía el periódico, así que no tenía que sentirse mal por ponerse a leer. Cuando empezara, se vería atrapada por los personajes, el misterio y el romance.

Tras guardar el bolso en el respaldo del asiento delantero, sacó una galleta de chocolate. Dándole un gran mordisco, se reclinó en el asiento y suspiró, sintiendo cómo la tensión salía de su cuerpo mientras masticaba.

A su lado escuchó cómo Rick aspiraba el aire. Vio por el rabillo del ojo cómo se giraba lentamente en su dirección.

—¿Eso son galletas de chocolate?

—Sí. Pero no has querido tomarme la mano, así que no te doy.

—Estás un poco rara esta noche, ¿no?

—Son los nervios —como no era rencorosa, giró la bolsa de galletas abierta hacia él—. ¿Hacemos las paces?

Rick tomó una galleta.

—Sigues sin poder saltar a mi regazo.

Ella sonrió.

—Aguafiestas.

—Pero supongo que puedo sacrificar una mano si lo necesitas.

El interior de Savannah se derritió ante la proposición, porque era la prueba de que aquel hombre tenía corazón. Pero no, tener sentimientos cálidos hacia Rick era una distracción demasiado fuerte. Más le valía limitarse al chocolate.

—Gracias —Savannah se hizo con una segunda galleta—. Pero ya me siento mejor.

—Bien, porque es un vuelo largo. ¿Crees que podrás dormir? —Rick se lamió una manchita de chocolate del dedo, un movimiento sensual que ella siguió con la mirada.

Aquel Rick tan relajado la fascinaba, lo que le convertía en alguien muy peligroso.

—¿Savannah?

—¿Eh?

—¿Crees que podrás dormir? —repitió él.

—Oh, sí. Puedo dormirme en cualquier lado —cerró la bolsa de galletas y la colocó en el respaldo del asiento delantero—. ¿Y tú?

—Yo me adormezco.

—Tal vez seas tú quien necesites el Valium.

Rick se rio. Un sonido alegre que Savannah no le había escuchado nunca.

Qué triste, había trabajado codo a codo con aquel hombre durante casi dos meses y nunca le había oído reírse. Al instante quiso hacerle reír otra vez. Rick necesitaba alegría en su vida, pero aquélla era otra cosa que no podía arreglar sin arriesgarse a colocarse en la línea de fuego.

No podía arriesgarse a abrirle su corazón a un hombre obsesionado con el trabajo.

La soledad, la falta de apoyo, las desilusiones… no volvería a pasar por eso otra vez.

Así que, en vez de continuar con la conversación y conseguir

hacerle reír otra vez, dijo:

—¿Te importa si leo un rato? Creo que eso me relajaría.

La risa desapareció de sus ojos y sacudió la cabeza.

—Adelante. ¿Te importa a ti si yo trabajo?

—En absoluto.

Con una extraña sensación de decepción, Savannah bajó la bandeja y abrió el libro por la página uno. Afortunadamente, los personajes enseguida atrajeron su atracción y pronto estuvo atrapada. El vuelo, Rick, el sonido de sus dedos tecleando, todo aquello quedó en segundo plano mientras ella se reía con lo que estaba leyendo.

Rick no podía dormir. No con el suave aroma a madreselva jugando con sus sentidos, un recordatorio constante de la mujer que ocupaba el asiento de al lado.

Finalmente se había dormido. Había leído durante un rato, y al parecer se había divertido mucho a juzgar por sus risas.

Miró hacia el libro, preguntándose una vez más qué le parecía tan divertido. Como parecía estar profundamente dormida, agarró el libro y leyó la solapa… y luego la primera página.

Había transcurrido una hora muy agradable cuando volvió a consultar su reloj. Reprimiendo un bostezo, volvió a dejar el libro donde ella lo había colocado.

Para estirar las piernas, se dirigió al cuarto de baño situado al final del avión. Cuando volvió, se quedó mirando a Savannah.

Estaba medio girada hacia él con una mano apoyada bajo la mejilla, tan dulce, tan joven y tan bonita. Los rizos canela le acariciaban la piel de marfil y las oscuras pestañas le acariciaban las mejillas. Se revolvió en su sueño y una lengua rosada salió de entre sus labios para humedecerlos, dejándoles tan invitadores como la mancha de chocolate que tenía en una de las comisuras de la boca.

La fatiga debía de estar apoderándose de él, porque deseaba lamerla, primero para probar el chocolate y luego para saborear la gruesa línea de sus labios, para hundirse y compartir el sabor con ella.

¿Qué diablos le estaba pasando? Rick se frotó los ojos. Tenía que recuperar la compostura.

Para escapar de mayores tentaciones, volvió a tomar asiento y se quedó mirando la aburrida tela gris y azul del asiento delantero.

¿En qué estaba pensando para habérsela llevado a aquel viaje? Habría estado mucho mejor con alguien del departamento legal, alguien cincuentón y grueso.

De acuerdo, había sido de gran ayuda para preparar la reunión, pero seguía siendo más optimista que organizada, totalmente impredecible y sin temor a nada. Un poco de sana ansiedad haría que fuera más fácil de controlar.

Además, hacía amigos allí por donde iba. ¿Cuándo fue la última vez que una mujer le hizo reír? No podía recordarlo. Y lo que era más importante, ¿cuándo se había convertido en un viejo aburrido? Sí, le importaba el negocio y quería cuidar de su familia. ¿Significaba eso que tenía que renunciar a la diversión, a todo lo bueno que tenía que ofrecer la vida?

Por supuesto que no. Decidió ampliar sus horizontes cuando regresara. Pasar más tiempo con sus hermanos, leer por placer y buscar una nueva amiga.

Rick cerró los ojos y confió en que para cuando volviera a casa con el acuerdo internacional firmado, la idea le pareciera más atractiva.

El avión de pronto dio una sacudida y descendió, sobresaltando a Rick, que estaba adormilado. Se agarró instintivamente al reposabrazos antes de abrir siquiera los ojos. Sus dedos se cerraron sobre carne en lugar de sobre plástico duro.

Savannah. Preocupado, miró hacia ella. Estaba dormida, pero un ligero ceño cruzaba la fina porcelana de su frente. Rick retiró la mano para dejarle a ella el uso del reposabrazos. Savannah se revolvió inquieta al instante y frunció todavía más el ceño.

Él volvió a cubrirle la mano, entrelazando los dedos con los suyos, y Savannah se quedó quieta y volvió a dormirse.

Era tan suave como imaginaba. Otra sacudida, una subida y luego una fuerte caída. Alguien gritó y Savannah se despertó sobresaltada. Parpadeó mirándole.

—¿Qué ha pasado? —su voz ronca provocó un escalofrío en el vello de su nuca.

—Solo unas pequeñas turbulencias.

—Entonces, ¿no he soñado que había gritos o que el avión se

movía?

—Damas y caballeros —dijo una voz tranquila por megafonía—. Estamos atravesando una zona de turbulencias y el piloto ha puesto la luz de cinturones. Por favor, permanezcan sentados con los cinturones de seguridad abrochados hasta que se apague la señal. Gracias.

Los dedos temblorosos de Savannah se aferraron a los suyos.

—¿Vamos a estar bien?

—No he oído nunca que ningún avión haya caído por culpa de una turbulencia.

—¿De verdad?

—Eso me han dicho —aseguró para tranquilizarla.

—De acuerdo. Oh, Dios mío —el avión descendió y se agitó.

—No debería durar mucho —dijo Rick—. El piloto tratará de subir o bajar por encima de la zona de turbulencias.

—Eso estaría bien —su agitación quedaba patente en el rápido subir y bajar de su pecho—. Eso estaría muy bien.

Savannah guardó silencio mientras el avión continuaba moviéndose de un lado a otro. Rick la observó para asegurarse de que no hiperventilaba. Los dos tenían los nudillos blancos de tanto apretar, pero ninguno soltó presión.

Rick no esperaba que el avión se fuera a estrellar, pero no podía negar que se sentía cómodo con el contacto.

El aparato se mantuvo estable durante unos diez minutos, el tiempo suficiente para que todo el mundo empezara a relajarse, y luego volvió a sacudirse.

El drástico descenso de altitud le afectó, pero el angustiado grito del asiento de al lado fue para él como un puñetazo en el estómago. Siguiendo un impulso, levantó el reposabrazos que había entre ellos y la estrechó entre sus brazos.

Savannah se agarró a él y le miró con ojos implorantes llenos de lágrimas.

—¿Puedes hacer que se pare?

En aquel momento hubiera dado cualquier cosa para arreglarlo, por devolver la risa a sus ojos. No podía detener las turbulencias, pero tal vez pudiera distraerla de ellas.

—Tienes un poco de chocolate en la cara.

Ella parpadeó.

—¿Cómo?

—Aquí —Rick inclinó la cabeza y le lamió la comisura de los labios, retirándole el chocolate con la punta de la lengua.

Capítulo 5

Savannah sintió como si el avión se hubiera puesto panza arriba, volviendo todo su mundo del revés. Se quedó quieta mientras la boca de Rick la seducía deslizando la lengua por su piel.

Acurrucada en el cálido cobijo de sus brazos, la vida se redujo a ellos dos. Rick la hacía sentirse a salvo y protegida. Y quería más de él; quería aquella boca sobre la suya.

Con un gemido de deseo, giró la cabeza para conseguirlo. Como si hubiera estado esperando, él abrió la boca sobre la suya y se hizo con el control del beso, robándole a Savannah la capacidad de pensar con claridad.

La sensación se apoderó de ella. El chocolate caliente y dulce hizo explosión en sus papilas gustativas. Gimió de placer y recibió su lengua en un apasionado tanto de embate y retirada. Rick la alzó, colocándola prácticamente sobre su regazo. El cinturón de seguridad era lo único que impedía que completara la acción.

Oh, mejor. Echándole los brazos al cuello, Savannah hundió los dedos en suave cabello corto atrayéndole hacia sí.

—Señoras y caballeros, el piloto ha quitado la señal de cinturones. Ya pueden levantarse de sus asientos si lo desean.

El anuncio cayó sobre ellos como un jarro de agua fría. Se separaron, y Savannah hundió el rostro en el pecho de Rick.

El mundo regresó a toda velocidad: el avión, los demás pasajeros, la experiencia cercana de la muerte. Durante un instante nada de aquello había importado, ahora importaba todo.

Savannah contuvo un gemido mientras su cerebro volvía a recomponerse y caía en la cuenta de dónde estaba. En brazos de su jefe. Aquello no estaba bien, no estaba bien en absoluto. Lo único que la consolaba un poco era que el ritmo cardíaco de Rick casaba con el suyo.

¿Cómo podría zafarse de allí?

—Cuarto de baño —trató de desabrocharse el cinturón de seguridad—. Tengo que ir.

Cuando encontró el cierre y lo abrió, se puso de pie de un salto y se escapó por el pasillo. Con un poco de suerte habría una cola de gente esperando. Tal vez durara hasta que llegaran a Nueva York.

¿Cinco personas y dos horas que matar? Ni siquiera ella podía ser tan optimista. Lo que significaba que tendría que sentarse a su lado con la sangre todavía hirviéndole. Menos mal que la chaqueta ocultaba el estado erecto de sus pezones, porque si hacía frío allí, ella no lo sentía.

Enseguida volvió a tomar asiento con la chaqueta bien cerrada y la mirada clavada en el cabello gris del hombre que estaba sentado frente a ella mientras Rick centraba su atención en el techo.

Incómoda, Savannah dijo:

—Gracias. Estaba asustada y tú… me ayudaste. Ha sido muy amable por tu parte.

Rick emitió un sonido estrangulado.

—No lo menciones. Por favor.

—No me estaba declarando.

Rick giró lentamente la cabeza y le dirigió una mirada penetrante.

—¿De qué estás hablando ahora?

—La otra noche durante la cena, cuando te pregunté por tus normas para las citas, no me estaba declarando —Savannah se aclaró la garganta y bajó la vista—. Lo digo por si pensaste que me estaba lanzando a tus brazos.

—No lo pensé —volvió a mirar al techo—. Y no lo pienso ahora.

En lugar de tranquilizarla, su sencilla negativa provocó el efecto contrario en Savannah. Era como si no hubiera química entre ellos. Los últimos minutos habían demostrado lo contrario.

—Bien, mejor entonces —dejó que el silencio cayera entre ellos, diciéndose que debería alegrarse de haberse librado de aquella preocupación. Pero no pudo evitar preguntar—: ¿Por qué no?

Debió de notarse la molestia en su tono de voz, porque Rick suspiró.

—Sé cuándo se me están insinuando. Y coquetear no es tu estilo. Eres demasiado directa.

—Entonces, ¿por qué no me dijiste las reglas?

—Porque no te atendrías jamás a ellas.

—No sé cómo puedes estar tan seguro —contestó Savannah molesta.

—Las reglas consisten en establecer límites personales para evitar expectativas o una relación más profunda. Tú tienes relación

personal con todo el mundo.

—No con todo el mundo.

—Con todo el mundo —insistió él—. Incluido el chico del correo.

—Va a la misma universidad que mi hermana. Por eso hemos hablado unas cuantas veces.

—¿Cómo se llama su novia?

—Amber.

—Mantengo lo dicho.

—Eso solo demuestra que soy buena escuchando.

—He trabajado doce años con Molly y ni siquiera sé cómo se llama su hija.

—Oh. Bueno —su confesión la impactó tanto que se quedó sin argumentos—. ¿Adónde quieres llegar?

—A que mis normas no están hechas para ti.

Durante un instante pareció que quería decir que sus normas no servían para ella, y una salvaje oleada de placer la recorrió. Pero al instante la rechazó porque sabía que Rick no era para ella.

Alguien que trabajaba doce años con alguien y no sabía algo tan personal como el nombre de su hija resultaba demasiado impersonal para Savannah.

Nunca podría estar con alguien que consideraba el trabajo más importante que a las personas. Y así era Rick.

—Tienes razón —reconoció—. Tus normas no son para mí.

Para alivio de Savannah, el viaje concluyó sin mayores incidentes y llegaron a Londres exhaustos pero preparados para la reunión. Tras pasar quince horas prácticamente pegada a Rick, estaba lista para retirarse a su propia habitación.

—Qué hotel tan bonito —comentó camino al ascensor mientras admiraba los muebles de cuero y las maderas oscuras entre el mármol y el cristal—. Ahora entiendo por qué has optado por Crosse International.

—¿Qué quieres decir? —preguntó cuando subieron al ascensor.

—El ambiente. Una toque moderno en un ambiente tradicional. Ya sabes, una especie de chic confortable.

Rick simplemente asintió y ella se preguntó si estaría siquiera

escuchándole. Excepto para hablar de trabajo, había mantenido la conversación entre ellos al mínimo desde el beso del avión a Nueva York.

Savannah cerró los ojos y suspiró ante la idea de estirarse en una cama. Estaba más que dispuesta a pasar un tiempo a solas.

—Me recuerda a la joyería —murmuró.

—¿El qué? —Rick mantuvo sujeta la puerta del ascensor para que ella saliera.

—El hotel. Oh, ya hemos llegado —Savannah nunca había estado tan contenta de alcanzar su destino. Deslizó la llave de tarjeta en la ranura de su habitación—. Te veré por la mañana.

Cuando cerró la puerta, casi se había convencido de que le complacía su actitud impersonal.

Casi.

Tal vez estuviera loca, pero quería probar su trozo del pastel. Trabajar tan cerca de Rick aquellos últimos días había provocado un nudo en sus emociones. Su dedicación y su profesionalidad suponían un reto para ella, mientras que su inteligencia y su agudo sentido del humor hacían que las largas horas se pasaran muy deprisa.

Por no hablar de que cada pequeño contacto ponía a prueba su habilidad para permanecer impasible.

Por encima de todo, sus sentimientos hacia él no le resultaban tan fáciles de ignorar como ella había esperado.

Pero si Rick podía fingir indiferencia por el apasionado beso que habían compartido, entonces ella también podía.

Savannah durmió como un tronco y no se despertó hasta que sonó la alarma. Se duchó y se vistió con su traje azul marino y con una blusa dorada de cuello redondo. Quería tener buen aspecto y aquel conjunto la hacía sentirse segura de sí misma y profesional.

Cuando entró en la salita de la suite que conectaba su habitación con la de Rick, se lo encontró ya sentado en la mesa leyendo el periódico. Había pedido café y una bandeja de bollos, yogur y fruta.

—Buenos días —la saludó levantando la vista del periódico con cierta cautela, como si temiera lo que Savannah pudiera decir, o tal vez que empezara a parlotear sin parar.

No tenía de qué preocuparse. A ella le gustaba empezar el día con tranquilidad. Tras servirse un poco de café y fruta, agarró una parte del periódico que él había descartado y disfrutó del silencio y de la vista.

Celebrar la reunión con Crosse en el hotel resultaba conveniente, porque les permitía a ambos salir de su habitación a las diez menos diez y sencillamente bajar en ascensor. Pero ése fue el fin de su pacífica mañana.

La reunión era la caída en picado que habían estado a punto de sufrir el día anterior, o lo sería si Savannah no actuaba con rapidez.

Fiel a la formas, Rick presentó con habilidad los números y los planes, pero su confianza en sí mismo y su punto de vista estrictamente profesional parecía algo arrogante. Albert Crosse, un hombre bien conservado de sesenta y pocos años que estaba flanqueado por sus dos hijos, escuchaba pero parecía incómodo. Y cuanto más presionaba Rick, más parecían distanciarse los dos.

Savannah trató de cruzar la mirada con la de Rick en varias ocasiones, pero él la ignoró, así que Savannah tomó el toro por los cuernos.

—Señor Crosse —habló en medio de un tenso silencio—. Me preguntaba qué propiedad sugeriría usted para esta aventura en común.

Rick le dirigió una mirada represiva.

—Señorita Jones, éste no es el momento de…

—Por favor —Crosse interrumpió a Rick—. No me importa, pero por favor, llámame Albert.

—De acuerdo, Albert.

Crosse era bajito y compacto, pero exudaba un carisma que excedía a su estatura. Su presencia exigía atención, y aunque sus hijos estuvieran presentes, estaba claro que Crosse estaba al mando.

Se inclinó hacia delante y entrelazó las manos por encima de la mesa.

—Lo cierto es que creo que esta propiedad sería el lugar perfecto para vuestros propósitos. Este hotel está al setenta y cinco por ciento de su capacidad durante la mayor parte del año. Ya hemos transformado los despachos de la primera planta en un espacio de venta al público y hemos alquilado locales a un *spa* y a una cafetería. Todavía quedan dos espacios más disponibles.

Perfecto. Aquello era mejor de lo que había esperado cuando sacó el tema. Una visita de campo cambiaría la dinámica actual, y confiaba en que haría fluir una vez más las negociaciones.

—Vaya, ¿aquí mismo, en el hotel? ¿Podemos ir a ver el espacio? Tras el largo viaje de ayer y haber pasado la mayor parte de la mañana sentada estoy un poco agarrotada y me encantaría tener la oportunidad de estirar las piernas.

—Señorita Jones…

Savannah se giró hacia Rick y le dijo, moviendo la boca sin emitir ningún sonido:

—Le estamos perdiendo.

Pero en voz alta aseguró:

—Sé que tenemos más tarde una reunión con el gerente del hotel, pero estoy segura de que Albert será un guía excelente.

—Una idea excelente. Será un placer —Crosse acabó con las objeciones de Rick—. Haré que avisen al gerente para que se reúna con nosotros.

—¿Tendremos oportunidad de terminar nuestra reunión? —preguntó Rick mientras todo el mundo se ponía de pie.

—Tengo cosas en las que pensar esta noche —le advirtió Crosse tenso—. Le diré a mi asistente que le llame mañana para concertar una cita.

Cuando llegaron al vestíbulo, Crosse se adelantó para hablar un instante con sus hijos, que aprovechaban la oportunidad para marcharse.

—¿Qué crees que estás haciendo? —inquirió Rick apartando a Savannah a un lado.

—Le estábamos perdiendo —ella se giró hacia los Crosse de modo que Albert no les sorprendiera cuando se uniera a ellos—. Necesitábamos una distracción.

—Eso es ridículo —aseguró Rick—. Ésta es una proposición sólida.

—Sí, pero ya le habías expuesto los números. Y luego decidiste irte con otra empresa. Ahora se pregunta qué te impediría volver a dejarle en la estacada si te surge una oportunidad mejor.

—Joyas Sullivan tiene una reputación sólida. Y hemos hecho concesiones.

—Sobre el papel —¿cómo podía ser tan denso un hombre tan

brillante?—. Eres un estratega excepcional, pero en esta ocasión tienes que ver más allá. Para él es una cuestión de lealtad, de orgullo. Piensa en cómo te sentirías si la situación fuera al revés.

Rick frunció el ceño, pero había captado su atención. Al ver que Crosse estaba terminando su conversación, se acercó más a Rick y bajó la voz.

—Dijiste que yo confío en todo el mundo. Bien, confía en mí en esto. Hazle saber que puede confiar en ti —enganchando el brazo con el suyo, se giró hacia Crosse—. Y cuando recorramos el espacio no saques a relucir el acuerdo. Contacta con él a otro nivel.

Savannah sintió cómo se ponía tenso antes de apartarse.

—Creo que sé cómo comportarme con un hombre de negocios como yo.

—Por supuesto —Savannah se apartó sintiéndose incómoda. ¿En qué estaba pensando para tomarle del brazo de aquel modo? Era su asistente, no su novia—. Lo siento. Haz tu magia.

Rick odiaba tener que admitirlo, pero Savannah tenía razón.

Mejor para ella, porque si hubiera echado a perder aquel acuerdo se habría quedado sin trabajo. Sabía que Crosse estaba inquieto, y sin embargo, en lugar de pararse a pensar en ello y adaptarse a la situación, dejó que la estoica respuesta del hombre le llevara a presionar más. A Rick no le gustaba estar en aquella posición. Estaba acostumbrado a ser el que tomaba las decisiones, no a ser el que esperaba.

Pero lo que era más importante, Savannah había dado en el blanco. Si la situación fuera al revés, él hubiera querido algo más que números y hechos. A pesar de las concesiones que pudieran hacerle, le hubiera gustado saber que Joyas Sullivan era algo más que una segunda opción. Después de todo, no estaban hablando solo de alquilar un espacio, sino de compartir marcas para crecer.

Aquella certeza le hizo detenerse y preguntarse a sí mismo, ¿se había vuelto la meta más importante que el proceso? ¿Estaba tomando decisiones precipitadas para cumplir el plazo que él mismo se había impuesto? Si ése era el caso, necesitaba parar ahora y reajustarse.

Mantuvo la mente abierta a las posibilidades mientras recorrían

el espacio con Crosse. Su primera impresión estuvo relacionada con el espacio. Era más reducido que el de las demás localizaciones, pero la ubicación, justo en el vestíbulo, y la accesibilidad al antiguo sótano situado un piso más abajo eran factores a su favor.

Como estaba de acuerdo con la estrategia, siguió el consejo de Savannah de evitar hablar del acuerdo excepto para referirse a reformas en general, y porque Crosse sacó el tema. Para cuando hubieron completado la visita, incluidos el *spa* y la cafetería, Rick había tomado una decisión. Tanto el proceso como la meta estaban ya en marcha.

—Albert, gracias por tu tiempo —estrechó la mano de Crosse—. Dicen que todo sucede por una razón y en este caso estoy de acuerdo. Emerson fue mi primera opción porque creí que su imagen tradicional casaba con Joyas Sullivan. Pero después de estar aquí y hablar contigo y con tus hijos, veo que estaba equivocado. Los dos somos dueños de empresas familiares y nuestros estilos son muy parecidos —como no tenía nada que perder, Rick habló desde el corazón—. Sé que no estás muy convencido de seguir adelante con el proyecto, pero espero que decidas a nuestro favor. Lo cierto es que congeniamos muy bien y me encanta la perspectiva de que trabajemos juntos. Creo que puedo aprender mucho de ti.

—Mm —Albert estaba de pie con los brazos cruzados y asentía.

Eran señales contradictorias: una decía que estaba cerrado, la otra que escuchaba. Se giró hacia Savannah, que se había quedado en un segundo plano durante la visita. Había hecho unas cuantas preguntas, pero en general se había limitado a seguirles en silencio mientras los hombres hablaban.

—Bella dama, ¿qué debo pensar de este hombre? Antes se mostró frío y calculador, muy serio con los números. Pero aquí abajo ha cobrado vida, mostrando pasión y corazón. ¿Cuál es el verdadero? —preguntó Albert.

Savannah sonrió.

—Los dos, por supuesto. Conoce el negocio y los números hablan de las posibilidades. Pero aquí abajo —extendió los brazos para señalar el espacio vacío al que habían regresado— se vuelve real. Puede ver la tienda, sentirla, respirarla, Y sí, es muy serio con su trabajo. Es el corazón de Joyas Sullivan.

Crosse giró la cabeza hacia Rick.

—Guapa y leal. Tienes suerte de contar con alguien que tiene tanta fe en ti, Rick.

—Sí —lo cierto era que la respuesta de Savannah había sorprendido a Rick. Sabía que había sido duro con ella desde el principio, y sin embargo le había apoyado con aquel comentario. Le resultaba muy desconcertante.

—Tengo muchas cosas en las que pensar —afirmó Albert—. Le diré a mi asistente que contacte contigo para concertar una reunión mañana.

—¿Te parece bien que veamos los demás locales de Londres mientras tanto? —preguntó Rick.

—No veo ningún mal en ello —respondió Crosse.

Rick inclinó la cabeza.

—Estaremos esperando tu llamada.

* * *

Encantada de estar al resguardo de la nieve y el frío, Savannah se subió a la parte de atrás del taxi, moviéndose para dejarle sitio a Rick. Cuando él se acomodó en el desgastado asiento de piel, su alivio al verse a salvo de las inclemencias del tiempo se vino abajo cuando apoyó la mano sobre el musculoso muslo de Rick.

El calor de su cuerpo calentó al instante sus dedos helados. Por enésima vez aquel día, lamentó haberse olvidado los guantes en casa.

Rick giró la cabeza. Savannah necesitó de toda su fuerza de voluntad para sostener la mirada de sus ojos azules con calma profesional.

Qué injusto tener que luchar contra él y contra sí misma para mantener su relación a un nivel profesional.

Buscó en su mente algo para distraer su atención. Una señal en la calle fue la respuesta.

—El Palacio de Buckingham. Debe de estar cerca de aquí, ¿podemos ir?

Él la miró de reojo alzando las cejas, pero se inclinó y habló con el taxista.

—Gracias —había atisbado algunas vistas maravillosas mientras

cruzaban la ciudad para dirigirse al hotel de Crosse: la catedral de San Pablo, el Puente Millenium… lo había visto pero no lo había sentido—. Sé que estamos aquí por trabajo, pero por favor dime que tendremos tiempo libre para visitar algunas de esas maravillas.

—Supongo que te mereces algo por tu intervención de hoy —reconoció Rick—. Tenías razón respecto a Crosse. Necesitaba que le tranquilizaran. Tú te diste cuenta y seguramente has salvado el acuerdo.

—Eso espero —Savannah se giró para mirarle. Vio cómo alzaba la mano para disimular un bostezo—. Me ha gustado Crosse.

—Y tú también a él.

Aquélla era la segunda vez en dos días que le decía que le gustaba a algún hombre. Consciente de que no podía ir por ahí, no pudo evitar sin embargo preguntarle:

—¿Y a ti? —le preguntó.

—Sí. Lo que le dije era cierto. Pienso sinceramente que puedo aprender de él.

—No —le corrigió Savannah—. ¿Yo te gusto?

El perfil de Rick se quedó congelado antes de que se diera lentamente la vuelta y la mirara con apremio.

—¿Qué quieres decir?

—Da igual, no importa.

¿En qué estaba pensando para hacer una pregunta tan personal?

—¿De qué estás hablando? —insistió Rick con tono genuinamente desconcertado—. Tú le gustas a todo el mundo.

—Eso dices tú —pero a Savannah no le importaban los demás, le importaba él—. Pero ¿qué me dices de ti? Sé que piensas que hablo demasiado.

—Lo haces —aseguró Rick con naturalidad—. Pero ya me estoy acostumbrando. Incluso aprendo cosas, como eso del «chic confortable».

Ella sonrió. Rick estaba evitando responder a la pregunta.

—Lo de antes lo he dicho en serio —continuó Rick—. Has cambiado la dirección de la reunión de hoy. Gracias.

—Estoy segura de que tú te habrías dado cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

—No empieces a mentirme ahora, Savannah. Quiero pensar que habría caído a la larga, pero tú no lo piensas. En caso contrario no

me habrías interrumpido.

—Bueno, estabas demasiado entusiasmado…

Él se rio.

—Vaya, eso es algo de lo que nunca me habían acusado con anterioridad.

—No es nada malo. Y tienes derecho. Oh, mira, son los guardias con los sombreros de piel de oso. ¡Oh, y ahí está el palacio!

La vista estaba por la ventanilla de Rick y ella tuvo que inclinarse hacia él para captar la visión del enorme palacio. En medio de su emoción captó lo bien que olía, a limpio y con un punto especiado. Hacía que le entraran ganas de acurrucarse contra él, y ya se había subido prácticamente a su regazo para ver mejor.

—Savannah —gruñó él protestando.

Y por supuesto, tenía razón. Aquel momento de tensión en el avión podía disculparse, pero dos veces ya no.

—Lo siento —regresó a su propio espacio y perdió de vista el palacio—. Conductor, por favor, deténgase —gritó.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Rick.

—Voy a bajar. No puedo estar en Londres y no ver el palacio. Ya encontraré la manera de volver.

—Fuera está congelando. Literalmente.

—No me va a pasar nada. Puede que incluso encuentre una tienda para comprarme unos guantes —agarró su bolso y cuando alzó la vista vio una emoción extraña cruzar el rostro de Rick. La vulnerabilidad de su mirada le provocó un nudo en la garganta. Durante un instante, aquel hombre fuerte y seguro pareció muy solo.

—Debería venir conmigo —se escuchó decir—. Podemos buscar una cafetería y comer unas *fish and chips.*

Rick vaciló y luego, para su sorpresa, asintió.

—Claro. Tengo hambre.

Capítulo 6

Como distracción, el Palacio de Buckingham estaba a la altura del chocolate y de las compras para Savannah. De hecho, contar con una compañía tan atractiva mientras recorría la entrada del majestuoso edificio y los jardines tampoco le molestaba lo más mínimo.

Los campos cubiertos de nieve estaban bien iluminados, al igual que el imponente edificio con sus majestuosas columnas y sus incontables filas de ventanas. Y por supuesto, la preciosa estatua de la reina Victoria obra de Nash. Resultaba inspirador considerar la antigüedad y la historia que albergaba aquel palacio. Tenía que volver definitivamente para una visita guiada.

—Gracias —le dijo a Rick soplándose en las manos para calentarlas cuando el frío la obligó finalmente a irse—. ¿Estás listo para las *fish and chips?*

—Por supuesto —Rick le preguntó a un lugareño por una buena cafetería, y unos minutos más tarde estaban sentados en una rayada mesa de madera en una habitación llena de mesas y de gente. Las paredes estaban decoradas con camisetas de jugadores de fútbol y de *rugby* y las pantallas de televisión emitían un partido de *rugby*. En la habitación de atrás, un escandaloso grupo empezó a animar y a aplaudir.

—Esta noche hay torneo de dardos, chicos —dijo una camarera cuarentona vestida con vaqueros y amplia camiseta verde—. Va a haber un poco de ruido.

—Es perfecto —Savannah le sonrió—. Confieso que soy una turista, así que todo esto forma parte de la experiencia.

—Ya, y apuesto a que también querrás un poco de *fish and chips* y una pinta. ¿De dónde sois?

—De San Diego —Savannah se frotó las manos—. Allí hace mucho más calor en esta época del año. Y sí, voy a ser completamente típica, Quiero los *fish and chips* y qué diablos, también la pinta.

—Ahora mismo, cariño. Te traeré una rubia —se giró hacia Rick con una mirada depredadora—. ¿Y qué me dices de ti, cielo?

Savannah ocultó una sonrisa tras el dorso de la mano al ver que

Rick se sonrojaba.

—Yo tomaré lo mismo —dijo tras aclararse la garganta.

—De acuerdo, a ti te traeré una oscura —se acercó más a él con sus redondeadas caderas—. Pareces lo suficientemente hombre para aguantarla.

Con una mirada de soslayo, la camarera desapareció entre la multitud.

—Vaya, le gustas —se burló Savannah—. Si quieres que me vaya, no tienes más que decírmelo.

—Esa mujer acaba de comerme vivo con los ojos —Rick blandió un dedo hacia ella—. Bajo ninguna circunstancia puedes dejarme a solas con semejante tigresa.

—¿Tigresa? —Savannah se rio—. No me digas que te asusta…

—Soy un hombre inteligente, así que sí, por supuesto.

—No te preocupes. Protegeré tu virtud. ¿O debería decir tu virilidad? No, en serio, ¿y si fuéramos una pareja?

Rick le dirigió una intensa mirada.

—Cariño, durante la próxima hora lo vamos a ser.

—¿Qué? ¿No crees que ella sea capaz de seguir tus normas?

Era muy peligroso jugar con él de aquella manera, pero no podía resistirse.

—Las normas están pensadas para que nadie resulte herido —Rick defendió su sistema mirando hacia la camarera—. No parece que ella tenga miedo a sufrir.

—¿Y si a una le gusta ese dolor? —bromeó ella provocativa.

Rick volvió a mirarla.

—Me sorprende usted, señorita Jones.

Sí, ella también estaba sorprendida.

—Tú has sacado el tema. Además, no soy tan inocente como crees.

—Claro que lo eres —afirmó Rick con tono firme—. Y no tiene nada que ver con la cantidad de amantes que hayas tenido. Eres cariñosa y generosa. Genuina. Llevas a un nivel superior a todos los que te rodean.

—Vaya —Savannah contuvo el aliento, sumamente complacida por su afirmación.

Sabía que a veces le ponía de los nervios y que no se acercaba ni por asomo a su nivel intelectual, así que su comentario la conmovió

profundamente. Le recompensó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Así que te gusto…

Él sonrió también y sacudió la cabeza.

—A veces.

—Oh, oh. Sé amable, aquí viene la camarera con nuestra comida.

Rick alzó una de sus oscuras cejas.

—Tal vez no seas tan inocente, después de todo. Tienes una vena perversa.

—Oh, apuesto a que soy un gatito al lado de esa tigresa.

—Tú quédate cerca de mí.

—Lo haré, te lo prometo —echó la silla hacia atrás—. En cuanto vuelva del cuarto de baño.

—¿Qué? —inquirió Rick fingiendo que se sentía ultrajado—. Menuda amiga estás hecha.

—Vamos, los dos sabemos que puedes manejarla. Enseguida vuelvo.

Savannah hizo una visita rápida al baño, no porque estuviera preocupada por Rick, sino porque se estaba divirtiendo y no quería perderse ni un minuto de la aventura.

Se centraron en el partido de *rugby* mientras tomaban *fish and chips*. Savannah iba con Irlanda y él con Gales. El torneo de dardos se hizo todavía más ruidoso, la camarera toqueteó un poco más y Savannah se lo pasó en grande.

El partido terminó, recogieron sus abrigos y caminaron por la calle en dirección al Palacio de Buckingham para tomar un taxi. Le sorprendía que hubiera algunas tiendas todavía abiertas, pero cuando consultó su reloj solo eran las siete.

—Espera. Aquí —Rick le tomó la mano. Sorprendida por su abrasador contacto, Savannah se detuvo en seco. Él la guio hacia una tienda de artículos de piel—. Aquí podemos conseguirte unos guantes.

—Oh, no —Savannah siguió parada—. Encontraré unos más cerca del hotel.

—Vamos. Veamos al menos lo que tienen —Rick abrió la puerta y la urgió a entrar.

El rico aroma a piel inundaba la pequeña tienda. Savannah siguió a Rick a regañadientes hacia la sección de accesorios, donde

escogió varios pares para que se los probara. Ella obedeció, maravillándose ante su suavidad y su calor. Le gustaron en particular unos hechos en piel y ribeteados con lana; resultaban exquisitos. Eran tan suaves, tan cálidos, que no quería quitárselos. Pero debía hacerlo.

—Ésos te quedan muy bien —aseguró Rick.

—Sí —sintiéndose un poco triste y también un poco avergonzada, Savannah se los quitó—. Ha sido muy amable por tu parte entrar aquí, pero sinceramente, no me los puedo permitir.

—Pero ¿te gustan?

—Por supuesto —volvió a colocarlos en el exhibidor—. Pero ésa no es la cuestión.

—Es exactamente la cuestión —Rick sacó otra vez los guantes y se los tendió al dependiente junto con otro par para hombre—. Nos llevamos los dos.

—No, Rick —protestó Savannah—. No puedo llevarme ésos.

—Tú no te los llevas. Me los llevo yo.

Conmovida, ella sacudió la cabeza.

—No puedo permitir que hagas esto.

—No tienes opción. Es un regalo por la ayuda que me has prestado hoy —le tendió al dependiente la tarjeta de crédito.

—Rick, no es necesario.

—Lo sé. Pero quiero regalártelos —tras guardar la cartera, le puso la bolsa en las manos—. Gracias.

—No, gracias a ti —Savannah se dejó llevar por el impulso y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

El deseo se reflejó en sus ojos. Pareció luchar consigo mismo durante un instante, y luego inclinó la cabeza y le cubrió la boca con la suya. Durante un glorioso instante la consumió, arrancando de ella una respuesta digna de su apasionada exigencia.

Cuando se retiró, Savannah había olvidado quién era.

Mientras trataba de recuperarse, Rick le deslizó un dedo por la mejilla.

—Lo siento. Es la última vez que esto puede ocurrir.

Incapaz de articular palabra, Savannah asintió en silencio.

Él recuperó su expresión estoica y dio un paso atrás.

—Deberíamos volver al hotel.

A la mañana siguiente, Rick se quedó mirando su reflejo en el espejo mientras terminaba de afeitarse. No tenía un aspecto distinto. No se sentía distinto, pero algo no estaba bien.

Tal vez fuera el cambio de horario, o hubiera algo en el agua de Inglaterra, pero tenía que haber una explicación para aquel comportamiento tan extraño en él. Jugar a los turistas, coquetear, besar a su asistente. ¿Se había vuelto loco? No tenía por qué divertirse.

De acuerdo, aquello no era cierto. Tenía tanto derecho a pasárselo bien como los demás. Pero no con Savannah. La próxima vez que quisiera jugar a los turistas lo haría sola. Ella no vacilaría en hacerlo. Esa mujer no tenía miedo a nada y hacía amigos por todas partes. Por ejemplo, con la tigresa de la noche anterior, con la que acabó riéndose como si fueran viejas amigas.

Rick dejó la toalla y agarró el desodorante.

El problema estaba en que se lo había pasado de maravilla la noche anterior. Viendo el partido, compartiendo la camaradería con la gente, tomando comida sencilla pero buena. Y con Savannah sentada frente a él haciéndole reír. Rick dejó el cepillo de dientes en el vaso y apartó a un lado sus utensilios de afeitar.

Le gustaba la compañía de las mujeres, pero no le enganchaban. No les permitía hacerlo. Pero Savannah se había colado a través de sus defensas y le desafiaba en muchos sentidos.

Pero aquello tenía que terminar. No más risas, no más coqueteos, no más regalos y desde luego no más mordiscos en su labio inferior.

El teléfono estaba sonando cuando Rick entró en la salita de la suite. Savannah estaba sentada a la mesa desayunando unos bollos. Hizo amago de levantarse, pero él agitó la mano y respondió al teléfono.

Era Crosse, que llamaba para concertar una cita a las cuatro de la tarde.

—Sus abogados están revisando los cambios y nos harán una contraoferta en los próximos días —le dijo Rick a Savannah cuando colgó el teléfono—. Tendremos dos días para responder. Confía en que podamos celebrarlo con una cena antes de que nos vayamos.

—Eso es una gran noticia —afirmó Savannah entusiasmada—.

¿Dijo cuáles eran esos cambios?

—No, pero dijo que eran asuntos menores. No espero nada demasiado sorprendente.

Rick tenía razón, Cuando llegó el contrato y revisaron los cambios, la mayoría eran sobre asuntos para los que Rick ya había contemplado espacio para la negociación.

Savannah y él formaron un buen equipo, ocupándose de los detalles y atando los cabos sueltos. Se sentía muy bien respecto a la reunión del día siguiente.

Su seguridad se vio recompensada cuando alcanzaron un acuerdo y firmaron los contratos. Sintió un gran alivio y una inmensa satisfacción, mayores que cuando llegó a un entendimiento con Emerson. Tal vez porque esta vez había estado a punto de fracasar, algo a lo que no estaba acostumbrado, pero no creía que fuera por eso. Respetaba a Crosse, y se habían entendido muy bien cuando empezaron a comunicarse adecuadamente.

Se pasó el resto de la semana viendo locales y hablando con contratistas locales. Estaba tan complacido con los progresos que habían hecho que cedió a los deseos de Savannah para tomarse el último día libre y hacer algo de turismo siempre y cuando regresaran a tiempo para la cena con los Crosse.

—No sé por dónde empezar —sonriendo, Savannah revisó el puñado de folletos que había estado recolectando y los extendió en abanico frente a Rick—. Escoge tú.

Rick deseaba hacerlo de verdad, se lo había pasado de maravilla con ella en su primera noche en Londres y sabía que sería muy divertido recorrer la ciudad con ella. Pero…

—Tendrás que ir sin mí —declinó la oferta—. Tengo que atar algunos cabos sueltos.

Era mejor así. Ya había relajado sus estándares con ella más que con ningún otro empleado. Necesitaba contenerse, lo que sería más aburrido pero más seguro.

Terminó con el trabajo que tenía que hacer y luego se acercó a la Torre de Londres. Era impensable que un joyero visitara la ciudad y no fuera a ver las joyas de la Corona. La Corona Imperial era una maravilla en sí misma, más de tres mil joyas preciosas entre

diamantes, esmeraldas, zafiros y rubíes manifestaban la majestuosidad de la pieza.

Luego se acercó a ver la exhibición de armaduras reales. Resultaba fascinante, pero la tercera vez que se vio pensando en comentar con Savannah algo y se frustró al ver que no estaba allí, decidió que había llegado el momento de marcharse.

De vuelta al hotel, se aseó, se puso un traje de corbata y luego abrió el ordenador portátil para revisar su correo electrónico mientras esperaba a Savannah.

Llevaba así treinta minutos cuando se abrió la puerta de la habitación de Savannah y ella entró en la salita.

—Estoy lista.

Rick desvió la vista del informe que estaba leyendo hacia el reloj que tenía en la esquina de la pantalla. Excelente. Tenían quince minutos para bajar. Crosse y su mujer los recogerían en el vestíbulo.

Las cosas marchaban muy bien.

Hasta que alzó la vista y vio a Savannah vestida con un minúsculo vestido negro que le hizo la boca agua. El color oscuro contrastaba con su piel pálida, mientras que el vuelo de la falda y sus afilados tacones hacían que sus piernas parecieran interminables. Y el brillante lápiz de labios color melocotón convertía su boca en una tentación.

Estaba metido en un problema.

Los Crosse habían reservado mesa en el restaurante Criterion, una joya situada en Piccadilly Square fundada en 1873.

Impresionada por verse en uno de los mejores restaurantes de Londres, Savannah sintió el peso de una parte de tan histórica ciudad. El *glamour,* la sofisticación y la elegancia la hacían sentirse especial. Los techos dorados, los magníficos ventanales y los arcos resultaban imponentes. El oro y el mármol eran un excelente ejemplo de la grandeza de un mundo ya desaparecido y de elegancia eterna.

Cruzando los tobillos por debajo de la mesa, Savannah le agradeció en silencio a Claudia que hubiera insistido en que se llevara el diminuto vestido negro al viaje. El sedoso deslizar de la tela sobre su cuerpo le daba seguridad en sí misma, algo que

necesitaba desesperadamente al lado de la mujer de Albert, Paulette, que estaba sentada frente a ella.

Bella, elegante y culta, la mujer representaba todo lo que Savannah quería ser y sentía que no conseguía.

Sintiéndose fuera de lugar, se preparó para mantenerse en un segundo plano, pero Paulette la metió en la conversación de forma amigable y elegante. Savannah se relajó enseguida y disfrutó de una copa de vino mientras se reía y charlaba durante la cena.

Los hombres habían pedido brandy cuando la conversación se centró en los locales que habían visitado. Savannah pidió un café y esperó. Mientras hablaban, quedó claro que Rick había reducido las posibilidades a dos.

Observó cómo se llevaba la copa a la boca. Los músculos de su garganta se movieron mientras tragaba. A Savannah se le hizo la boca agua.

—Rett preferiría el local del hotel —aseguró Savannah para distraer su mente de su jefe.

La mención de su hermano gemelo provocó que Rick frunciera el ceño. Ella nunca había conocido a dos hombres tan unidos como ellos, pero tenían un estilo muy distinto para los negocios.

—Mi hermano gemelo —le explicó Rick a los Crosse—. Está a cargo de la compras y del diseño.

Paulette se tocó el diamante que llevaba colgado al cuello.

—Conozco su trabajo.

—¿Es una de las piezas de Rett? —preguntó Savannah—. Llevo toda la noche admirándolo.

—Me encanta —Paulette le dio una afectuosa palmadita en la mano a Crosse sobre la mesa—. Albert lo escogió para mí cuando estuvo en San Diego para hablar de este asunto la primavera pasada. ¿Por qué dices que Rett preferiría el local del hotel?

—Es más pequeño que los demás, pero tiene más carácter y más ventanas, lo que permite la entrada de la luz natural.

—La seguridad es más importante que la ubicación —Rick puso voz a la antigua discusión entre los hermanos.

—Para Rett no —se limitó a decir ella.

Rick se giró hacia Savannah y apoyó un codo en el respaldo de la silla.

—Eres mi asistente. Tu lealtad debería estar conmigo.

—Pero él me está enseñando diseño —Savannah se giró para mirarle de frente—. Y no está aquí para defender su punto de vista.

—Si vuelve a preguntar, dile que lo tengo todo previsto —sugirió Rick—. A ti te escuchará, porque está claro que le gustas.

—Oh, no, no vas a utilizarme a mí para confundirle.

—Qué bonito —Paulette unió las manos encantada y miró a Albert—. ¿Verdad que hacen una pareja preciosa? ¿Te acuerdas cuando nosotros nos atacábamos así? Te encantaba hacérmelo pasar mal.

Crosse le guiñó un ojo a su esposa.

—Porque te ponías muy guapa cuando te enfadabas —aseguró—. Todavía te pasa.

—Oh, no —Savannah se apresuró a corregir la impresión equivocada—. Solo soy la asistente de Rick.

—Y yo era secretaria cuando Albert me conoció —aseguró Paulette.

Sorprendida por la revelación, Savannah espetó:

—Pero fuiste a la universidad, ¿no?

Paulette sacudió su rubia cabeza.

—Empecé a trabajar como recepcionista nada más terminar el colegio. Mi familia no tenía dinero para pagarme la universidad. Pero a Albert eso no le importó.

—Yo no fui a la universidad. ¿Por qué debería importarme que ella no hubiera ido? Cuando nuestros hijos dejaron los pañales se sacó su título en Historia del Arte. Ahora es ayudante de conservación en el Museo de Arte Moderno.

—Ya basta, Albert —Paulette se sonrojó complacida—. No están interesados en oír hablar de mí.

Lo cierto era que a Savannah le resultaba muy interesante. Ella había estado pensando en volver a la universidad, y allí estaba aquella mujer bella e inteligente que había conseguido su título después de formar una familia. A Savannah le servía como motivación para perseguir su sueño.

Trabajar en Sullivan con Rick le había proporcionado una sensación de seguridad que hacía mucho tiempo que no experimentaba. La había llevado a aquel maravilloso restaurante a cenar con aquella gente elegante y sofisticada. Quién sabía hasta dónde podría llegar.

—Es un logro increíble —sonrió a Paulette—. ¿Te resultó duro?

—Valió la pena —afirmó la otra mujer con orgullo—. Pero estábamos hablando de vosotros dos.

—No, de verdad…

—Está claro que sentís algo el uno por el otro —Albert le dio una palmadita cariñosa a su mujer en la mano—. Llevamos juntos treinta y dos años. Años buenos. El éxito de cualquier relación se basa en el compromiso.

—Es cierto —confirmó Paulette con dulzura—. El amor que comparte la pareja es el corazón de la familia.

Eran tan cariñosos que Savannah se mordió el labio inferior para evitar soltar la verdad. O para no reírse en alto por su error. No sabía cuál de las dos cosas saldría a relucir si se dejaba llevar. No se atrevía a mirar a Rick a los ojos.

—No os engañéis… se necesita trabajo. A veces es muy duro, pero los hijos y tener cerca a alguien que siempre está ahí para ti hacen que valga la pena —orgulloso, Albert se puso de pie y ayudó a su mujer a levantarse—. Y sé lo duro que trabajáis vosotros, así que ya tenéis la mitad del camino hecho.

Savannah sacudió la cabeza.

—No tiene sentido negarlo, querida —Paulette sonrió a Savannah y a Rick y se unió a su esposo—. Se ve que estáis hechos el uno para el otro.

Albert les miró y asintió.

—No suele equivocarse en estas cosas —tomó la mano de su esposa—. Rick, sé que tienes algo planeado, así que os dejamos aquí —los hombres se estrecharon las manos—. Estoy deseando trabajar con vosotros.

—Me ha encantado conocerte —Savannah se puso de pie y le dio un abrazo cariñoso a Paulette—. Gracias por venir a celebrar el acuerdo con nosotros.

—Ha sido un placer. Sois una pareja encantadora. Estoy segura de que vamos a trabajar muy bien todos juntos.

—Paulette…

—Agradecemos vuestros buenos deseos, ¿verdad, cariño? —Rick le tomó la mano de la mesa y se la llevó a los labios.

El calor de su respiración en la piel provocó que se le secara la boca. Escuchó vagamente cómo Paulette se reía encantada mientras

se iba.

Savannah se aclaró la garganta e hizo una tentativa de soltarse la mano.

—¿Por qué?

Rick se la sostuvo, y además le dio la vuelta y apoyó los labios sobre la sensible piel de su muñeca.

Aquel ataque sensual la pilló desprevenida, y Savannah apartó la mano y la colocó con la otra sobre su regazo.

—¿Qué estás haciendo?

Sin duda ayudado por el vino y el brandy, Rick sonrió.

—Vamos, la hemos hecho feliz.

Ya era suficiente. Encontraba agotadora la constante tensión sexual entre Rick y ella. ¿Y a él le parecían divertidos aquellos juegos sensuales? ¿Quería jugar? Bien, pues ella le demostraría que sabía lanzar la bola con fuerza.

—Entiendo —Savannah apuró el último sorbo de vino—. Solo estabas coqueteando de cara al público.

Rick inclinó la cabeza. El buen humor iluminaba sus ojos azules, invitándola a disfrutar del momento.

—Querían amantes. Y les he dado unos amantes. Así las cosas terminan con una nota positiva.

—Ya veo —Savannah se puso de pie y se acercó lentamente a él.

Cuanto más se acercaba, más cauta se volvía su mirada.

El beso que habían compartido en el avión no se le había borrado de la mente, y su diva interior exigía que Rick recordara exactamente por qué resultaba tan peligroso jugar con fuego. Poniéndose de pie delante de él, le sujetó el rostro entre las manos y apretó los labios contra los suyos.

Le besó lenta y suavemente.

Cuando alzó la cabeza vio el deseo brillando en los ojos de Rick. Savannah dio entonces un paso atrás y se humedeció los labios. Ya le había demostrado lo que quería demostrarle.

Se giró y vio que todo el mundo les estaba mirando. Sintió cómo se le sonrojaba el rostro. La pasión provocó que sus movimientos resultaran indolentes mientras recogía el bolso y la chaqueta.

—Buenas noches, cariño.

Capítulo 7

Por supuesto, Rick estropeó su gran salida siguiéndola. Savannah le esquivó entrando en el cuarto de baño.

¿En qué estaba pensando para hacer lo que hizo? Estaba claro que en nada. Sencillamente, había reaccionado. Rick parecía tan complacido consigo mismo allí sentado tranquilamente, sin dar muestras de que el ultrajante gesto le hubiera inmutado lo más mínimo cuando a ella la había sacudido hasta las entrañas. Ahora se sentía ridícula. Pero no podía ocultarse eternamente.

Salió del cuarto de baño. Rick estaba en el vestíbulo sosteniendo su abrigo y su bufanda.

—Ha sido un final miserable para una cena maravillosa — incluso a ella le sonó a acusación. Inclinó la cabeza y decidió que le parecía bien así.

—¿No crees que estás exagerando? —preguntó él.

—No. ¿A qué se refería Crosse cuando dijo que tenías algo planeado? ¿Debería volver yo sola al hotel? —preguntó cambiando de tema.

—Tengo una sorpresa para nuestra última noche aquí —Rick le ayudó a ponerse el abrigo.

Savannah torció el gesto. No tenía ganas de ir a ninguna parte con él.

—No me gustan las sorpresas.

—¿De verdad? Creí que te encantaban —impertérrito, la urgió hacia el exterior, al helado frío de la noche.

—Antes sí.

—Ésta te va a gustar —insistió Rick llamando a un taxi.

Un poco más tarde, Savannah bajó del vehículo con la mirada clavada en el impresionante Millenium Wheel.

—De acuerdo, estoy sorprendida.

—Dicen que por la noche es como estar en medio de las estrellas —aseguró él con tono emocionado.

Savannah se detuvo y le miró. Se había quitado la chaqueta y la miraba un poco desaliñado, con el pelo un tanto alborotado y los ojos brillantes de emoción.

—He contratado un vuelo privado para nosotros —frotándose

las manos, Rick abrió camino hacia la terminal.

Exhalando un suspiro, Savannah dejó a un lado la vergüenza y el enfado, incapaz de estropear aquella muestra de entusiasmo tan poco frecuente.

Pero los nervios se apoderaron de ella cuando llegó el momento de embarcar.

—Oh, Rick, no sé. No estoy segura de ser tan valiente.

Él se limitó a tenderle la mano.

—Si hay algo que tengo claro de ti, es que no tienes miedo a nada, Savannah.

Ella miró su mano extendida. ¿De verdad lo pensaba? Cómo deseaba que fuera cierto. Claro que tenía miedo a muchas cosas, pero no permitía que le paralizaran. Se mordió el labio inferior. El miedo a volar era muy poderoso.

—¿Confías en mí? —preguntó Rick con dulzura.

—Oh —ella dejó escapar un suspiro resignado—. Sí, por supuesto.

—Entonces deja que te regale las estrellas.

Dios, ¿cómo iba a resistirse a algo así?

—De acuerdo. Pero si mañana tienes que llevarme en brazos porque me tiemblen las rodillas, recuerda que fuiste tú quien insistió.

—Yo te mantendré a salvo.

La promesa que encerraba su actitud firme bastó para que las rodillas se le deshicieran, así que tal vez no tendría problemas después de todo.

El vuelo superó lo que Rick le había dicho. Un auxiliar de vuelo les acompañó, pero se mantuvo en un discreto segundo plano. El champán y las fresas ayudaron al instante a aliviar la tensión.

Rick estaba justo detrás de ella, lo suficientemente cerca para tocarla pero siempre manteniendo las distancias.

—Qué silencioso está todo —observó Savannah.

—Será probablemente porque no hay más personas alrededor —dijo Rick con ironía.

Ella le dirigió una mirada de reproche.

—No es eso. Aquí arriba hay una gran quietud.

Rick se puso a su lado.

—Sí, yo también lo siento.

—La vista es magnífica —ver las luces de la ciudad expandirse hacia el exterior convirtió la creciente subida en la oscuridad en una excitante aventura—. Es como volar entre las estrellas.

—Cuando le prometo las estrellas a una mujer, se las doy.

—Así es —Savannah se miró en sus risueños ojos azules—. Gracias por insistir.

El deseo se despertó entre ellos e inundó el aire. Rick le levantó la barbilla con un dedo y cubrió sus labios con los suyos. Savannah cerró los ojos y vio más estrellas todavía mientras él hacía girar su mundo en salvaje abandono.

Aquella noche era un sueño hecho realidad aunque supiera que era demasiado bueno para ser verdad. Sabía que debería cuestionarse aquel súbito cambio de actitud en Rick. Pero era demasiado maravilloso estar en medio del cielo con la cabeza apoyada en su pecho.

Así que no preguntaría nada, no se cuestionaría nada. Se limitaría a vivir el momento. Y cuando dejaran Inglaterra al día siguiente, tendría un recuerdo inolvidable más de aquella ciudad que le había robado el corazón.

Rick la giró de modo que la espalda de Savannah se acomodó contra su frente y ambos se quedaron mirando hacia la vista.

—Y dime, ¿por qué dejaron de gustarte las sorpresas? —le preguntó él con voz ronca.

La pregunta despertó recuerdos dolorosos de promesas que le habían hecho y no habían cumplido, de sorpresas prometidas que nunca llegaron a materializarse. Quería mucho a su padre, pero le había decepcionado tantas veces que había perdido la fe en él, y no sabía si volvería a recuperarla alguna vez. Eso la entristecía. Pero se negaba a estar triste esa noche; acababa de prometer que viviría el momento.

—La experiencia —contestó con voz pausada—. Cuando no se cumplen, es más doloroso que si no te hubieras hecho ilusiones en un principio.

—Uf. ¿Tu padre?

Savannah asintió.

—Cuando mi madre enfermó, mi padre desapareció de nuestras vidas. No literalmente, volvía a casa cada noche, pero emocionalmente estaba desconectado —alzó los ojos para cruzarse

con los suyos—. Lo cierto es que reconozco su mérito, estuvo allí con mamá hasta el final. Pero después se quedó sin fuerzas. Él se cerró al resto de nosotros.

—Tiempos difíciles. Sé por mi abuela que tu madre murió, y que la perdiste muy joven.

—Tenía catorce años cuando enfermó y diecisiete cuando murió. Papá ni siquiera vino a mi graduación en el instituto. Se refugió en el trabajo.

Rick la estrechó con más fuerza entre sus brazos.

—El adicto al trabajo que mencionaste en una ocasión.

—Sí. Claudia y Daniel eran más pequeños, tienen cuatro y cinco años menos que yo, pero no necesitaron mucho tiempo para darse cuenta de que papá no estaba disponible para ellos.

—Para ellos fue diferente. Te tenían a ti. Sé la diferencia que eso marca porque nosotros tuvimos a la abuela.

Aquella noche estaba aportándole muchas más cosas de las que había anticipado. Se sentía más cercana a Rick que nunca antes.

Hablaron de todo y de nada. La hizo reír, y cuando le habló de su padre estuvo a punto de hacerle llorar.

—Íbamos a pescar y jugaba a la pelota con nosotros. Venía a nuestros partidos siempre que podía. Para mí era el mejor padre del mundo.

—Eso parece —Savannah recordó los primeros tiempos, cuando su padre también sacaba tiempo para estar con la familia.

—Sí, no me enteré de que el negocio estaba en las últimas hasta que vi a la abuela recogiendo las piezas rotas cuando mamá y él murieron. Si no hubiera sido una dama tan valiente, lo habríamos perdido todo.

—Entonces, ¿te estás quejando de que pasara tiempo con vosotros?

—Tendría que haber estado ocupándose del negocio. Claro, era muy divertido jugar al béisbol. Pero no lo hubiera sido en absoluto perder nuestra casa —la soltó para agarrar dos copas de champán —. Cuando murió debíamos dos pagos de la hipoteca. Nos fuimos a vivir con la abuela y ella vendió la casa y metió el dinero en el negocio. Nos salvó.

Y eso cambió a Rick para siempre. A los nueve o diez años perdió al hombre que adoraba y había descubierto que era un

soñador en lugar de un hombre de negocios. El peor de todos los pecados posibles para Rick. No era de extrañar que hubiera trabajado tan duro. Era una compensación por el daño que había provocado su padre, y un tributo a los sacrificios hechos por su abuela.

—Él te quería. Os escogió a ti y a tus hermanos por encima de su trabajo —le puso la mano sobre la suya—. Eso dice mucho de él.

—Dice que era débil.

—No —aseguró Savannah con dulzura—. Dice que vosotros erais más importantes para él que una tienda.

—Era nuestro sustento. Y había pertenecido a mi familia desde hacía más de setenta años. Se construyó con el sudor del padre de mi padre, de su abuelo y de su bisabuelo —Rick entrelazó los dedos con los suyos—. Es muy fácil hablar contigo y ya te he contado demasiadas cosas. Nadie sabía lo de la hipoteca excepto la abuela y yo.

—Tu secreto está a salvo conmigo —Savannah se centró en la copa de vino y rodeó el borde con la yema del dedo—. Lealtades divididas… es una lección dura de aprender tan pequeño. Entonces, ¿nunca le has pedido más a la vida? ¿Nunca has creído que podrías enamorarte y además llevar un negocio con éxito?

Rick se tomó mal la pregunta. Debería haber imaginado cuando llevó la conversación a un nivel personal que Savannah intentaría sacarle cosas que le harían sentirse incómodo. Por alguna razón se sentía inclinado a saber más sobre ella, a desvelar sus secretos. Lo justo era darle algo a cambio.

Conocía el amor; en su familia abundaba. Pero él siempre se había sentido distante de la intimidad que les mantenía a todos unidos. Tal vez su resentimiento hacia su padre tenía algo que ver. O tal vez tuviera miedo de perder a alguien más.

—No. No siempre he sido tan reacio a las relaciones. En la universidad, una rubia de Boston captó mi atención lo suficiente como para pedirle que se casara conmigo. Aceptó, pero al final echaba de menos a su familia y decidió regresar al Este.

Savannah se giró en sus brazos para mirarle. Rick vio en sus ojos cientos de preguntas más y se preparó.

—¿Pensaste en ir tras ella?

—Se me pasó por la cabeza. Pero llegué a la conclusión de que

ella no me amaba lo suficiente para quedarse ni yo lo suficiente para seguirla. Aun así, la ruptura me dolió.

—Estoy segura de ello. Si algo he aprendido de ti, Rick, es que tus sentimientos son más profundos de lo que demuestras.

¿Cómo era posible que Savannah supiera eso? Era algo que había enterrado hacía mucho tiempo. Los sentimientos eran una distracción. Él prefería las cosas sencillas y directas, y así había construido su vida.

—Siento que hayas renunciado al amor. Creo que tienes mucho que ofrecer.

—Señor —el auxiliar de vuelo estaba a varios metros de ellos—. El vuelo aterrizará en unos minutos. Por favor, prepárense para salir.

Rick asintió y el hombre regresó a su puesto.

Estaban tan centrados el uno en el otro que no se habían dado cuenta de que el vuelo había terminado. Y también su tiempo a solas.

Al día siguiente volverían al trabajo.

De vuelta en el hotel, Savannah se quitó los guantes y la bufanda. Miró a Rick a través de sus gruesas pestañas. Estaba mucho más cerca de lo que esperaba y tuvo que deslizar la mirada por su ancho pecho para encontrarse con sus ojos.

—Gracias por tan maravillosa sorpresa. Nunca olvidaré esta noche.

—No estoy preparado para ponerle fin —le tomó la mano y la atrajo hacia sí. Rick inclinó la cabeza y apoyó los labios suavemente sobre los suyos.

Oh, Dios mío. Savannah se quedó quieta, con miedo a moverse, no porque le tuviera miedo, sino porque no quería que parara. Entregándose a la tentación de su boca en la suya, le rozó el labio inferior con la punta de la lengua. Al instante Rick inclinó la cabeza y llevó el beso a un nuevo nivel. Sabía a hombre y a champán, una mezcla embriagadora.

Y un potente recordatorio del alcohol que había consumido en la cena y durante el vuelo. El que ambos habían consumido.

Savannah giró la cabeza a regañadientes, rompiendo el contacto.

—Deberíamos parar.

—¿Quieres parar? —la respiración de Rick le calentó la piel de la sien.

«No, en absoluto», gritó su corazón, aunque su cabeza decía otra cosa.

—No estarás contento con esto por la mañana.

—Define contento. La vida es rutina la mayor parte del tiempo con escasos momentos de extremo placer —Rick le trazó el lóbulo de la oreja con la lengua—. Creo que podemos alcanzar nuevos niveles de placer.

Cuando unos dedos expertos se deslizaron por sus costados, Savannah le creyó completamente. Él le susurró al oído que tenía protección.

—Esto no está bien —pero Savannah levantó la boca hacia la suya, encontrándose a medio camino, enredándole los dedos en los mechones de cabello oscuro.

—No, pero me encanta —Rick apretó los labios contra los suyos, poniendo fin a la conversación.

Abriendo la boca bajo la suya, Savannah le dejó entrar, dejó que pusiera fin a sus protestas. Lo atrajo hacia sí, aspirando su aroma a hombre y jabón. Olía tan bien como sabía.

Él exigía y ella se entregaba de buena gana, poniéndose de puntillas para acercarse más. Rick le mordisqueó el labio inferior y luego le calmó el mordisco deslizándole la lengua. Savannah gimió mientras él le recorría a besos la línea de la mandíbula y del cuello hasta llegar al hombro. Ella se estremecía a cada mordisco, suspiraba con cada tranquilizadora caricia.

La pasión eclipsó el sentido común mientras Savannah se subía prácticamente encima de él para profundizar en el abrazo, y él la ayudó rodeándole la cintura con un brazo fuerte y elevándola varios metros por encima del suelo. Savannah le echó los brazos al cuello y dejó que la llevara a su habitación. Se le cayó uno de los altos tacones y se quitó el otro.

—El trabajo se ha terminado por hoy.

Cuando volvió a poner los pies en el suelo, Savannah disfrutó deshaciéndole el nudo de la corbata hasta que la tuvo suelta entre los dedos. Se la puso al hombro y fue a por los botones de su camisa. Cada vez que desabrochaba uno le daba un beso sobre la

piel cálida que dejaba al descubierto hasta que perdió la paciencia y se quitó él mismo la camisa. Luego le bajó a Savannah la cremallera y el minúsculo vestido negro terminó en el suelo. Cayeron sobre la cama, donde la tensión que bullía bajo la superficie hizo explosión en una pasión arrebatadora.

Algunos decían que era frío, sin sentimientos, pero ella siempre había visto su intensidad, su profundo sentido del deber. Eso era lo que motivaba su ambición y su dedicación, lo que también alimentaba su aislamiento.

Pero ¿frío y sin sentimientos? Ni por asomo. A ratos tierno y a ratos exigente, fue alentando las llamas de su deseo.

Rick estaba en la ducha cuando ella se despertó. Con una mezcla de sentimientos encontrados, Savannah se escapó a su dormitorio para ducharse, vestirse y terminar de hacer el equipaje. Y luego se subieron a un taxi camino del aeropuerto.

En un abrir y cerrar de ojos estaban en un avión en el último tramo de su viaje a casa. Otro vuelo nocturno. Savannah confiaba en que no encontraran turbulencias tan fuertes como en el vuelo de ida.

Cansada pero nerviosa, se revolvió en el asiento.

—Has estado muy callada —dijo Rick—. ¿Crees que podrás dormir?

Savannah parpadeó.

—Vaya. Esto es un *déjà vu*. Espero que eso no signifique que vayamos a tener turbulencias.

Rick apartó la vista y ella puso los ojos en blanco divertida, no le sorprendía que evitara cualquier referencia emocional.

—No te preocupes. No voy a subirme encima de ti —le tranquilizó—. De hecho, quiero darte las gracias por este viaje tan maravilloso. Lo he pasado de maravilla.

—Sí. El viaje ha sido un éxito. Incluso Rett debería estar contento.

—Me alegro de que a la empresa le haya ido bien, pero estaba hablando de nosotros. Entiendo que todo esto terminará en cuanto aterricemos en San Diego.

Rick se giró hacia ella con el alivio reflejado en los ojos.

—Bueno, creo que podré acompañarte hasta la puerta.

—Qué caballeroso —sonrió Savannah con cuidado de no mostrar su decepción—. Tu abuela estará orgullosa de ti.

Rick se estremeció ligeramente y entornó los ojos. Savannah se preguntó la razón de aquel momento de vulnerabilidad. Tal vez no fuera tan indiferente al final de su aventura como quería hacerle creer.

—Voy a echarte de menos —susurró Savannah.

Rick la miró.

—Vamos a trabajar juntos todos los días.

—Por supuesto —y su proximidad haría las cosas más difíciles.

—¿Vas a estar bien con eso? —la presionó él.

—Sí —Savannah asintió con énfasis—. Lo de anoche fue indescriptible, pero no soy la clase de chica que disfruta de las aventuras cortas. Y cuando encuentre al hombre adecuado quiero saber que soy lo más importante para él. En lo que se refiere a prioridades y lealtades, yo soy lo primero. Ya te conté que mi padre se refugió en el trabajo, así que tal vez lo entiendas. Sé que me quiere. Pero no siempre lo siento.

—¿Y crees que es así como trato yo a las mujeres que pasan por mi vida? —preguntó Rick pensativo.

—Sí —Savannah respondió con sinceridad y volvió a ver aquella vulnerabilidad en él—. Pero no pasa nada, porque es la vida que tú has escogido. Has dicho que no tienes planeado casarte, y lo respeto. Pero también confío en que encuentres a alguien que te llene más que una hoja de beneficios.

—Gracias. Creo.

Savannah forzó otra sonrisa y bajó la vista hacia sus manos, que estaban separadas por varios centímetros en la consola de sus asientos de primera clase, y pensó: «Así tiene que ser». Pero cerró los ojos para no ver aquella imagen.

—Creo que voy a intentar dormir.

Rick no dijo nada, pero un instante más tarde, su mano cubrió la suya.

Capítulo 8

—Savannah, estaré en la sucursal del centro durante unas horas y luego seguiré trabajando hasta las cuatro —Rick se detuvo en su escritorio para contarle sus planes—. Si me necesitas llámame.

—Creí que ibas a asistir a la reunión con recursos humanos para la propuesta sanitaria que se celebra esta tarde.

—He cambiado de opinión.

—¿De veras? —le espetó ella sorprendida, pero se recompuso al instante—. Quiero decir, ¿quieres que vaya yo a la reunión y tome notas?

—No. El director puede arreglárselas —en lugar de marcharse, se quedó allí jugueteando con las monedas que tenía en el bolsillo —. ¿No vas a comer con Jesse hoy?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

Rick alzó una de sus oscuras cejas, recordándole en silencio que Jesse era de su familia.

—¿Vas a hablar con ella sobre el título de profesora?

—Tal vez.

—Vas a hacerlo.

Savannah le miró bajo sus gruesas pestañas.

—No me presiones.

—Deberías hablar con recursos humanos. Nosotros financiamos la educación de nuestros empleados.

Savannah sacudió la cabeza.

—Soy una trabajadora temporal, ¿recuerdas? Y la enseñanza no tiene nada que ver con la joyería ni con las ventas.

—Pero está el diseño —Rick inclinó la cabeza—. Para eso tienes un talento especial.

—Lo había pensado, pero quiero enseñar. Además, sigo siendo una trabajadora temporal.

Aquel hombre la estaba volviendo loca. El jefe distante y estoico de antes del viaje a Inglaterra había regresado.

Algo que Savannah ya esperaba, por supuesto. Y para lo que se había preparado. Aunque no le había resultado fácil pasar de amante a asistente con el desfase horario que tenía.

—A no ser que me estés ofreciendo un puesto fijo aquí en

Sullivan —aventuró ella.

—¿Un puesto fijo? —repitió Rick con asombro.

La expresión que cruzó su rostro reflejaba lo que ella sentía, una combinación de horror seguida de esperanza y reemplazada por la resignación. Lo que le daba a entender que su frialdad era una fachada, igual que el desinterés que mostraba ella.

La química entre ellos ardía ahora con tanta fuerza como en Inglaterra. Y si era sincera, también lo había hecho antes.

¿Sincera? ¿A quién quería engañar? Si le ofrecía un trabajo fijo, seguramente lo aceptaría aunque se repitiera todas las noches que se iría de allí, lejos de la tentación de Rick, si no fuera por la obligación moral que tenía hacia la señora Sullivan de terminar el contrato.

Sí, eso era lo que se decía a sí misma. Y por las noches se lo creía, pero durante el día se moría por verle, se estremecía al escuchar el sonido grave de su voz. Más de una vez se descubrió a sí misma acercándose para captar el aroma de su colonia y de su virilidad.

Cuando lo tenía cerca, claro. Aquélla era la segunda vez desde que volvieron a Estados Unidos que Rick visitaba la sucursal del centro.

—No te entiendo, Rick —la frustración fue lo que la llevó a hablar—. No sé si quieres que me quede o estás intentando librarte de mí.

Él le dirigió una mirada intensa que no supo descifrar.

—Buena pregunta. Cuando sepa la respuesta, serás la primera en saberlo —y dándole la vuelta al reloj de arena, se giró y salió de allí.

Savannah se quedó mirándole la espalda mientras se marchaba. Allí no había señales confusas.

La comida con Jessie solo sirvió para confundirla más. A pesar de lo mucho que había trabajado últimamente, al parecer Rick había encontrado tiempo para pasarlo con su familia.

—No sé qué ocurrió en Inglaterra —Jesse miró a Savannah con complicidad—, pero Rick parece un hombre nuevo.

—¿De veras? —Savannah jugueteó con su vaso de té helado, evitando el contacto visual—. ¿En qué sentido?

—Está más visible, más cercano. Esta tarde va a jugar al

balonmano con Brock. Y ha sido estupendo volver a contar con él para las cenas de los domingos. La abuela está encantada.

—La familia significa mucho para él —Savannah pensó en su idea de renunciar a tener su propia familia para proteger los intereses de la que ya tenía—. Eso no es nada nuevo.

—No, pero siempre ha sido un poco solitario. Quiero decir, acude a los grandes acontecimientos, pero normalmente solo viene tres o cuatro veces al año a cenar los domingos —Jesse se reclinó en el asiento para permitir que el camarero les sirviera la comida—. Estoy convencida de que algo le sirvió como revulsivo en Inglaterra.

—Está entusiasmado con el acuerdo internacional —sintiendo un poco de náuseas, Savannah apartó su ensalada hacia los extremos del plato—. Para él era un objetivo importante.

—Mm —Jesse asintió mientras probaba su ensalada china—. Ha invitado a todo el mundo a Londres para la inauguración en noviembre. No puedo esperar. Pero basta de hablar de Rick, hablemos de ti. Me encanta la enseñanza, así que estoy encantada de compartir cualquier cosa que desees saber. ¿Hay algún campo en el que desees especializarte?

La charla se centró en la educación, tanto en la enseñanza como en el aprendizaje, pero Savannah siguió dándole vueltas a la idea de que su viaje a Europa podría haber cambiado a Rick. Sabía que le había impresionado Crosse y su manera de hacer negocios.

Desde luego, ella se había convertido en una persona diferente. La historia de Paulette la había inspirado para reactivar su deseo de volver a la universidad. Y al entregarse a Rick se había abierto a él más que a ningún otro hombre.

Era una lástima que fuera una mujer que necesitara saber que era lo primero en la vida de un hombre, y que él fuera un hombre manejado por los fantasmas de ver a su empresa triunfar.

Y aquéllas eran dos cosas que no iban a cambiar.

Había sido una estúpida al creer otra cosa. Por mucho que deseara que fueran distintas.

Sintiéndose completamente revuelta, apartó su plato.

Savannah observó horrorizada el signo «más» de la pequeña varita blanca. Emocionada y horrorizada a partes iguales, reconoció

finalmente que sus sospechas eran correctas. Se dirigió a su dormitorio con la varita todavía en la mano.

—Estoy embarazada —pronunció las palabras y descubrió que le hacían temblar las rodillas.

—Oh, Savannah —Claudia estaba justo allí para apoyarla y la acompañó hasta la cama para que se sentara—. Todo va a salir bien.

Savannah tomó asiento en una esquina del colchón.

—Estoy embarazada de mi jefe. Nada va a salir bien —dijo con voz estrangulada.

—No te asustes. Tal vez la prueba de embarazo esté mal. Haremos otra, y otra más. Estoy segura de que es un error.

—No es ningún error. Tengo náuseas por la tarde y siempre estoy cansada. Tengo que dejar de fingir que no es real.

—Hay una epidemia de gripe. He oído que mucha gente se confunde con estas pruebas y…

—Claudia, es la tercera prueba que me hago.

Lo había estado negado durante casi un mes antes de comprar la primera prueba. Creía sinceramente que tenía la gripe. Y además, Savannah no paraba de decirse que habían utilizado protección y además ella tomaba la píldora, así que no podía estar embarazada.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó entonces Claudia—. Estás tomando la píldora, ¿no?

—Sí, pero ya he pensado en eso. Normalmente tomo las pastillas a la misma hora cada día porque el médico me dijo que así eran más efectivas. Pero con los vuelos tan largos y el cambio de hora supongo que me salté un día entero.

—Pero utilizasteis protección.

Savannah se mordió el labio inferior y miró a su hermana.

—Hablamos de usarla. Recuerdo que él lo mencionó. Pero no lo sé —se frotó las sienes como si estuviera tratando de recordar—. Cuando nos trasladamos al dormitorio no recuerdo nada excepto que tuvimos un sexo increíble.

—Ahora estás alardeando —Claudia sonrió.

—De verdad, un sexo increíble. Tres veces.

—¡Savannah! —exclamó Claudia felizmente escandalizada—. Eres una seductora. Estoy muy orgullosa de ti.

—Ésa no era la reacción que esperaba.

—Cielo, eres un poco mojigata, probablemente porque tuviste que ejercer el papel de madre con Daniel y conmigo. Y los dos sabemos que le tienes terror al coqueteo. Estoy encantada de que hayas encontrado a alguien que vea más allá de todo eso. Mereces divertirte.

—Parece que no puedo ni siquiera divertirme, porque conlleva un precio muy alto —Savannah se secó una lágrima del ojo.

—Bueno, yo veo esto como una bendición —Claudia pasó una mano tranquilizadora por la espalda de Savannah—. No habrá una madre tan buena como tú.

—Eres un cielo —sonrió a su hermana haciendo un esfuerzo—. Pero tengo que superar la fase del pánico antes de poder ver las bendiciones. Acabo de matricularme en la Universidad Nacional. Finalmente tomo la decisión de volver a estudiar, y de pronto me veo otra vez cuidando de la familia. Oh, Dios —Savannah se retorció las manos—. ¿Cómo voy a decírselo a Rick? Se va a asustar.

—Vamos, es un tipo recto. Estoy segura de que manejará el asunto con integridad.

—Pff —gimió Savannah—. En eso tienes razón. Es muy responsable. Veo venir una proposición de matrimonio, y yo no quiero eso.

—Un momento. Creí que te daba miedo enfrentarte tú sola a la maternidad. Acabas de decir que quieres continuar con tus estudios. El hombre tiene dinero, es guapo y noble, ¿y no quieres casarte con él? —Claudia agitó la prueba de embarazo—. Está claro que entre vosotros hay química, entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que merezco ser amada, y no me con formaré con menos.

—No, y no deberías. Pero ¿quieres criar a este niño tú sola? —al ver cómo sonaba, Claudia se apresuró a añadir—. Por supuesto, yo estaré ahí para ayudarte.

—El problema es que el sentido de la responsabilidad de Rick puede llevarle a pedirme en matrimonio, pero no le veo ayudándome. El trabajo es su mayor prioridad. Jesse dice que ha cambiado, pero yo no lo he visto. A su lado nuestro padre parece un hombre hogareño.

—¿No crees que estás siendo un poco dura?

—No.

—Tienes miedo.
—En eso sí te doy la razón.
Claudia apoyó la cabeza en el hombro de Savannah.
—¿Qué vas a hacer?
Buena pregunta. Por mucho que lo deseara, no podía ocultar la cabeza bajo las sábanas, no podía escapar de esto. Tal vez no hubiera elegido tener un hijo, pero en su interior crecía una vida.
Savannah se dio una palmadita en el vientre.
—Voy a tener el bebé. Pero primero voy a dejar el trabajo.

Savannah tenía náuseas. Llevaba así toda la mañana. Ni las galletas ni el agua tónica le sirvieron. Ni tampoco los trocitos de sándwich que había conseguido comer al mediodía.

Aquel día tenía intención de entregarle a Rick su carta de renuncia. Y la había impreso; ahora le faltaba encontrarla. Llevaba toda la mañana despistada, angustiada por la inminente confrontación.

En el último mes había ido a ver a un médico, que le había confirmado el embarazo. Y había buscado y aceptado un nuevo trabajo como asistente de departamento para un colegio privado.

Echaría de menos Joyas Sullivan, pero prefería salir del marco de autoridad de Rick antes de contarle lo del bebé. Podía mostrarse cruel, y ella quería estar en una posición de fuerza, demostrarle que era capaz de ocuparse ella sola del niño. Tal vez no al nivel que el dinero de Rick le permitiría, pero tampoco pretendía apartarle por completo de su vida. Podía estar tan implicado como quisiera.

Desde lejos.

Pero no iban a hablar de ese asunto aquel día. Había decidido esperar a estar lejos de allí para contarle lo del bebé. Sí, era una decisión egoísta, pero ella era la que estaba embarazada. En estas circunstancias, necesitaba ponerse ella en primer lugar.

El llanto de un bebé le proporcionó una extraña sensación de *déjà vu*. El sonido volvió a escucharse cuando llegó a la puerta abierta de Rick. Él estaba de pie al lado de su escritorio, en mangas de camisa y con las manos en las caderas, observando con frustración al bebé que daba patadas en el carrito.

Alzó la vista cuando Savannah apareció en el umbral.

—Bien, ya has vuelto.

—¿Está Jesse con Rett otra vez? —le preguntó.

—Sí. Y gracias a ti, parece que piensa que me gustan estas oportunidades de pasar tiempo con Troy.

—Y deberían gustarte —Savannah se aventuró a entrar. Considerando su actual situación, las circunstancias le parecían fascinantes—. Es tu sobrino, un nuevo miembro de tu familia. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Veinte minutos. Acaba de despertarse. Y en cuanto a lo del nuevo miembro de la familia, ahora que la mayoría de mis hermanos están casados, las nuevas incorporaciones se suceden con bastante regularidad.

Savannah frunció el ceño ante aquel comentario tan despectivo.

—Cada niño es especial.

—Ya, pero todos se parecen mucho a esta edad. Yo no suelo relacionarme con ellos hasta que empiezan a hablar.

—Estás equivocado. Son personas desde el momento en el que nacen —Savannah rodeó el escritorio y sonrió a Troy, que continuaba dando patadas en su carrito—. Es increíble ver cómo se desarrolla su personalidad delante de nuestros ojos.

—Oh —Rick ladeó la cabeza como si estuviera de acuerdo con la información, pero luego dio un paso atrás y le hizo un gesto a ella para que se adelantara—. Lo único que Troy parece estar desarrollando es la forma física.

—Oh, no —Savannah agarró a Rick del brazo y lo puso delante del bebé. Era el primer contacto voluntario que tenía con él desde que regresaron a Estados Unidos dos meses y medio atrás. La flexión de sus músculos bajo los dedos ponía en evidencia la tensión del momento. Savannah ignoró la reacción de Rick y la suya.

—Éste es el momento perfecto para que os conozcáis mejor. Quiere brazos.

—¿Brazos? —Rick torció el gesto y apartó la mirada con incertidumbre.

—Quiere salir del carrito.

Rick volvió a mirar al bebé.

—Está atado.

—No está atado —Savannah puso los ojos en blanco, divertida —. Solo son unos cuantos cierres. Estoy segura de que podrás

quitárselos.

Picado, Rick soltó los cierres. Troy se retorció y pateó con más fuerza, emocionado al verse liberado. Pero Rick se quedó paralizado.

—No se va a romper —le tranquilizó ella—. Tú sujétale con confianza.

—No tengo tiempo para esto. Tengo una reunión con Anderson.

—Todavía falta una hora.

Aun así, Rick vaciló.

—Cobarde.

Sus ojos azules brillaron como señal de advertencia. A Savannah no le importó. ¿Qué podría hacer, despedirla? No era ninguna amenaza con su carta de renuncia esperando en algún lugar de su escritorio.

El estómago le dio un vuelco al pensar en la conversación que se avecinaba.

El aguijoneo funcionó. Rick se inclinó y levantó cuidadosamente a Troy del carrito. Claramente incómodo, lo mantuvo apartado de su cuerpo. Emocionado ante su nueva postura, Troy dio patadas y le puso a Rick la mano en la nariz.

—¿Lo ves? Le caes bien.

—Sí —apartándole la mano, Rick colocó una de la suyas bajo el trasero del bebé y lo balanceó arriba y abajo.

Troy se rio encantado y Rick la miró con gesto triunfal y una gran sonrisa.

—Muy bien. Os dejaré a los dos para que os conozcáis mejor —verle con el bebé, observar cómo disfrutaba con él, provocó en ella una retirada emocional.

—No —le ordenó Rick con tono asustado.

Troy frunció el ceño ante la firmeza de su voz.

—No te vayas —Rick sonrió y balanceó al bebé, recuperando al instante el control de sí mismo—. Todavía no estamos preparados para emprender el vuelo en solitario.

Savannah deseaba con mayor fuerza todavía que antes regresar a la seguridad de su escritorio, su vulnerabilidad la conmovía de un modo que debilitaba su decisión. Rick estaba más cercano de lo que había estado desde hacía meses.

No quería ver al hombre divertido y cálido que había conocido

en Europa. Era más sencillo alejarse del taciturno mandón al que estaba acostumbrada antes del viaje.

Aunque le costó trabajo, se quedó mientras Troy y él se acostumbraban el uno al otro. Conocía lo básico porque había visto cómo los demás atendían a los bebés de la familia, y tenía instinto. En realidad no la necesitaba, y eso le dolía.

Y cuando Jesse llamó para decir que estaría allí en un minuto para recoger a Troy, Savannah aprovechó para escapar.

Molesta por los irracionales sentimientos que crecían en su interior, Savannah comenzó una extensa búsqueda de la perdida carta de renuncia. Cuanto antes se alejara de Rick, mejor.

Jesse llegó y se fue despidiéndose alegremente con la mano. Savannah sonrió con aire ausente mientras rebuscaba entre los papeles apilados en su mesa. La carta tenía que estar en alguna parte.

Unos minutos más tarde, un papel que le resultaba conocido aterrizó delante de ella.

—¿Quieres explicarme esto? —inquirió una voz masculina.

Savannah dio un respingo y empujó con el hombro una carpeta de papeles que salieron volando en todas direcciones.

Rick se agachó para recogerlos y luego se los tendió. Cuando Savannah iba a tomarlos, él los sostuvo con firmeza hasta que alzó los ojos hacia los suyos.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Está claro que has leído la carta. Queda muy claro —el estómago le dio un vuelco al darse cuenta de que ya no podía retrasar lo inevitable.

—No te hagas la tonta, Savannah. No te pega nada.

Cierto. No le pegaba nada. Así que se lanzaría a la ofensiva.

—Tenías que habértelo imaginado.

—Te marchas por «motivos personales» —sus ojos azules echaron chispas—. Qué oportuno.

—No, lo cierto es que no es oportuno en absoluto —negó Savannah con más vehemencia de la que pretendía—. No ha sido fácil tomar la decisión de marcharme. Me gustaba trabajar en Sullivan. Y trabajar en el acuerdo internacional. He aprendido mucho de ti. Así que no, nada de todo eso ha sido oportuno para mí.

—¿Tus motivos personales son que te sientes incómoda al pasar tiempo conmigo? —preguntó Rick en tono falsamente frívolo.

Pero ella no se dejó engañar. Cuanto más razonable parecía, más molesto estaba. Y era muy propio de él ir al fondo del problema.

—Sí.

—Creí que estabas manejando la situación con normalidad.

—Apenas hablas conmigo —Savannah se frotó las sienes—. Nos comunicamos por correo electrónico y alguna que otra nota escrita —protestó.

—Funciona.

—No funciona en absoluto. Lo que está pasando es que estás trabajando más de lo normal y estás malhumorado.

—No estoy malhumorado.

Ella alzó las cejas y cruzó las manos sobre la mesa.

—Créeme, sí lo estás.

Savannah había temido aquella conversación porque quería evitar el tema de su noche de pasión para impedir que Rick sospechara la noticia que quería mantener oculta.

Lo que no había esperado era que discutiera con ella.

Se reclinó en la silla y se cruzó de brazos.

—¿Por qué pones tantos impedimentos?

—No quiero tener que entrenar a otra asistente. Y menos si no hay ninguna razón válida para que te vayas.

Frustrada y con ganas de vomitar, Savannah dijo apretando los dientes:

—No me estás escuchando.

—No has dicho nada que valga la pena escuchar.

—Muy bien —Savannah se rindió finalmente, consciente de que no habría tregua hasta que Rick obtuviera respuestas.

Se puso de pie y pasó por delante de él hasta entrar en su despacho. Una vez allí, se giró hacia él cuando hubo cerrado la puerta.

—Ésta es la verdad. Puede que tú hayas conseguido borrar de tu memoria el tiempo que pasamos juntos, pero yo no he tenido tanto éxito. Así que creo que es mejor que siga adelante.

—¿Y ya está? —inquirió él—. ¿Avisas con dos semanas de antelación y te vas?

—Es lo mejor. Preparar a una nueva asistente es preferible a

continuar luchando contra una atracción sobre la que no vamos a actuar —Savannah suspiró—. Sabes que tengo razón.

Rick frunció el ceño. Resultaba obvia su lucha interna.

—¿Quieres una disculpa?

Confundida, ella inclinó la cabeza.

—¿Por qué?

—Londres…

—No —Savannah le atajó bruscamente y tragó saliva para contener las náuseas—. No quiero una disculpa.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Nada. Oh, no… —de pronto los nervios y las ganas de vomitar se apoderaron por completo de ella.

Se llevó la mano a la boca y corrió hacia el baño del despacho de Rick, donde vació los escasos contenidos de su estómago.

Avergonzada hasta el extremo por haber vomitado, alcanzó nuevos niveles de mortificación cuando los mocasines negros de Rick aparecieron por debajo de la puerta del cuarto de baño.

—Vete —le imploró.

—Sh —Rick le pasó la mano por la espalda y luego le apartó el pelo de la cara cuando volvió a inclinarse.

Cuando por fin se incorporó y él le tendió un vaso de agua, Savannah lo aceptó gustosa.

—Estoy bien. Gracias —se apoyó en la encimera evitando mirarse al espejo—. ¿Me puedes dejar sola unos instantes?

—Claro —Rick le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Tómate tu tiempo.

—Oh, Dios —gimió Savannah cuando la puerta se cerró tras él.

Su última caricia había estado a punto de acabar con su determinación. Y le había recordado lo tierno y cariñoso que había sido con ella en Inglaterra.

Temía haber entregado una parte de su corazón que nunca conseguiría recuperar.

En el armarito encontró pasta de dientes y un cepillo nuevo y los utilizó. Ni siquiera trató de conservar el maquillaje. Un paño húmedo le sentó bien a su piel, pero la falta de cosmética hizo que se sintiera doblemente expuesta cuando volvió al despacho de Rick.

No estaba en su escritorio. Suspiró aliviada ante la momentánea tregua.

—Estás embarazada, ¿verdad?

—¡Ah! —saltó, gritó y se retorció, todo al mismo tiempo.

Rick estaba apoyado contra la pared situada a la izquierda del cuarto de baño con los brazos cruzados. Había pasado por delante de él sin verle. ¿Estaba haciendo guardia por si le necesitaba, o para que no pudiera escapar?

—Dios, me has asustado —Savannah se llevó la mano a su acelerado corazón. Ignoró la pregunta por el momento. Maldito fuera por ser tan astuto.

No había planeado contárselo, pero tampoco podía mentirle.

—No es la primera vez que has estado vomitando durante las últimas semanas. Estás pálida como la porcelana, has perdido peso y siempre estás cansada. Todo ello son síntomas de embarazo. Y ahora quieres dejar la empresa —Rick dejó caer los brazos y se apartó de la pared—. Habla conmigo, Savannah.

Ella se encogió de hombros con impotencia.

—No sé qué decir ni cómo explicar…

—No necesito explicaciones —la atajó él—. Sé cómo se hacen los bebés y nosotros nos arriesgamos. Lo que necesito es una confirmación. ¿Estás embarazada?

Ella asintió lentamente.

—Entonces nos casaremos.

Savannah tragó saliva. Esperaba la proposición, pero de todas formas la conmovió, al igual que el hecho de que aceptara su participación en lo ocurrido. Muchos hombres intentarían mirar hacia otro lado.

Sintió deseos de llorar, y un calor más intenso se le subió al pecho.

Oh, no. Oh, Dios. Le amaba. En aquel instante se dio cuenta de que había estado engañándose a sí misma. Pensó que el conocimiento podría protegerla, que hacer el amor con él con los ojos bien abiertos y sin expectativas evitaría que perdiera el corazón por él.

Se había equivocado.

El corazón no podía controlarse. No recibía órdenes.

Se acercó a él, le echó los brazos al cuello y lo abrazó con fuerza. Rick también la abrazó, y cuando apoyó la cabeza sobre su pecho escuchó el acelerado latido de su corazón.

La instantánea química estuvo a punto de hacerle cambiar de opinión. Qué sencillo sería aceptar su proposición; tendría un sexo estupendo y seguridad económica, y formaría parte de una familia muy numerosa. Todos factores importantes, pero no suficientes.

No renunciaría al sueño del amor.

—Gracias —dio un paso atrás y se secó una lágrima furtiva—. Pero no es necesario.

—Sí lo es —afirmó Rick sin inmutarse—. Es mi hijo y es mi responsabilidad.

No podría haber dicho nada más adecuado para confirmarle que había tomado la decisión adecuada.

—No —respondió ella con igual firmeza—. Has dejado claro que no tienes intención de casarte ni de tener hijos. Lo respeto y estoy preparada para criar a este niño sola.

—Mi decisión de no casarme y de no tener hijos fue una elección. Ahora no tengo opción. Cumpliré con mi deber —Rick se acercó a su escritorio y empezó a revisar el calendario—. Deberíamos casarnos lo antes posible. Si escogemos una ceremonia civil, podríamos tenerlo hecho para finales de semana —la expresión de Savannah debió de hacerle saber que iba mal encaminado, porque cerró el calendario—. ¿O quieres una boda por la iglesia con todo el oropel?

—Sí —Savannah se cruzó de brazos—. Cuando me case, eso será lo que quiero. Pero no vamos a casarnos, y las prisas no van a hacerme cambiar de opinión.

—Quiero hacer lo correcto contigo y con el niño.

—Si quieres formar parte de la vida de tu hijo, no te lo impediré, pero no serás mi marido.

—Esto es por tu padre, ¿verdad?

—Esto es por mí. Merezco un compañero que me ame, alguien que quiera estar conmigo por mí misma y no solo porque sea conveniente o porque el deber lo exija.

—Eso está muy bien, pero tienes un hijo en el que pensar.

—Lo mejor que puedo hacer por mi hijo es rodearle de un ambiente de amor. El deber no puede hacer eso. Y no puedo volver a ponerme en una situación así. Mi autoestima no lo soportaría.

Rick se acercó un poco más y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No tiene por qué ser así. Tú me importas. No será como con tu padre. Ya he empezado a delegar en mis directores. No tenía planeado tener un hijo, pero viene uno en camino. Haré todo lo que sea necesario para ser un buen padre.

—Estoy segura de que lo intentarás. Y te lo agradezco —Savannah dio un paso atrás para poner algo de distancia entre ellos —. Pero no puedo arriesgarme. El niño y yo estaremos mejor si solo vienes de visita. Así no esperaremos demasiado de ti.

—¿No crees que deberías darte un poco de tiempo para pensar en mi proposición y asegurarte de que estás haciendo lo correcto?

Estaba claro que no lo entendía.

—¿Puedes decir que me amas?

El silencio fue la contestación a su pregunta.

—Entonces estoy tomando la decisión correcta. Pero tú lo has intentado, así que ya has cumplido con tu deber. Considérate liberado —Savannah se dio la vuelta y salió por la puerta.

—Savannah —la detuvo antes de que llegara a la entrada—. Ibas a contármelo, ¿verdad?

Ella se mordió el labio inferior mientras se giraba para mirarle.

—En algún momento —admitió, y luego salió por la puerta.

Capítulo 9

Poco antes de las cinco, la puerta del despacho de Rick se abrió para dar paso a su hermano Rett. Rick le saludó con la mano mientras escuchaba cómo el vendedor que estaba al otro lado del teléfono se excusaba por un error en la contabilidad.

Rett se dejó caer en la silla frente al escritorio y cruzó las piernas. Llevaba puesto un traje que chaqueta azul marino. El oro de su medalla de San Cristóbal brillaba bajo el cuello abierto de la camisa.

Rick colgó tras haber conseguido que el vendedor prometiera hacerle un reembolso. Se reclinó y se miró en los ojos azules de su hermano, idénticos a los suyos.

—Hola.

Rett sonrió.

—Felicidades, papi.

Incapaz de permanecer sentado, Rick se levantó para sacar una botella de agua de la mininevera.

—Gracias.

—¿Qué te pasa? —Rett rechazó con un gesto de la mano el ofrecimiento de tomar algo—. Vas a ser padre. Deberías estar emocionado.

—Sí, pero no tanto —Rick torció el gesto, todavía molesto por la negativa de Savannah a casarse con él.

Le había dicho que le liberaba, pero él no era así.

Rett alzó las cejas en gesto de asombro.

—¿Ya hay problemas en el paraíso? Después de tu llamada pensé que íbamos a celebrarlo.

—No hay paraíso. Me declaré. Me rechazó —Rick explicó la situación con frases sucintas.

Rett observó en silencio a Rick y luego sacudió la cabeza.

—Tienes que conquistarla. Será sencillo, porque os pasáis el día juntos.

—Ya no. Se ha ido. Ha aceptado un trabajo como ayudante de departamento en una universidad. Y no sé cuándo tendré tiempo para cortejarla. Ha decidido que quiere dar clases, así que ha vuelto a la universidad.

—Estás de broma.

—¿Tengo aspecto de estar bromeando?

Rett alzó una de sus oscuras cejas.

—Tienes aspecto de estreñido.

Asombrado por el comentario, Rick soltó una carcajada con ganas. Necesitaba una dosis de realidad y Rett no había vacilado en dársela. Gracias a Dios que tenía a su hermano.

—Cuando tienes razón, la tienes. Rett, no puedo dejar que se vaya.

—Dejaste que Diana se fuera y la amabas —le señaló su gemelo.

El recuerdo de aquel tiempo siempre conseguía entristecer a Rick. Pero la pena de aquella pérdida palidecía en comparación con el hecho de que Savannah le negara un lugar permanente en la vida de su hijo.

—Eso fue hace quince años. Yo era joven e idealista. Esto es diferente. Savannah está esperando un hijo mío. Voy a tener que hacer que cambie de opinión.

—Buena suerte con eso —los ojos de Rett brillaron divertidos—. Espero que sea pronto. No me gustaría estar en tu lugar cuando la abuela se entere de que vas a ser padre y que no hay anillo de compromiso.

—Voy a ir a verla mañana. Tal vez no esté tan mal. Siempre me está diciendo que encuentre a una buena mujer y forme una familia.

—Sí. Pero no creo que esto fuera lo que tenía en mente —Rett se rio.

Rick se detuvo en la enorme entrada de la mansión victoriana de su abuela en Paradise Pines. Aquella casa seguía siendo para él su hogar gracias a la mujer que había renunciado a tantas cosas para criarle a él y a sus hermanos. La abuela se merecía escuchar la noticia de su boca. Iba a ser padre. La idea todavía le sacudía hasta los cimientos.

Lo curioso era que no le asustaba tanto como había esperado, teniendo en cuenta que había renunciado a tener una familia propia. Debería estar molesto. Y sin embargo le costaba trabajo contener la emoción.

Pero eso no facilitaba el tener que darle la noticia a la abuela,

porque era ella quien le había enviado a Savannah. Podría ser que no le sentara bien. Ni tampoco que Savannah hubiera rechazado su proposición de matrimonio, porque sus hermanos y él habían sido educados para asumir la responsabilidad de sus actos.

Como era de esperar, se tomó la primera parte de la noticia muy bien.

—¿Vas a ser padre? —la felicidad iluminó sus maduras facciones mientras se levantaba del sofá para abrazarle.

Rick le devolvió el abrazo y luego ella le indicó que se sentara a su lado en el sofá.

—Cuéntamelo todo. Casi había perdido la esperanza de que encontraras una buena joven que te hiciera cambiar de opinión respecto al solitario futuro que habías planeado.

Ahora le tocaba el turno a la parte dura.

—Lo cierto es que la conoces. La madre es Savannah Jones.

—Tenía un presentimiento respecto a ella —la abuela unió las manos—. Es una niña muy dulce pero también tiene carácter.

Sí, ésa era Savannah.

—No es una niña, en caso contrario no nos encontraríamos en esta situación.

—¿Qué situación? —una expresión severa reemplazó la emoción de su rostro—. Vas a casarte con ella, ¿verdad?

Rick torció el gesto. La negativa de Savannah a casarse con él todavía le escocía.

—Puse a esa joven bajo tu cuidado —afirmó la abuela con regia dignidad—. No puedo creer que te hayas aprovechado de ella, la hayas dejado embarazada y no te cases. Explícate.

—Por supuesto que le pedí que se casara conmigo. Pero me rechazó.

—Mm —la abuela le miró con recelo—. ¿Estás seguro de que se lo pediste, o más bien fue una orden?

Rick sintió que se le sonrojaban las mejillas por la culpabilidad.

—¿Cuál es la diferencia? Estoy dispuesto a casarme con ella, ¿no basta con eso?

—Vaya, con tanto entusiasmo no entiendo cómo la joven ha podido rechazarte.

—Hay un hijo en el que pensar. No podemos centrarnos solo en nosotros.

Ella inclinó su canosa cabeza.

—¿Qué razón te dio para decirte que no?

—Dijo que quiere casarse por amor, y que no quiere un marido adicto al trabajo como su padre.

—Ah —ella asintió mientras la compasión se reflejaba en sus ojos azules—. No conozco toda la historia, pero Savannah crió prácticamente ella sola a sus hermanos pequeños. Y ella no era más que una niña.

—Su padre se distanció emocionalmente de ellos cuando a su madre le diagnosticaron un cáncer. Se refugió en el trabajo y nunca volvió a salir de allí.

La abuela chasqueó la lengua.

—Debió de ser muy duro para ella.

—Así es. Debería casarse conmigo para que yo le hiciera las cosas más fáciles esta vez.

—No sé —la abuela se recostó en la esquina del sofá y le miró con seriedad—. Tal vez tenga razón.

Ultrajado, Rick se puso de pie.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo no soy como su padre.

—Savannah es tu asistente, Rick —le recordó su abuela—. Conoce tus hábitos de trabajo. Y eso estaba bien cuando no tenías intención de casarte, algo que siempre has dicho que no harías. Pero esos hábitos son difíciles de romper.

—Ocuparme de la empresa es mi manera de cuidar de mi familia.

—Una mujer necesita algo más que una chequera de su compañero —señaló ella.

—Por supuesto, eso ya lo sé —Rick caminó por la alfombra de flores sobre la que había gateado de niño—. Puedo recortar las horas de trabajo.

—Hará falta algo más que un cambio de horario —su abuela colocó las manos sobre el regazo—. Hace falta un cambio de mentalidad. He intentado hablarte de tu padre otras veces pero no estabas dispuesto a escucharme.

No, no quería oírlo. ¿Qué sentido tenía escuchar los detalles de su fracaso?

—Estuvo a punto de llevar a la empresa a la ruina —afirmó con severidad—. Es lo único que necesito saber.

—La vida no es tan sencilla. Tendrías que saberlo a estas alturas. Crees que tu padre era débil porque decidió pasar más tiempo con su familia en lugar de centrarse en el negocio.

—Su deber era mantenernos. Papá era tu hijo, entiendo que no quieras oír nada malo de él, pero ¿qué habríamos hecho si la empresa hubiera quebrado?

—No habría llegado hasta ese punto —la abuela le dio un palmadita al sofá—. Ven a sentarte a mi lado. Deja que te cuente cómo fue.

—Abuela…

—¡Siéntate!

Rick obedeció y se colocó las manos entre las rodillas. Escucharía, pero eso no iba a cambiar nada.

—¿Sabías que tu madre dejó a tu padre en una ocasión? —le preguntó.

—¿Qué? —asombrado, Rick giró la cabeza y clavó la mirada en su abuela—. No puede ser.

—Oh, sí lo hizo —la abuela asintió con énfasis—. Tu padre no llevaba la empresa en el corazón. Prefería la arqueología. De hecho conoció a tu madre en una excavación. Se asentaron cuando llegasteis vosotros, los niños, aunque se escapaban una vez al año a alguna excavación. Pero pasaron una mala racha cuando Rett y tú nacisteis. Tu abuelo murió aquel año y tu padre tuvo que hacerse cargo de la empresa. Vosotros dos dabais mucho trabajo, pero tu padre tuvo que dedicarle muchas horas al negocio.

Rick sacudió la cabeza. Nunca había oído nada de todo aquello. La abuela le puso una mano en el muslo.

—Tú solo escucha. Cuando tu madre se quedó embarazada de Ford le dijo a tu padre que necesitaba que ayudara más en casa o ella se marcharía. Él le prometió que lo haría, y creo que tenía buenas intenciones.

La abuela de Rick agarró un pañuelo de papel de la mesita. Le temblaba la mano, y se dio cuenta de lo duro que era todo aquello para ella.

—Abuela —dijo con tono dolido.

—Estoy bien, y tienes que escuchar esto —dejó escapar un suspiro—. Tu padre no cambió lo suficiente, así que tu madre se fue con vosotros a casa de sus padres. A tu padre le mató estar sin su

familia. A la larga consiguió convencerla de que había cambiado. Y así era. Transcurrido un tiempo, la tienda empezó a resentirse, y entonces tu padre contrató a un gerente. Pero para entonces estábamos en medio de una recesión, y poco después tus padres murieron. Yo tomé la decisión de despedir al gerente y ocuparme yo misma de la tienda, lo que seguramente no fue justo para vosotros.

—Ya basta —exigió Rick, que no quería oírla hablar mal de sí misma sabiendo lo duro que había trabajado para compaginar la casa con el negocio—. Hiciste todo lo que pudiste.

Los ojos azules de su abuela se llenaron de lágrimas mientras asentía.

—Eso es lo que intento decirte. Solo podemos hacer lo que podemos. A veces sirve, a veces hay que ajustarse e intentarlo de nuevo. Tu padre cambió porque tenía mucho que perder. Prometer un cambio y luego no hacer todo el esfuerzo posible por lograrlo daña a todo el mundo. Así que ten cuidado con lo que prometes.

Capítulo 10

Dos meses más tarde, Rick estaba sentado en la consulta del médico con Savannah viendo la pantalla mientras el doctor movía una bola sobre el vientre cubierto de gel de Savannah.

—Miren, ésta es la cabeza del bebé, y éstos son los pies. Y aquí —el doctor, un hombre de cabello blanco y gafas de pasta, señaló un pitidito en la pantalla— pueden ver el latido de su corazón.

Rick miró hacia el punto que le indicaba y entonces lo vio, era el pulso del corazón de su hijo. Y sí, allí estaba la cabeza, los brazos, las piernas y los piececitos.

—Rick, ¿lo ves? —Savannah buscó su mano.

—Sí —se sentía embargado por la emoción. No podía apartar la mirada de aquel breve latido, y entrelazó sus dedos con los suyos—. Nuestro hijo. Es precioso.

En un instante su mundo cambió como nunca había imaginado. Su sentido del deber y la responsabilidad se multiplicó por cien, pero además se le añadió una emoción tan profunda que le inundó el alma.

Era un amor que no se parecía a nada que hubiera conocido.

Savannah se quedó mirando la pantalla y ladeó la cabeza hacia todos lados para intentar descifrar lo que estaba viendo.

—Doctor Wilcox, ¿vamos a tener un niño o una niña?

Rick contuvo la respiración. No le importaba el sexo del bebé, solo quería que fuera un bebé saludable, y sabía que Savannah pensaba lo mismo.

—Van a tener un niño.

Un hijo. Por primera vez sintió un atisbo de lo que su padre debió de haber experimentado. ¿Sería posible sentir tanto amor seis veces? Le costaba trabajo imaginarlo.

—¡Ay, Rick! —exclamó Savannah.

Él parpadeó y luego miró hacia sus manos entrelazadas. Le estaba estrujando los dedos con demasiado fuerza entre los suyos.

—Oh, lo siento —soltó al instante la mano.

Savannah sonrió.

—Muy intenso, ¿verdad, papá?

—Es lo más grande que he hecho en mi vida.

—Yo también —la mirada de sus ojos verdes se suavizó y cuando se giró hacia la pantalla con los ojos bañados en lágrimas, Rick entendió perfectamente cómo se sentía.

Se inclinó para besarla justo detrás de la oreja izquierda. Ella sonrió y volvió a entrelazar los dedos con los suyos.

—Cásate conmigo —le susurró—. Seamos una familia.

Ella se quedó completamente paralizada. Cuando volvió a moverse le miró de forma extraña por el rabillo del ojo. Un instante más tarde estaba mirando otra vez hacia la pantalla mordiéndose el labio inferior.

Pero negó en silencio con la cabeza.

Tras salir del médico, Savannah tamborileó con los dedos el volante con sus uñas pintadas de rosa mientras esperaba a que Claudia contestara el teléfono. La mente de Savannah le daba vueltas a la consulta con el doctor de la que acababa de salir. Y a la segunda propuesta matrimonial de Rick que había rechazado.

No se hacía más fácil con la práctica.

—Hola —Claudia contestó finalmente.

—Es un niño —anunció Savannah sonriendo a través del equipo de manos libres conectado al salpicadero.

—¿Un sobrino? ¡Vaya! —exclamó Claudia—. Lo sabía. Le dije a Daniel que iba a ser chico. ¿Se lo has contado a Rick?

—No tuve que hacerlo. Estuvo ahí. Y sí, está emocionado.

No es que lo hubiera demostrado mucho, pero ella sabía que estaba encantado.

—¿Ha vuelto a acompañarte a la consulta?

—Quería llevarme, pero tengo una reunión ahora en la universidad, así que insistí en ir en mi coche.

El hecho de que Rick hubiera ido a todas las citas con el médico seguía sorprendiéndola. Le veía casi tanto ahora como cuando trabajaba para él. Y más que durante la última etapa, cuando la había estado evitando.

En los días que no tenía clase en la universidad, se pasaba por su casa y llevaba cena o la sacaba a cenar con él. Algunas veces no le apetecía salir, y entonces ella cocinaba.

Savannah estaba segura de que Rick prefería esto último aunque

no lo manifestara. Y se dio cuenta de que, por mucho que hubiera hablado de estar soltero, era un hombre tan familiar como cualquiera de sus hermanos.

Sin duda habría tenido más intimidad y más distancia si hubiera seguido trabajando para él.

—Quería llamarte para darte la noticia. Ahora tengo que llamar a Daniel y decirle que teníais razón. Te veré el sábado.

El semáforo se puso verde y Savannah avanzó. El chirrido de unos frenos no le sirvió de advertencia. Alzó la vista y vio un todoterreno dirigiéndose a toda velocidad hacia ella. En un acto reflejo, pisó el freno.

Gritó.

Claudia gritó también su nombre.

Y luego todo se oscureció.

Savannah estaba tumbada en la cama del hospital acariciando el bulto que era su bebé y luchando por contener las lágrimas. Estaba sangrando y los médicos estaban preocupados.

Ella estaba aterrorizada. Y sola.

Recordaba haber estado hablando con Claudia. Todo lo ocurrido después de la llamada se nublaba en un caleidoscopio de acontecimientos aterradores y dolorosos. El todoterreno se había saltado un semáforo en rojo y se había dado contra el lateral de su turismo. La policía le había dicho que, si no hubiera pisado el freno, se habría estrellado directamente contra la puerta del conductor.

Ahora mismo podría estar muerta.

Savannah contuvo un sollozo y se acarició el vientre. Puede que su bebé ya lo estuviera.

—Señor, no puede entrar ahí. Tiene que pasar por la ventanilla de admisión. ¡Señor!

Una mano larga y bronceada apartó a un lado la cortina y de pronto apareció Rick. Al instante la estrechó entre sus brazos. Ella le abrazó a su vez y dejó que las lágrimas fluyeran.

—Estoy aquí, Savannah —le canturreó al oído—. Todo va a salir bien.

Oh, mentía, pero era exactamente lo que ella quería escuchar.

—El niño —sollozó Savannah.

—Nuestro hijo es fuerte —aseguró él—. Sobrevivirá a esto. ¿Cómo estás tú? ¿Estás herida? No me han querido decir nada.

—Estoy conmocionada y un poco magullada. El airbag me salvó la vida. Pero fue como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago, y el bebé… —ocultó el rostro en su pecho—. Estoy sangrando. Lo siento muchísimo.

—No es culpa tuya. Nada de eso es culpa tuya —lo repitió una y otra vez hasta que ella se lo creyó.

Se quedó a su lado y finalmente consiguió calmarse lo suficiente para contarle lo que sabía. Llegó una enfermera para avisarles que el médico había pedido una ecografía y que en unos minutos vendrían a por ella.

Durante las siguientes horas se agarró de la mano de Rick. Él estuvo a su lado, su presencia le daba fuerzas, su contacto esperanza, sobre todo cuando los médicos dijeron que tenían que mantenerla en observación durante toda la noche para volver a evaluar la situación por la mañana.

* * *

—El desprendimiento de placenta es la separación de la placenta del útero —afirmó el doctor Wilcox la tarde siguiente—. Creo que ha sufrido un desprendimiento parcial por el trauma del abdomen.

—Eso suena grave —con el corazón latiéndole frenéticamente, Savannah apretó la mano de Rick.

—Lo es —confirmó la médico—. La placenta es parte del sistema vital de su bebé. Cuando se separa del útero, puede interrumpir el flujo de oxígeno y de nutrientes hacia el niño.

Rick le sujetó la mano con las dos suyas y apretó con fuerza.

—¿Está diciendo que va a perder el bebé? —preguntó.

—No lo ha perdido todavía, y eso es una buena señal. Además, el latido del corazón es fuerte, y eso es un excelente indicador de sus posibilidades. Pero tiene que tener cuidado. Voy a prescribirle reposo absoluto durante el próximo mes y luego ya veremos. Quiero monitorizar al bebé al menos una vez a la semana.

El doctor explicó las limitaciones del reposo en cama, y Savannah se preguntó cómo iba a arreglárselas, sobre todo cuando

mencionó que debería haber alguien con ella día y noche.

Unos minutos más tarde llegó Rett y el médico se marchó. Savannah trató de mantener la compostura mientras la familia entró y salió a lo largo de la noche.

Incluso su padre fue a verla, lo que conmovió a Savannah, pero estaba tan emocionalmente sobrepasada que no supo cómo actuar. Rick se dio cuenta del peaje que estaba teniendo que pagar y echó a todo el mundo de allí.

Y luego la abrazó mientras ella lloraba hasta quedarse dormida.

—¿Ya estás dispuesta a casarte conmigo? —le preguntó Rick desde el lado de la ventana.

Con la cabeza inclinada, Savannah frunció el ceño ante la sábana azul que le cubría hasta la cintura. Maldita sábana fea y rasposa.

—¡Te estás aprovechando de una mujer embarazada que no puede moverse! —exclamó.

—Haré todo lo que sea necesario —Rick se cruzó de brazos en un gesto silencioso que daba a entender su determinación—. Es la solución más práctica para esta situación.

Savannah le dirigió una mirada de irritación.

—Para la próxima podrías intentarlo con algo un poco más romántico.

—¿Serviría de algo? —preguntó él.

—No, pero sería más agradable para mí.

Rick se acercó de pronto a la cama y la sostuvo entre las fuertes columnas de sus brazos. Y entonces le puso la boca sobre la suya con urgencia, exigiendo. Y cuando alzó la cabeza, la determinación brillaba en sus increíbles ojos azules.

—Te lo advierto, no voy a dejar de preguntarte hasta que obtenga la respuesta que quiero.

Savannah se humedeció los labios. De acuerdo, lo que le faltaba de romanticismo lo compensaba con tenacidad.

—Se supone que no debes irritar a la dama enferma. El hecho de que me hayan ordenado reposo en cama no significa que tenga que hacer cosas interesantes mientras estoy aquí —Savannah volvió a adquirir una expresión taciturna y tiró de la fea sábana—. Más de

cuatro meses en cama. Me voy a volver loca.

Rick volvió a besarla, esta vez despacio y con dulzura.

—No te adelantes. Vive día a día. Además te conozco, encontrarás una manera de pasar el tiempo.

—Eso será difícil si estoy en la habitación de un hospital.

El médico había ordenado reposo absoluto durante el primer mes con la posibilidad de pasar a un reposo moderado hasta el final del trimestre, en función de cómo estuviera el bebé a finales del primer mes.

El problema estaba en que el reposo completo significaba no cocinar, no hacer las tareas de la casa, no moverse por el apartamento. Si no tenía a nadie que la ayudara en casa, querían trasladarla a una institución médica. La idea le provocaba ganas de llorar.

Pero no estaba dispuesta a casarse con Rick solo para no estar aburrida. Y así se lo hizo saber.

—Tengo una propuesta —dijo tomando asiento en la silla que solía ocupar al lado de la cama—. Ven a vivir comigo. Anoche hablé con la señora que limpia en mi casa. Está dispuesta a trabajar más horas, de ocho a cuatro. Eso significa que solo estarías sola un par de horas al día.

—¿De veras? —sonaba perfecto, pero seguramente la propuesta venía con un anillo pegado—. De todas maneras, no voy a casarme contigo.

Rick alzó una de sus oscuras cejas.

—Mi proposición sigue en pie. Pero no, no es necesaria una ceremonia matrimonial para que te quedes en mi casa.

Ella le miró con recelo.

—¿Dónde está la trampa?

—Tienes que dormir conmigo.

Oh, no, aquello no era una buena idea.

—El médico ha dicho que nada de sexo.

—Sí, yo estaba delante cuando lo dijo. Pero no se trata de eso. No haría nada que pudiera hacerle daño al bebé.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Savannah.

—Porque no podría pegar ojo por las noches preocupándome por ti.

—Oh, vamos —se burló ella.

—Hablo en serio. ¿Y si empiezas a tener dolores o te caes cuando vas al baño? Podría pasar cualquier cosa y tal vez no te escuchara aunque grites. Necesito que estés donde pueda verte, escucharte y sujetarte.

Rick estaba hablando muy en serio. Pero ¿podría hacer ella lo que le pedía, dormir a su lado todas las noches durante el siguiente mes y probablemente más tiempo?

¿Y cuál era la alternativa? ¿Una habitación esterilizada con olor a antiséptico y horribles sábanas azules? Un pequeño movimiento se produjo en el interior de Savannah. Contuvo el aliento y se quedó completamente quieta.

—¿Qué ocurre? —preocupado, Rick regresó al lado de la cama y le tomó la mano—. ¿Te duele algo? ¿Es el bebé?

El movimiento volvió otra vez y ella sonrió a través de las lágrimas. Apartó la sábana y puso la mano de Rick sobre su vientre.

—Es el bebé, pero todo está bien. Se está moviendo —apretó la mano de Rick justo donde estaba el movimiento—. ¿Lo notas?

Él sacudió la cabeza, y Savannah se dio cuenta de que estaba tan abrumado por la emoción que no podía hablar.

—Yo sí. Se está moviendo. Todo va a salir bien —aseguró.

Y lo creía. Por primera vez desde el accidente se sentía con fuerzas. El pequeño movimiento de su hijo era la medicina que necesitaba para volver a encarar el futuro.

Rick se dejó caer sobre la silla y apoyó la cabeza en su regazo. Savannah lamentó no poder verle la cara, pero la tenía girada. Deslizando los dedos por su cabello color chocolate, le dejó allí unos instantes. Luego tragó saliva y tomó una decisión.

—¿Prometes que no vas a acosarme con lo de que nos casemos?

—No te lo pediré más que una vez al día.

Savannah sacudió la cabeza. Qué hombre tan obstinado.

—De acuerdo. Iré a vivir contigo.

Savannah se mudó el sábado. Rick lo vivió como un triunfo. Lástima que ella no pareciera contenta.

La instaló con gran satisfacción en su cama y luego se puso en jarras y la observó. Ella miró a su alrededor con el ceño levemente fruncido.

Rick siguió su mirada, viendo su espacio a través de sus ojos. El dormitorio tenía un estilo tradicional. Una enorme cama con cabecero de piel dominaba la estancia con sus correspondientes mesillas y la cómoda. La luz se filtraba a través de las paredes de cristal, y unas frondosas plantas añadían color y un toque lujoso a la estancia.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Es precioso —palabras amables, pero no encerraban ningún sentimiento.

Estaba deprimida, y no porque hubiera empezado oficialmente su descanso en cama. Al menos no solo por eso. Aquel era el día de la graduación de Claudia y Savannah se la iba a perder.

Rick sabía cuánto había esperado aquel día, lo orgullosa que estaba de su hermana. Por eso tenía una sorpresa para ella.

—Deja que te enseñe lo que he preparado para ti —se acercó al armario y sacó una mesita como las que había en los hospitales, las que se colocaban por encima de la cama. Puso sobre ella el ordenador portátil de Savannah—. Tu conexión con el mundo.

—Eres muy bueno conmigo, Rick —Savannah forzó una sonrisa.

Pero él quería una sonrisa sincera, así que giró el ordenador hacia él, tecleó las claves para entrar en la conexión en vivo con la Universidad de San Diego y luego volvió a girar la pantalla hacia ella.

—¿Qué es esto? —Savannah parpadeó y se concentró en la imagen—. ¿Es la universidad? —dirigió los ojos brillantes hacia él —. ¿Es la graduación de Claudia?

—Sé lo mucho que deseabas ir. Pero estás haciendo todo lo posible por proteger a nuestro hijo, así que hablé con el departamento de tecnología para que me enseñaran a instalar una conexión en vivo y Daniel accedió a grabarlo. Quería sorprenderte.

—Y lo has he hecho —ahora sí sonreía de verdad—. Ven a verlo conmigo.

Rick se tumbó a su lado y se recostó contra la cabecera de piel oscura para ver la ceremonia.

—Cuando le hayan entregado el diploma tendrás que descansar, porque después de la ceremonia va a venir tu familia.

—¿De veras? —Savannah le miró esperanzada—. ¿Van a venir aquí?

—Directamente de la graduación. Incluido tu padre. ¿Te parece bien? No quiero que te sientas molesta.

—Me gustó mucho que viniera al hospital. Estaba demasiado abrumada como para mostrarlo, pero me alegré mucho de verle. Y Daniel dice que papá se deja caer mucho últimamente por su casa para ver a su nieta.

Los ojos de Savannah se llenaron de lágrimas, pero su sonrisa no disminuyó. Le gustaba tenerla allí, saber que el bebé y ella estaban bajo su cuidado.

—Podrás darle a Claudia su regalo personalmente.

—Gracias —Savannah se acurrucó contra él—. Ha sido la mejor sorpresa de mi vida.

Capítulo 11

Savannah ató el largo lazo negro en el papel de regalo plateado, complacida con el resultado. Una semana atrás, Jesse había comentado que aquel día era el cumpleaños de Rick y Rett, y ella le había preparado una sorpresa a Rick.

Él le había dado varias muy bonitas y se lo debía.

Savannah sonrió. Le gustaba volver a sentir que controlaba algo, nada muy elaborado porque seguía tumbada en la cama la mayor parte del tiempo y tenía que relegar en otros para que hicieran el trabajo por ella.

Pero tenía un plan y lo estaba llevando a cabo. Con el paquete del regalo hecho y el olor a tarta de chocolate saliendo de la cocina, llamó al restaurante italiano favorito de Rick y pidió lasaña, ensalada y pan.

A las tres y media se duchó y se lavó el pelo, se puso espuma y lo dejó secando al aire mientras la asistenta iba al armario para buscarle algo que ponerse que no fuera el chándal.

—Éste es muy bonito —Sybille le mostró un vestido de punto negro con el corpiño bordado y que se ataba al cuello.

—Oh, cielos. Debe de ser una de las prendas que Jesse escogió para mí.

Rick había insistido en que Savannah tuviera ropa nueva para celebrar el paso del descanso absoluto al moderado. Ella había protestado porque no suponía una gran diferencia, lo que significaba que había poca motivación para vestirse con algo más que no fuera el chándal o el pijama.

Pero tenía que hacer un esfuerzo, sobre todo porque puede que a Rick le gustara verla vestida con algo más atractivo.

—Gracias, Sybille. Es perfecto.

—Quedará increíble con su piel pálida y su cabello brillante —Sybille dejó el vestido a los pies de la cama.

—¿No cree que me hará parecer muy blanca?

—Si se pone un poco de color en los labios, no.

Savannah rebuscó en su bolsa de pinturas y escogió un lápiz de labios. Lo abrió para mostrarle a Sybille el tono bronce.

La mujer negó con la cabeza.

—Rojo escarlata, para que destaque el tono rojizo de su cabello.

Savannah observó el contenido de la bolsa con el ceño fruncido y se mordió el labio inferior.

—Creo que no tengo nada así.

—Yo sí —Sybille, que era de complexión gruesa y tendría unos cincuenta y tantos años, salió de allí a toda prisa y regresó unos minutos después con el bolso en la mano.

—¿Me permite que la maquille yo?

Savannah vaciló un instante y luego asintió. ¿Por qué no? Estaba claro que Sybille conocía los secretos del maquillaje. Siempre tenía buen aspecto aunque fuera allí a cocinar, limpiar y hacerle compañía a Savannah.

Con un brillo en los ojos que puso nerviosa a Savannah, la otra mujer colocó el espejo fuera del alcance de Savannah y le sugirió que primero se cambiara. Unos minutos más tarde, Sybille se sentó a su lado en la cama y agarró la bolsa de pinturas.

—La tarta ya está hecha —dijo Sybille mientras pasaba una brocha con sombra por los párpados de Savannah—. ¿Quiere que ponga la mesa aquí?

—No, estaba pensando en el salón. ¿Puede poner dos sitios en la mesita pequeña? La comida debe llegar poco después de que Rick entre en casa, y ya estará todo preparado.

—Se va a llevar una gran sorpresa.

—Agradable, espero.

—Abra la boca —Sybille aplicó el lápiz de labios—. Ah, sí. Cuando la vea se llevará una sorpresa muy agradable.

Savannah agarró el espejo y suspiró al ver su reflejo. Los colores eran sutiles, su piel cremosa resaltaba suavemente con un colorete cálido y el brillo de sus labios era de un cereza oscuro.

—Sybille, me ha dejado muy guapa.

—La belleza ya estaba allí. Yo solo la he sacado a la superficie.

—Gracias por todo.

—Es un placer. ¿Qué más hago?

—Ya está todo. Cuando la mesa esté puesta, solo necesito que lleguen las cinco en punto para que Rick entre en casa.

Pero a esa hora él llamó por teléfono para decir que llegaría una hora tarde porque Rett quería ir a tomar una cerveza. No mencionó que era su cumpleaños, pero Savannah lo entendía, así que le

aseguró que no había ningún problema.

Pero no estaba tan contenta una hora y media más tarde, cuando se abrió la puerta y entró Sybille con el mensaje de que Rick se iba a entretener todavía más.

Trató de sobreponerse a la tristeza. Después de todo, él no sabía que le había preparado una sorpresa. Pero la escena le resultaba demasiado familiar, la desilusión era demasiado fuerte para ser condescendiente.

¿Por qué no era lo suficientemente importante como para convertirse en prioridad alguna vez?

Rick ni siquiera la había llamado directamente, había llamado a la asistenta para que fuera a cuidar de ella. El mensaje no podía estar más claro.

—Lo siento, Savannah —Sybille tomó asiento en el sofá—. Sé lo importante que era esto para usted.

—Estoy bien —Savannah compuso una sonrisa falsa—. Buena idea, mal momento. ¿Puede congelar la lasaña? No tengo demasiada hambre.

—He estado a punto de decirle a Rick que…

—No —la atajó Savannah—. Que disfrute de la cena con sus hermanos. Nos tomaremos la tarta mañana.

—De acuerdo. Pero tiene usted que comer. Deje que le prepare algo.

La idea le daba náuseas.

—No creo que pueda comer nada.

—Un poco de sopa, o una ensalada. ¿Qué le apetece?

—Lo que sea más fácil. Voy a cambiarme.

—Oh, todavía no. Está usted muy guapa. Deje que disfrute de mi trabajo un poco más —Sybille sonrió al ver que asentía a regañadientes—. Estupendo. Y ahora voy a preparar la cena.

Se escucharon risas cuando Ford, el hermano marine de Rick, se burló de Rett por su sentido de la moda.

—Estás celoso porque yo no tengo que llevar uniforme —le espetó Rett.

Rick observó los rostros de sus hermanos, que estaban reunidos alrededor de la mesa. Habían venido todos para darles una sorpresa

a Rett y a él. Estaba siendo divertido. Pero a él le hubiera gustado celebrar su cumpleaños tranquilamente en casa con Savannah. Se había acostumbrado a tenerla cerca. Le gustaba su compañía, la risa, el apoyo y que se preocupara por su felicidad. Hacía que todo fuera más fácil.

Y eso era lo que quería aquella noche.

—Lo siento, chicos —se puso de pie—. Gracias por venir. Os quiero a todos, pero me voy a casa.

—¿Cómo? —exclamó Rett—. Creí que ibas a quedarte a cenar.

—Sí, pero Savannah está sola en casa. Tiene que pasarse los días ahí metida. No me siento bien divirtiéndome sin ella.

—Pero ya has llamado para decir que te quedas.

Rick se encogió de hombros.

—Entonces será una sorpresa verme aparecer.

—¿Una sorpresa? Estupendo —Ford entrechocó los nudillos con los de su hermano Cole—. Vamos. Podemos llamar a nuestras damas y que se reúnan con nosotros en tu casa.

—No —Rick lanzó una tarjeta de crédito sobre la mesa—. Quedaos y disfrutad de la cena. Os veré el domingo.

Con profunda satisfacción, Rick se dio la vuelta y se marchó.

Poco después abrió la puerta de su casa y se encontró con una Savannah muy *sexy* de pelo suelto y seductor modelito negro sentada en el sofá. La mesa estaba puesta para dos y había una enorme tarta de chocolate.

—Oh, mier… —Rick contuvo una palabrota. Vio cómo ella inclinaba la cabeza, pero tuvo tiempo de distinguir el brillo de las lágrimas. Se le cayó el alma a los pies—. Lo siento.

Estaba claro que había querido darle una sorpresa. Y él lo había estropeado al quedarse con los chicos. Se le rompió el corazón al recordar cuando le dijo que había dejado de creer en sorpresas porque le dolía demasiado que las cosas no salieran como había planeado.

—Creí que ibas a cenar con tus hermanos —dijo ella mirándose las manos sobre el regazo.

—No podía quedarme —Rick le levantó la barbilla y se miró en sus ojos verdes—. Quería pasar mi cumpleaños contigo.

—¿De verdad? —susurró Savannah.

—Sí. Y me alegro de haberlo hecho. Estás impresionante —se

inclinó para mordisquearle la oreja—. Dan ganas de comerte.

Aquello le granjeó una pequeña sonrisa.

—Hay lasaña de San Fillipio.

—Siento no haber estado aquí para tu sorpresa.

Ella volvió a dirigir la vista hacia sus manos.

—Llamaste para que alguien cuidara de mí.

Rick se estremeció al escuchar el dolor que revelaba su voz.

—Eso fue poco considerado por mi parte —admitió—. Pero no quería que estuvieras sola. Entonces me di cuenta de que lo que quería era estar en casa contigo.

Savannah apoyó la cabeza sobre su hombro y él sintió cómo se relajaba.

—Me alegro.

Aliviado, Rick le robó un beso fugaz.

—Espero que haya mucha tarta, porque tengo el presentimiento de que las sorpresas no han terminado. Traté de disuadir a mis hermanos para que no me siguieran cuando me marché, pero creo que van a aparecer en cualquier momento —afirmó pesaroso.

Ella le acarició la mejilla.

—Te quieren y desean estar contigo. ¿Cómo voy a poner objeciones a algo así?

Una patada especialmente fuerte despertó a Savannah de un sueño profundo. Sonrió en la oscuridad, complacida con la fuerza de Derrick Charles. O de Adam Joseph, dependiendo de quién ganara la batalla por el nombre. Rick y ella todavía estaban negociando. Charles era en honor al abuelo de Rick, y Joseph también. Pero Derrick era el nombre completo de Rick, y le gustaba.

Rick se dio la vuelta, calentándole la espalda con el calor de su cuerpo mientras la abrazaba y colocaba la mano sobre su vientre.

—Adam está muy activo esta noche —murmuró.

—Querrás decir que Derrick está muy activo esta noche.

Savannah sintió cómo sonreía contra su pelo.

—El médico está contento con sus progresos. Tiene el tamaño adecuado para este momento del embarazo —Rick la besó detrás de la oreja—. ¿Estás desilusionada por tener que seguir con el reposo en la cama? Sé que confiabas en tener un poco más de libertad.

—Sí, pero el crecimiento del bebé es más importante. Si el doctor Wilcox cree que el reposo sirve, no voy a discutir.

—¿Ha sido duro? —la aparente falta de emoción de sus palabras hablaba por sí sola.

Savannah se giró lentamente para mirarle.

—Por las noches no, porque estoy contigo —le aseguró, y Rick se relajó—. Pero los días son muy largos. Jesse ha sido mi salvavidas. Me reclutó para ayudar con la fiesta de la abuela. Me trae a Troy y a veces a Allie y viene casi todos los días con algún encargo o para hablar de cómo van las cosas. Sé que podría hacerlo todo ella sola, pero el trabajo y la compañía me han ayudado a no volverme loca.

—¿Y qué hay de tus clases *online?* Creí que eso te mantenía ocupada.

Le encantaban sus clases, la sensación de plenitud que le proporcionaban. Estudiar para sacarse el título en educación le subía la autoestima.

—Así es. Y no debería quejarme, porque tengo mucho apoyo por parte de mi familia y de la tuya. No me siento sola, sino inquieta. Y debería dejar de quejarme.

—Te está permitido hacerlo —Rick se llevó su mano a la boca y le besó la palma—. Es mejor protestar que dejar que los sentimientos se infecten.

—¿Cómo puedes ser tan bueno conmigo si tengo el aspecto de una ballena varada?

—No podrías estar más guapa ni aunque lo intentaras.

—Oh, Rick, me dejas sin aliento.

—¿Significa eso que estás lista para casarte conmigo?

Tenía la palabra «sí» en la punta de la lengua. Cada vez que se lo pedía le resultaba más duro decirle que no.

Cuidaba exquisitamente de ella. Llegaba todos los días a casa a las cinco y media y al instante entraba a ver cómo había ido su día y a compartir con ella el suyo antes de entrar en la cocina a calentar la cena que Sybille preparaba.

Ni una sola vez perdió la paciencia con ella, ni siquiera cuando se ponía insoportable por el aburrimiento, el miedo o los cambios hormonales. Y compartía con Savannah la prisión del dormitorio aunque no tuviera por qué hacerlo, se pasaba la mayor parte del

tiempo a su lado en la cama leyendo o viendo la televisión o sentado en el escritorio que había colocado en una esquina para poder estar con ella mientras trabajaba.

Y por muy gorda que se estuviera poniendo, siempre la hacía sentirse deseada y bella.

—No es justo —susurró—. Hoy ya me lo habías pedido.

—Técnicamente eso fue ayer. Te lo estoy pidiendo temprano el día de hoy.

—Demasiado temprano. Tengo las defensas bajas.

—Bien —Rick le puso los labios sobre los suyos y la besó con tierna y lenta seducción—. Di que sí.

—Oh, no me tientes.

—Arriésgate —la urgió.

—No puedo —porque le amaba, y nadie sabía mejor que ella cuánto dolía querer a alguien y no ser correspondido.

Sí, Rick la había sorprendido con su apoyo, estando física y emocionalmente presente. Pero sería un gran error confundir apoyo con amor.

—Me has mimado tanto que voy a sufrir cuando me vaya.

—Pues no te vayas.

¿Podría quedarse? ¿Y si le diera una oportunidad? Sin contar con el reposo en cama y el temor por la salud de su bebé, los dos últimos meses habían sido casi perfectos. Aunque le rechazaba todos los días, sentía como si fueran una pareja.

Pero no podía olvidar el dolor de vivir con un adicto al trabajo. Las subidas y bajadas, las desilusiones, la pérdida de esperanza. No volvería a pasar por ello, ni siquiera por Rick.

—He estado pensando como un padre —Rick se puso boca arriba con las manos en la nuca y miró hacia el techo—. He delegado más y he trabajado menos horas. He tratado de estar aquí para ti. ¿No te he demostrado lo importantes que sois el bebé y tú para mí?

Savannah se moría por decirle que le amaba, pero le daba miedo. Tenía que decirlo él primero y por iniciativa propia. Y tampoco estaba muy segura de que fuera a creerlo. ¿Acaso no le había dicho que haría cualquier cosa para conseguir que se casara con él?

—Veo el esfuerzo que estás haciendo —aseguró ella tirando de

la sábana que había entre ellos—. Pero solo han sido dos meses.

Rick le lanzó una dura mirada.

—Yo no soy tu padre, Savannah. No me castigues a mí por sus pecados.

—Intento no hacerlo. Pero la sombra de mi padre no es el único problema. También está el fantasma de tu padre.

—¿Qué quieres decir? —inquirió él.

—Estoy segura de que querías a tu padre, pero también estás resentido con él. Él dio prioridad a su familia por encima de todo, pero tú le culpas por haber estado a punto de destrozar la empresa. No sé si tú puedes anteponer a tu familia a todo, y necesito saberlo.

—Ocuparse del negocio es cuidar de la familia —insistió Rick.

—A veces —reconoció ella.

—La mayor parte del tiempo.

—La pregunta es: ¿cuando no sea así lo sabrás?

Rick no tenía respuesta para aquello. Y por primera vez desde que Savannah se mudó a vivir con él, durmieron sin tocarse.

—Qué fiesta tan maravillosa. Me encanta la mezcla de los asientos informales con las mesas de banquete. Invita a la gente a mezclarse —impresionante con su traje de noche plateado y su collar asimétrico, la señora Sullivan se sentó con elegancia en la esquina del sofá donde estaba Savannah—. Tengo entendido que tú has ayudado mucho con los preparativos. Gracias.

—Jesse ha hecho la mayor parte del trabajo —reconoció Savannah—. Pero ha sido una bendición tener algo de lo que ocuparme. Y la idea de los sofás y las sillas es de Rick. Insistió en que yo tuviera un lugar cómodo en el que poder sentarme toda la noche, y yo no quería ser la única, así que se me ocurrió esta mezcla. Parece que funciona bien.

—Es maravilloso. Mis pies te lo agradecen. Ten cuidado, querida —la señora Sullivan pilló a Savannah en medio de un bostezo—. Tengo instrucciones de notificarle a Rick cualquier muestra de fatiga.

—Oh, me encanta el moño francés que se ha hecho —Savannah trató de distraerla con un cumplido.

Estaba demasiado emocionada formando parte de la gran fiesta

de la matriarca como para irse tan pronto.

Miró hacia Rick, que estaba en la barra rodeado de sus hermanos. No, no estaba preparada para marcharse todavía, así que siguió halagando a la protagonista de la fiesta.

—Es usted la reina del baile esta noche.

La señora Sullivan blandió un dedo en su dirección.

—La adulación no te servirá de nada. Valoro demasiado mi vida y la de mi bisnieto.

—Oh, por favor, no le diga nada a Rick —le suplicó Savannah—. Me desterrará arriba, y me estoy divirtiendo mucho. Y no la estaba adulando. Esta noche está usted muy elegante y brilla. Y parece demasiado joven para celebrar su ochenta y cinco cumpleaños.

—Que Dios te bendiga, niña. El secreto es una luz tenue, una buena faja y un maquillaje carísimo. Pero una mujer hace lo que haga falta cuando es la estrella del espectáculo.

Savannah se rio y dio un palmadita en su abultado vientre.

—Yo no puedo esconder a este muchacho. Le gusta la música. Lleva toda la noche bailando.

Maravillada, la señora Sullivan extendió la mano.

—¿Puedo?

—Por supuesto —Savannah colocó la mano de la anciana sobre su vientre.

—Tienes que llamarme abuela —los ojos de la señora Sullivan se llenaron de lágrimas cuando sintió los movimientos del bebé—. Ahora eres de la familia gracias a este niño. Pero más todavía por la felicidad que veo en los ojos de mi nieto. Le ha dejado claro a todos que eres su mujer tanto si tú quieres hacerlo oficial como si no. Espero que le des el sí. Me he pasado la noche esquivando al padre John.

—¡Señora Sullivan! —se rio Savannah.

—Abuela —insistió la otra mujer.

—Abuela —Savannah sintió un nudo en la garganta al pronunciar la palabra. La abuela de Rick había sido muy generosa con ella y merecía saber la verdad—. No quiero que te hagas ilusiones. Rick se ha portado maravillosamente, pero este hijo y yo somos solo una obligación para él.

—Eres lo bastante inteligente para darte cuenta de lo que siente por ti, pero tienes miedo de creértelo. Él te ama.

La esperanza creció en su corazón al escuchar las palabras de la abuela, pero se recompuso al instante.

—Creo que estás confundiendo la preocupación y el cariño con algo más —aseguró.

—Y yo creo que tú estás dejando que el miedo te nuble el buen juicio. Le has devuelto la risa a su vida. Y también veo el efecto que él ha causado en ti. Estáis hechos el uno para el otro.

Savannah contuvo las lágrimas.

—Ojalá pudiera creerlo. Pero no puedo permitirme vivir de esperanzas. Lo he hecho durante muchos años y lo único que conseguí fue indiferencia y desilusión. No puedo hacerme eso otra vez, y no se lo haré a mi hijo —apartando la vista de la abuela, jugueteó con los pliegues de su vestido azul—. Rick lleva demasiado tiempo casado con el trabajo como para cambiar ahora. Con el bebé en riesgo, su fuerte sentido del deber y la responsabilidad ha estado motivando sus actos. Cuando nazca volverá a pasar más tiempo en la oficina. Y está bien, porque eso es lo que le hace feliz. Pero yo necesito más del hombre con el que me case.

—Oh, niña, estás equivocada. Me pregunto cuánto tiempo tendrá que demostrártelo antes de que le creas. ¿Un año? ¿Cinco años? ¿Eso te parece justo? Rick merece la oportunidad de cometer sus propios errores, no los de tu padre ni los del suyo.

Sorprendida por aquella verdad tan real, Savannah observó cómo la abuela se ponía de pie.

—Te tengo cariño, Savannah. Has sobrevivido a una infancia dura. Y tienes razón, mereces un hombre que te ame y que te adore. Pero voy a dejarte con una idea: lo único peor que la falta de confianza en una relación es la falta de fe.

Capítulo 12

El domingo por la mañana, Rick cerró su maleta y la dejó en el suelo. Su vuelo hacia Londres salía en dos horas. Rett estaría allí en unos minutos para llevarle al aeropuerto.

No quería ir, no quería dejar a Savannah, pero necesitaba ocuparse de los asuntos relacionados con la seguridad de las joyas. Como no había nadie in situ para supervisar el trabajo, la reforma estaba yendo muy despacio. Rick tenía pensado contratar un gerente mientras estuviera allí.

Alzó la vista y se cruzó con la mirada de Savannah, que estaba incorporada en la cama mirándole. Llevaba puestos unos pantalones blancos cortos y una camiseta rosa a juego con el color de las uñas de los pies. Pero estaba muy pálida y las ojeras revelaban su cansancio.

—Estás muy pálida —dijo Rick preocupado—. No debería haber dejado que te fatigaras en la fiesta de la abuela.

—Fue muy divertido, y estoy bien —ella sonrió y extendió una mano hacia él—. Ya te echo de menos.

Rick se sentó y le cubrió el rostro con la mano, acariciándole la mejilla.

—Di la palabra y enviaré a Rett en mi lugar.

—Vamos, ambos sabemos que estás deseando llegar allí y sacar el látigo para poner a todo el mundo en su sitio.

—Tal vez —reconoció él. Una parte de él sí lo deseaba. Pero también había cambiado—. Voy a echarte de menos —reconoció.

—Entonces tal vez te des prisa por volver a casa. ¡Ay! —Savannah dio un respingo y contuvo el aliento.

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

—Sí —se pasó la mano por el vientre—. Es que tu hijo está jugando al béisbol.

—Ése debe de ser tu hijo. El mío juega al fútbol.

No, ya no era solo un hombre de negocios. También era un hombre de familia. Le sorprendía que sus prioridades hubieran cambiado. Savannah y el bebé eran lo primero, y tenía claro que siempre lo serían. Y eso era exactamente lo que ella le había pedido, que la antepusiera a todo lo demás.

La amaba.

La verdad de sus sentimientos le golpeó como una bofetada. Era tan sencillo, tan claro, tan profundo que deseaba gritarlo a los cuatro vientos.

Abrió la boca para decírselo, pero en ese momento llamaron con fuerza a la puerta. Maldición, tendría que esperar a su regreso. Además, sería mejor así, para no tener que decirlo y salir corriendo al otro lado del mundo. Podría abrazarla, besarla y convencerla por fin de que se casara con él.

Claudia asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—Rett está aquí.

—Gracias —dijo Rick, y la joven se retiró para que pudieran despedirse.

—Dame un beso antes de irte.

—Pero antes —Rick agarró el monitor para bebés que estaba en la mesilla de noche—, no te olvides de darle a Claudia el monitor mientras esté aquí contigo. Quiero que te oiga todo el rato. Se lo diré a Rett para cuando venga el martes por la noche. Yo volveré el viernes.

Se inclinó hacia ella y reclamó su boca con un beso cariñoso y largo cargado de pasión. Cuando finalmente alzó la cabeza, se miró en los ojos cargados de deseo de Savannah.

—Tenemos que hablar cuando vuelva a casa.

—¿Sobre qué?

Rick sacudió la cabeza, dio un paso atrás y agarró la maleta.

—Cuando vuelva —tenía que irse de allí mientras todavía pudiera—. Sé buena y trata de no tener al bebé mientras yo no esté.

—¡Claudia! —Savannah llamó a su hermana gritos y luego volvió a hacer las respiraciones.

Llevaba toda la mañana con pequeños dolores, y poco después de que Rick se marchara con Rett, no tardó mucho en darse cuenta de que eran algo más que una incomodidad.

—¿Me has llamado? —Claudia entró en la habitación.

—¿Puedes sacar mi bolsa de viaje y meter algunas cosas en ella?

—Claro. He oído que aconsejan tenerla preparada antes de tiempo por si acaso. La prepararé después de comer. Estoy haciendo

ensalada de pollo con mango. He pensado que comiéramos en la terraza.

Savannah parpadeó, consciente de que su hermana no estaba entendiendo nada.

—No, no, nada de ensalada de pollo. Y no es por si acaso —echó los pies por un lado de la cama—. ¡Ahora! He llamado al doctor Wilcox —contuvo el aliento al sentir otro dolor agudo—. Nos espera en el hospital.

—¿Cómo? —Claudia abrió los ojos de par en par—. ¿Ahora? ¿Vas a tener el bebé ahora? —dejó caer el trapo que llevaba entre las manos y corrió hacia el armario—. Has llamado a Rick, ¿verdad? Con suerte el avión no ha despegado todavía. Puede reunirse con nosotras en el hospital también.

—No voy a llamar a Rick.

Quería que estuviera a su lado, lo necesitaba. Pero también sabía que el asunto de la seguridad era muy importante. Si no conseguía solucionarlo, no podrían completar la reforma a tiempo para la inauguración. Y Rick no conseguiría su objetivo de que Joyas Sullivan fuera internacional durante el año de su centenario.

No se lo había dicho porque no podría soportar ver que escogía el negocio por encima de ella. Le rompería el corazón.

—Su vuelo no sale hasta dentro de cuarenta y cinco minutos —Claudia sacó del armario una bolsa de viaje—. Si le llamas ahora, todavía no se habrá subido al avión.

Savannah negó con la cabeza.

—Es mejor que se vaya.

Claudia parecía confundida.

—¿No vas a decirle a Rick que te has puesto de parto?

—No —Savannah contuvo las lágrimas—. Y tampoco quiero que tú le llames.

—Savannah —presintiendo que algo no iba bien, Claudia le habló con suma dulzura—. Tiene derecho a estar aquí.

—Yo soy la que voy a dar a luz, y digo que no.

No le importaba estar siendo poco razonable. Necesitaba hacer lo mejor para el bebé. Y eso significaba pensar en ella misma en aquel momento.

El doctor Wilcox las estaba esperando en el hospital. Examinó a Savannah rápidamente y luego ordenó a la enfermera que lo

preparara todo para una cesárea. Después se marchó para organizarlo todo.

Claudia entró con su hermana en la sala de parto y la llevaron a ponerse la bata. Cuando estuvo sola, Savannah se quedó mirando al techo y pensando que el avión de Rick estaría probablemente despegando de San Diego mientras ella esperaba a la operación. Al menos veinte veces le había buscado o había extendido la mano en busca de la suya. Durante los últimos meses él había estado siempre allí, sólido como una roca, acompañándola y dándole fuerzas.

Cada vez que ahora le buscaba y no le encontraba era un recordatorio de las veces en que lo había buscado los últimos meses y sí estaba allí para ella. Le había demostrado de muchas maneras su compromiso con ella y con el niño, pero ella estaba demasiado ciega para verlo y tenía demasiado miedo para creerlo.

Debería estar allí. Querría estar allí.

Las inseguridades de Savannah le habían robado a Rick la posibilidad de estar presente en el nacimiento de su hijo.

Las palabras de la abuela sobre la confianza y la fe resonaron en la cabeza de Savannah y un nuevo miedo se apoderó de ella. ¿Y si no se lo perdonaba nunca?

Podría perder a Rick, y sería solo culpa suya.

La enfermera regresaría en un instante. Savannah miró hacia la puerta, pero solo vio la cortina que resguardaba su privacidad. Tenía que actuar. Tal vez el vuelo estuviera retrasado. Con las manos temblando, marcó su número. Tenía que contarle que estaba de parto y decirle lo equivocada que había estado.

Salió el buzón de voz. La desilusión se apoderó de ella. Demasiado tarde. Se secó las lágrimas y estuvo a punto de colgar, pero él se merecía saber de su boca lo del bebé.

—Rick. Oh, Rick, lo siento mucho. Tendría que haberte llamado antes, tendría que haber tenido fe en ti, pero fui una estúpida —la puerta se abrió, pero Savannah siguió hablando con la esperanza de que la enfermera le diera la oportunidad de terminar—. Muy estúpida. Temía que me dejaras pasar por esto sola. Pero era mi miedo el que hablaba. Mi corazón tenía otra opinión. Eres el mejor hombre que he conocido en mi vida. Te amo tanto…

La cortina se abrió y allí estaba Rick. Savannah parpadeó sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

—Más te vale que estés hablando conmigo —le quitó suavemente el teléfono y lo dejó en la mesilla de noche.

—Rick —Savannah se lanzó a sus brazos—. Claudia te ha llamado. Gracias a Dios.

—Tendrías que haber sido tú —percibió el tono dolido de su voz y se estremeció.

—Lo sé —Savannah se retiró un tanto y sujetó su rostro entre las manos—. Lo siento. Has sido muy paciente conmigo, muy generoso, y lo único que yo he hecho es dudar y contenerme. Te amo. Me daba miedo decírtelo porque eso te otorgaría demasiado poder sobre mí. Pero el amor no puede controlarse. Esconder mis sentimientos solo sirvió para debilitarme —sonrió a través de las lágrimas—. Sé que tú no me amas, pero…

—Sí te amo.

Savannah parpadeó.

—¿Cómo?

—Te amo —la declaración resultó todavía más poderosa por su sencillez—. Quería decírtelo antes de irme, pero no tuve tiempo.

—¿Me amas? —la alegría y la esperanza se apoderaron de ella —. ¿De verdad?

—Savannah —Rick le tomó la mano, se la llevó a la boca y le depositó un beso—, Claudia me pilló en el aeropuerto, pero ya había cambiado mi reserva para que fuera Rett. No dejaba de pensar en lo pálida que estabas, en cómo se movía el bebé, y no podía dejarte. Te amo. Quiero a nuestro hijo. Quiero pasar el resto de mi vida con vosotros.

—Entonces, ¿me perdonas?

—Por supuesto que sí. Ahora estamos juntos, y eso es lo único que importa —sin soltarle la mano, se puso de pie al lado de la cama—. Me pondría de rodillas, pero entonces no te vería. Te amo, Savannah Jones. ¿Quieres casarte conmigo?

Vino una contracción.

Ella contuvo el aliento y le apretó los dedos. Antes de que la contracción pasara y aceptara su proposición, Rick entró en pánico. Se puso blanco mientras miraba por toda la habitación, como si pensara encontrar al médico escondido en una esquina. Finalmente recuperó el control y aspiró con fuerza el aire.

—Quédate aquí. Voy a ir a buscar a la enfermera.

Savannah asintió entre jadeos. Claro. Se quedaría allí sin moverse.

La enfermera apareció sin Rick, que estaba cambiándose para entrar con ella en la sala de partos.

A partir de aquel momento ya no tuvo oportunidad de hablar con él a solas. Estaba demasiado ocupada teniendo a su hijo.

Unas horas más tarde, Rick estaba al lado de la cama de Savannah con los dedos entrelazados en los suyos por encima de la almohada, viendo cómo su abuela acunaba a su hijo en brazos. Era una imagen que nunca pensó que vería.

Habría sido una lástima.

La habitación estaba llena de gente, y había más personas esperando en el vestíbulo para tener la oportunidad de admirar a la más reciente incorporación de la familia.

Rick miró a Savannah. Agotada pero eufórica, nunca le había parecido tan hermosa. Se inclinó y la besó suavemente.

—Eres increíble —la alabó—. Gracias por darme a mi hijo.

—Charles Joseph, como tus abuelos. La abuela está encantada.

—Está feliz. El pequeño Joey va a ser su ojito derecho —Rick no imaginaba que la vida pudiera ser mejor que en aquel instante.

—Sí —dijo Savannah con voz suave.

—¿Sí?

Ella le sonrió.

—Te amo. Y sí, me casaré contigo.

A Rick se le derritió el corazón. Por fin.

La vida acababa de mejorar.

Fin